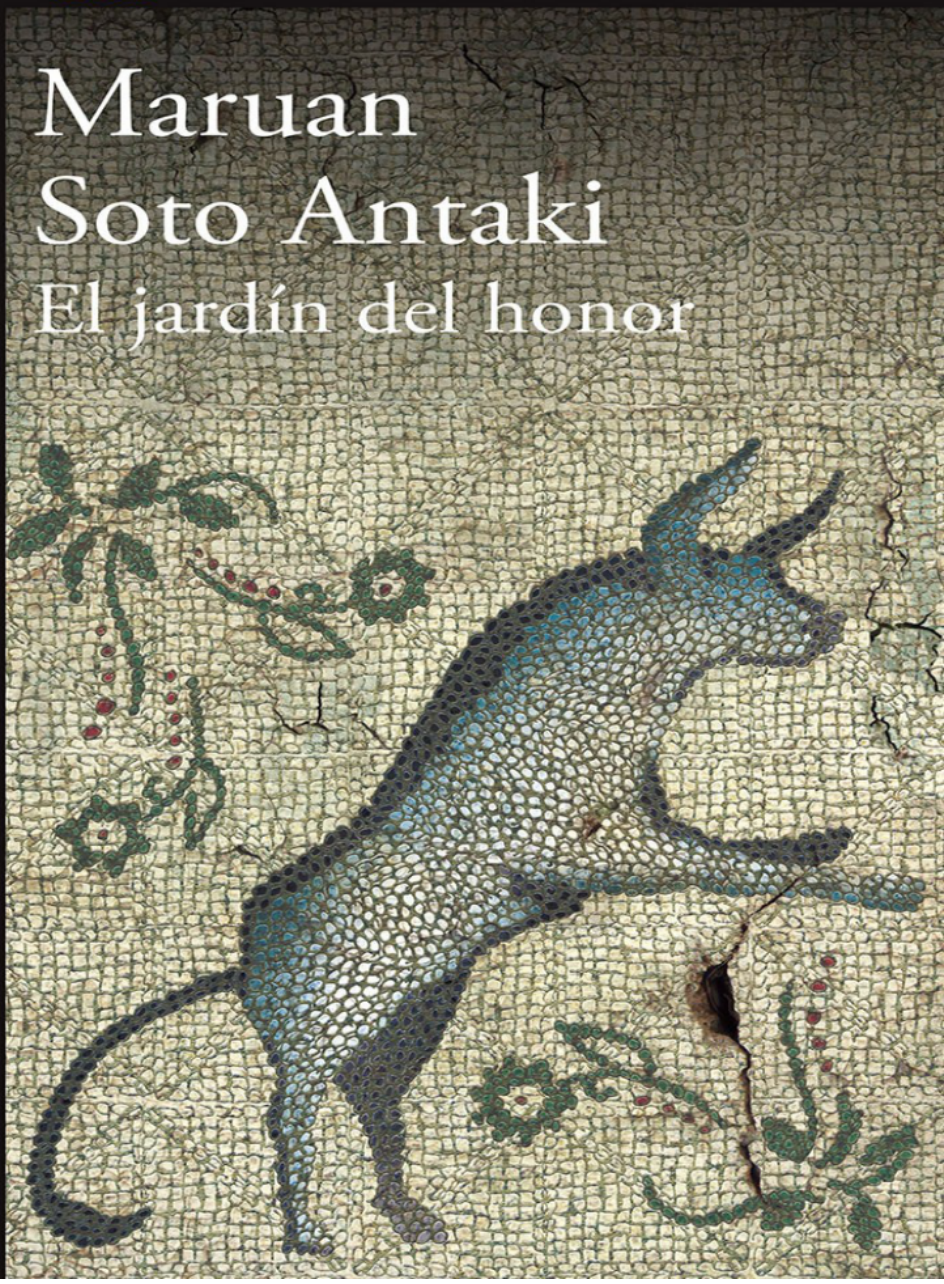
ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

El jardín del honor



ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

El jardín del honor

El jardín del honor

Maruan Soto Antaki

El jardín del honor

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Voilà qu'on aperçoit un tout petit chiffon
D'azur sombre, encadré d'une petite branche,
Piqué d'une mauvaise étoile, qui se fond
Avec de doux frissons, petite et toute blanche…

De pronto puede verse en el cielo un harapo
De azul mar, que la rama de un arbolito enmarca
Y que una estrella hiere, fatal, mientras se funde
Con temblores muy dulces, pequeñita y toda blanca…

ARTHUR RIMBAUD

I. ¿Cómo te presentas ante un desconocido para decirle algo que tú sabes y él ignora por completo?

Para conseguir la atención de alguien, lo primero es asegurar que tus palabras puedan tenerle el mínimo significado.

Sé que le interesa, aunque ni siquiera adivine las posibilidades de mi presencia.

Vamos, Simón, le dirás la verdad. Una tan cierta como tu nombre, llena de mentiras, una mentira honesta. Su nombre estará en juego y el nuevo siglo ha hecho que, como en las novelas del XIX, hoy sólo importe la reputación para diferenciarse del resto de la gente.

Las novelas que leíste con Micaela. Que te leyó ella.

¿Te llamarás así: Simón? Claro. Si él te conoce de esa manera no puedes dirigirte a ti mismo de otra forma.

Es cierto, la verdad sólo es una virtud mientras todos la crean, en cuanto se supone falsa, vale más conocer una mentira que el importe de aquello que todos consideran cierto.

¿Toco la puerta de su despacho con la intención de transformarlo en locutorio? Dos golpes y giro el picaporte, empujón corto. Un "hola, mucho gusto", parece insuficiente. Casi insultante a la hora de confesiones que no caben en capillas.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntará amablemente. El director del museo me observará de pies a cabeza y me hará pasar por simple cortesía. Fruncirá el ceño en reproche a la secretaria cuya ausencia me despejó el camino. Lleva más años trabajando con él que la suma de los dedos de sus manos. El hombre le da regalos en cada cumpleaños, pide de más en los restaurantes cuando sabe que ella se quedará trabajando a deshoras y en el peor de los casos, le trae las sobras que dejó al sentirse satisfecho, pero al menos, pide que las acomoden para dar la impresión de ser platillos nuevos. Pues convive más con ella que con cualquier otra persona, por eso su enojo será inerte. Mirará por los bordes del marco de la puerta y encima de mi hombro. La mujer aún no habrá aparecido. Pasa demasiado tiempo a escondidas en el baño o fumando en el delimitado de la acera, la única área cerca del edificio que le han dejado al humo. Ahí las chimeneas aspiran y tiran bocanadas, bajo la mirada de desprecio de quienes las rodean al compactar las colillas en un tubo de orificios diminutos, asegurando que con sus arranques inquisitorios no las arrojen en el suelo.

Cruzaré la puerta con la mano abierta en un saludo que responderá severo. No tendrá la intención de escucharme por mucho tiempo, apenas lo que las formalidades obligan y contienen la ofensa de una intromisión no esperada. Debo ser rápido y soltar una frase que le quite las ganas de sacarme, invitándome a no sé dónde con la palma de su mano extendida, señalando sin quererlo las huellas de mis pasos en los pisos tan pulidos que no aguantan las suelas de caucho. Marcas donde lo que molesta es el tiempo y no las pisadas. Aquí todos traen suelas de cuero. En realidad, el mármol no se ve tan mal como uno hubiera esperado. Hicieron buen trabajo con la remodelación del palacio que transformó el museo de la antigua casa virreinal en gigantesca galería. Las exhibiciones llegan, se quedan dos meses y se van. Casi ninguna pieza es permanente.

Los claroscuros disimulan donde la electrónica no se debería llevar con los muros de piedra, tampoco con los nichos destinados para figuras de santos y políticos de otros tiempos. La alarma y sus sensores de movimiento, siempre prendidos y abarcando todo espectro en el espacio. ¿Habrá puntos ciegos?

Las cajas de los conmutadores y sus focos intermitentes. Rojo, verde, rojo, verde, verde. Cuando todas las líneas están desocupadas brilla un azul celeste. Casi nunca sucede. El aire acondicionado, especialmente ajustado para que la humedad no afecte ni desprenda los zoclos y pechos palomo que disimulan las tuberías. Las cámaras esféricas giran discretas: un lente con alcance de trescientos sesenta grados. La falla. Nunca son capaces de observar toda el área sin deformar la imagen a lo indescifrable. Para evitar la aberración de la óptica y el descontento de un cliente que no entiende un pío de esos temas, la mayoría de los técnicos ajustan la apertura de un doce a un dieciocho milímetros que no logra ver lo suficiente.

La pintura color de óxido va bien, posiblemente selección del mismo Cortés en la Colonia, tomada a causa de la ausencia de tonalidades más amplias y a un excedente de pigmentos primitivos hechos con conchas, arenas e insectos; perpetuada por la iconografía y los planos intocables que terminaron por dictar los cánones de buen gusto para edificios de la época.

Una sola frase, recuerda, Simón. Eso es suficiente y más seguro.

Si eres hábil, en medio de una sorpresa escéptica, amarga o curiosa, pero no exagerada, querrá conocer los detalles que he guardado en secreto por tantos años.

Tal vez, para él, si yo fuera hombre de corbata y saco sería más sencillo entablar un diálogo. Soy incapaz de disfrazarme para esto. Las

mentiras cansan al mentiroso y a veces es necesario un instante de verdad. De eso se trata todo.

Seguro va a reaccionar mal, en esta ciudad no saben recibir noticias bruscas. Las susceptibilidades siempre llegan a extremos que se quiebran como esfera de cristal barato. Caería bien que me ofreciera un trago, café de máquina por lo menos. Cargado y negro, preguntará, si es que lo tiene a mano. Detesto que le digan negro, si de verdad es negro debe estar quemado, me explicó una vez un cubano. Había salido de la isla a los cinco años y a causa de la nostalgia de los padres, el acento perdido se le impregnó al crecer.

El café, Simón…

A duras penas tendrá una máquina de cápsulas; diseño moderno de un aparato clásico. Tonos vistosos, mucho cromado, partes móviles. De acción manual y no automática. Su colección de comprimidos será enorme, con colores metálicos que presumen nombres de ciudades de la estepa africana o costumbres perdidas del Amazonas y las montañas peruanas: Ténéré largo, intensidad siete, aromático con tonos de madera; aunque Ténéré sea un desierto. Curuai descafeinado, intensidad cinco. Entre todas, apenas unas cuantas llegan al nivel nueve, fuerte. Las exhibe en el contenedor más grande que encontró en la tienda. Un mueble de roble con tres niveles de planchas deslizables a manera de cajonera. Café con nombres que suenan bien cuando uno los ve de lejos, lee sus atributos y se enamora de un misticismo vacuo. Aromas frutales de la selva, ¿quién de los normales sabe a qué huelen por allá el tapereiba, el pijuayo o el caimito? Notas ácidas que recuerdan las llanuras de Ciudad del Cabo. Descripciones exhaustivas de lo incógnito. La ignorancia es buen negocio y éste se ufana de ser el museo del Banco Nacional.

Al final, lo más probable es que el tipo me termine por ofrecer lo que él bebe y en una de esas, servirme un mediocre americano, translúcido, adornado con leche en polvo y endulzado con un ligero sobre de fructosa. El infeliz se preocupa por su peso pero come como financiero, grandes filetes de reses japonesas masajeadas hasta la muerte. Sólo a ellos se les ocurriría tratar con ese cuidado a una vaca. Engulle lechones, nada de verduras a menos que estén fritas, y sopas francesas de cebolla. Es lógico. En este lugar, él es uno de ellos. Un banquero que por azar, o por suerte que no siempre es fortuita, o sólo por una mala disposición para las matemáticas y buena para hacer compañeros, resultó entre sus amigos de universidad el más culto o el más leído, o el menos bruto para estos menesteres y fue el indicado para ocupar un puesto asignable tras el éxito de otros, cercanos o no

tanto pero seguro amables. La luz de la ventana debe pasar por los cristales de sus mancuernillas, reflejan la opacidad de un espíritu de burócrata opulento. Entrados en esas, un té sería bienvenido, pero si saco de la chamarra la reserva para pintarlo con ginebra, le caeré peor de lo que aún no lo hago. Esto pide la delicadeza que me va en contra, no soy pagafantas ni zalamero, ni dócil ni relamido, pero de maleducado nunca me han catalogado. De cualquier forma, cómo le explico que me llevaré el objeto central de su exhibición y más aún, que él me lo entregará en la mano.

"Señor director, hay algo de su exhibición que espero usted ignore". No, Simón. La frase es floja, la esperanza no entra. Así le daría la noticia un empleado con temor a que lo corran, aunque está bien que ponga en duda si imagina de qué se trata.

Está en la sala principal y el mío no es un artículo cualquiera. Me gustaría saber cuántos millones invirtieron para traerlo. Seguramente pocos para las arcas que resguardan los ahorros de sus clientes. Trampa para deducir impuestos, seguro. De eso se tratan todos estos centros culturales o fundaciones, éste no acusará de originalidad. Antes decían que el arte era acervo nacional pero en el mundo ya ningún banco tiene pasaporte, los españoles son suizos y entre semana, durante el día, suman dólares que duermen con el sonido de las olas en las Caimán, en cuentas overnight que multiplican fondos mientras otros bancos cierran los fines de semana o durante las noches o días santos y dan intereses anónimos y fuera de los esquemas vigilados. Los donativos salen de Argentina pero se firman en Nueva York y reposan en Panamá unos cuantos meses. Cosa de impuestos que nadie ignora y muchos desean entre las condenas que siempre se le hacen a los ricos que parecen ser los más adinerados y no lo son. Siempre habrá alguien que tenga más que los demás.

¿Cómo fue el operativo de embalaje?, ¿el de resguardo? ¿Cuántos policías custodiaron el paso del museo donde estaba confinado para hacerlo llegar al aeropuerto en camionetas blindadas? ¿Cuánto pagaron por la prima del seguro? Puede que las piezas grandes hayan viajado resguardadas en cajas de madera, perfectamente armadas con tablones sin astillas y rellenas de espuma contra los impactos.

Lo mío se movió dentro de un portafolio esposado a la muñeca de un tipo con traje y pasador en la corbata. Posiblemente un alfiler, han vuelto a estar de moda como lo ha hecho todo lo que ya no estaba. Fistol, seis letras.

Ay, Simón, siempre pasa lo mismo. Son las preocupaciones del oficio. Me ocurre al ver un cuadro itinerante en las salas del Arte

Moderno. También en la exposición de Da Vinci que un incauto emparejó con la de Miguel Ángel a pesar de ser incomparables. Miguel Ángel era un mercenario con menos talento pero siglos después, el Renacimiento le da igual a los funcionarios que firmaron con orgullo el préstamo de las obras.

El director, Simón.

Tras escucharme, el director exclamará negativos. No entenderá por qué le estoy diciendo lo que salga de mi boca y su mente, divagará en intenciones antes de preocuparse por la autenticidad de mis palabras. Tratará de descifrar mi lenguaje, encontrará frases a las que no podrá ponerles cara. "No habla como pobre pero tampoco se viste como rico", pensará mientras se da cuenta que mis palabras son de libros. Él no sabe que vienen de Micaela. Siempre son mujeres las que nos enseñan a hablar a los hombres. Se fijará en mi chamarra, mezclilla y botas inglesas de escolar o de miliciano, que en el mejor de los casos lo harán suponer de un coleccionista tramando algo. Si realmente está metido en el mundillo de anticuarios y recaudadores de arte histórico, se habrá acostumbrado a ellos y no imaginará qué me diferencia de los otros, casi siempre formados en las clases más altas y pocos en las medias y casi ninguno en las medias bajas que se criaron en barrios anodinos, llenos de aspiraciones o con expectativas más allá de sus alcances y futuros livianos.

Decenas de colecciones privadas se han hecho de compras discretas. Visitantes disimulados se pasean en busca de su siguiente adquisición. Ven un objeto, un cuadro, un mueble y ofrecen cantidades que obligan a los museos a cuestionar la necesidad de mantener entre sus paredes el objeto que otro desea. Contraponen valores, no todo el arte cuesta lo mismo. Hace tiempo, así, un argentino que encontró refugio en México tras la muerte del dictador Videla, se quedó con el Jaguar clásico del Arte Moderno de Chicago. El tipo debió ser cercano a los militares. Lo supe dirigiendo una disquera en México, cuando todavía se vendían discos. Su mujer era una rubia falsa, delgada hasta los huesos pero con tetas gigantes, pagadas por él, claro. Debían costar tanto como la hebilla de plata y oro que cerraba su cinturón de piel de víbora o cocodrilo. Hacía juego con sus botas texanas. El descapotable era rojo. No valía tanto como la variedad de las cosas que vieron la luz con ese dinero. Con su venta, los de Chicago consiguieron ingresos suficientes para llenar una sala entera con piezas de la bodega. Habían permanecido en cajas por años. Todas necesitaban restauración, inventario y nuevas vitrinas. En la vida hay que saber diferenciar las prioridades. Lo mejor es no

ocultar nada.

¿Y cuando lo tenga en frente? Cómo lo convencerás, sin decir que lo robaste cuarenta años atrás. ¡Tendrás que hacerlo, Simón! Habrá que ser honesto como ladrón para que entienda cómo la reliquia viajó hasta encontrarse en el centro de su orgullo, protegido por tres centímetros de vidrio antirreflejante e indestructible, lámparas ahorradoras resaltando sus brillos metálicos y un termostato digital que controla las condiciones que nunca antes tuvo. Tantos grados centígrados, tanta humedad y un filtro de aire para el polvo.

Al director habrá que contarle toda la historia para hacerlo dudar de sus certezas. Es la pieza insignia de este circo, la han anunciado en folletos y carteles gigantescos que adornan las paradas de autobús por toda la ciudad, también en el metro. Está en la pancarta de la entrada que anuncia: “Mil años de Imperio Bizantino. Del Éufrates a España en una mirada que llega a América”. En la parte baja del cartel, una línea fecha del 395 al 1453. Aquí han traído telas más viejas que la memoria de este continente.

Vaya método de hacer las cosas, Simón. El director pensará ridícula mi aparición. Si llega a comprar la primera parte del relato, le explicaré con calma cuándo perdí su rastro.

Pero recuerda la calma, viejo Simón.

No te adelantes. Tiene que saber cada detalle, o de farsante no me bajará, o creerá que soy un idiota mientras ignora cómo aceptar que me siente delante de su escritorio, lleno de documentos oficiales y estados de cuenta, recibos de transferencias e invitaciones a galas. “Etiqueta casual. Señor fulano más un acompañante”. Letras cursivas en relieve, papel encerado. Con esa leyenda le permiten ir con una amante sobre la que opinarán todos los demás machos y en su momento también buscarán llevar a la cama para luego hacerse de la vista gorda cuando vean a las esposas en eventos más formales. “Etiqueta rigurosa. Señor y señora mengano”. Un código que se entiende y depende de la discreción compartida. Tú no dices de mí y yo no lo hago de ti. Omertá, confidencia de hombres que se dicen intachables. Seis letras, italiano.

Atrás de su escritorio debe tener un marco de estaño con foto familiar en pose de todos nos queremos bien, abrazados y sonrientes durante unas vacaciones en las que se fueron a esquiar. Los padres, fingiendo no saber lo que la hija hace a sus espaldas con la amiga que la acompaña. Algunas noches duermen juntas, otras con tipos que se intercambian. Novios transitorios u otros turistas de los tantos que van a esos resorts de frío, saunas rodeados de nieve y tragos finos en barra

libre de seis a ocho de la noche. Connacionales a los que esperan no volver a ver hasta que lo hagan, extranjeros con los que terminarán coincidiendo porque los de su estilo son tan parecidos que en un mundo grande sólo conocen tres lugares para alejarse de la rutina y, acabarán por ser rutinarios. Tampoco la madre conoce bien a bien los secretos de su marido, que flirtea con las guías de veinte años mientras las entrena personalmente en los pasillos, haciéndolas recargarse en las vitrinas más sólidas para que observen sus contenidos. Les levanta la falda y disfruta cómo su aliento empaña los cristales.

En alguna estantería, el director tendrá un reconocimiento de latón pintado imitando ser bronce, con el emblema de la institución a la que pertenece y le deposita un cheque mensualmente. Un trofeo que dice poco de las investigaciones que deberían cubrir la mesa de cualquiera con su trabajo y posición.

Si no va de saco, tal vez traiga puesto uno de esos chalecos de fotógrafo con el que se las da de cazador de tesoros, un Indiana Jones urbano y bien rasurado. Ya no recuerda que de joven, en la primera clase de antropología, antes de abandonar la carrera para irse a estudiar finanzas con tal de ser parte de un círculo deseable, le dijeron que quienes pensaran en convertirse en el aventurero de sombrero y látigo podrían salirse de las aulas.

El plan es complicado.

Si algo sale mal, no sólo desacreditaré a este museo. Mi porte se irá al demonio y después daré remansos de conciencia y arrepentimiento para terminar siendo el bribón que se cargó las intenciones del Museo de Arqueología en Estambul, tan riguroso en sus estudios y objetivos de buena cultura que han prestado, o rentado, un sinfín de piezas a un módico precio. Las esculturas de mármol y alabastro, los porta papiros de plata con trabajo de orfebres inigualables que escribieron en sus obras el nombre de las familias que los contrataron para fabricar recipientes donde viajaron sus textos sagrados. Las páginas de ese Corán apócrifo con ilustraciones de Mahoma, prohibidas por Alá. Cuatro vitrinas para las escrituras que importan tanto como los dibujos que las ilustran: un cazador arremetiendo contra una gacela, un religioso rezando, envuelto en telas imposibles de tejer en una maquiladora moderna. Sus turbantes, dagas y espadas, pintadas a mano con tintura china de colores brillantes e indelebles, hoja de oro y lapislázuli. Esos artistas eran artesanos de la química, ningún laboratorio hoy día podría replicar esos tonos sin que sus trabajadores mueran de cáncer o se envenenen con el plomo que fija los trazos a los

papeles. Tres escaparates más para las monedas de Alejandro Magno. Aquí le dicen *El Grande*, que suena más chico; en el eufemismo evitan la nimiedad propia. A su lado, un sestercio de plata con la imagen de César. El César. La moneda viajó desde Roma a Tel Aviv, luego a Turquía y llegó a estas tierras casi dos mil años más tarde. Mero recuerdo. Una de tantas miles que lograron sortear el tiempo y admiramos como únicas por ser viejas. Sobrevivientes ellas. Ni para pagar un baño en las calendas debió servir en los tiempos de la decadencia, las orgías y el Coliseo.

Simón, ¿no sería mejor ir primero con el guardia?, ¿ése que pide a los visitantes mantenerse a un paso de la línea marcada en el piso para no acercarse de más a los cuadros y cristales protegidos con alarma? A él qué le digo, también es un extraño y no cuenta en medio del tiovivo. Es inocuo, definitivamente, con su cara de salvoconducto que hace suponerle una vida tranquila. Último eslabón en este sitio, podrá indicarme la ruta para llegar a las oficinas. ¿Para?, la conozco bien. No por haberme internado en ellas como por oficio responsable.

Durante años vine, revisé y aprendí de memoria los planos del edificio por si decidía meterme a él cuando era del Estado. Los tenían enmarcados en una de las salas. Por alguna razón es más fácil robar bienes públicos. Según la ley o el discurso, o el discurso que se apropia de una ley mal entendida, una parte de ellos es nuestra.

A la izquierda de la entrada principal está la sala de conferencias, treinta pasos de puerta a puerta. Las cerraduras modernas, digitales, quedaron discretas entre la madera apolillada. Ahora la rentan para presentar libros pretenciosos: “La verdadera historia de no sé dónde”, “Lo que siempre creyó de un lugar”. Lo escondido de un sujeto o sustantivo que se vuelve interesante con el adjetivo. Síntomas de una sociedad que perdió sus símbolos si es que alguna vez los tuvo, y buscó crear nuevos que aparecieron parcos y conteniendo las ilusiones de un pasado con el que se pretende entender un porvenir idéntico al presente. La ironía en un espacio que contiene los estandartes de un tiempo, cuando los objetos daban las respuestas. Para eso los creamos, porque atrás de ellos hay algo más de lo que se observa a simple vista.

Mira, Simón. Al fondo. Una estudiante se acerca a la puerta de roble, parece perdida. Su caminar es ingenuo. La falda de su uniforme, recta, a la cadera. Ya tiene novio pero ha venido sola, es evidente en ciertos gestos y tamaños, como lo es en los hombres a los que de repente se les ensancha la espalda de una noche a la mañana, cuando sus padres viajaron y les dejaron el departamento para una bacanal que terminó en satisfactoria y rápida vergüenza. La han visto dos

gañanes, de su vuelo y de otra escuela, que la llevan siguiendo unos minutos para disfrutar el contoneo entre risas torpes. Qué brutos somos los hombres a esa edad. Su uniforme es de colores distintos. El guardia le indica la dirección correcta a lo que ella le ha preguntado. En este museo también usan la sala para dar una que otra conferencia a la que, por compromiso, van estudiantes y también por la necesidad de sus profesores de ser adulados.

Adelante de la galería se encuentra el acceso al jardín. El patio central alberga árboles fantásticos. Higos y naranjas agrias. Un ciruelo que pide trabajo de más al jardinero, por los pájaros que comen los frutos con las primeras luces y tiran al suelo lo que se les cae tras un picotazo. Un poco de sol y se transforman en mermelada. Esos árboles se parecen a Dios, me dijo una vez Micaela, bajo la sombra del flamboyán lleno de flores. Árboles llenos de frutos improbables sin el hombre. Antes, salvo el flamboyán, aquí no se daban más que tubérculos. Veinticinco salones a su alrededor, tapizados de curiosidades.

Al subsuelo se entra rodeando la taquilla, abajo están los cubículos de la administración y los almacenes. La leyenda cuenta que ahí siempre se esconden cosas más interesantes que lo que se exhibe. ¡Nada, es falso!, lo de afuera es más llamativo pero lo guardado tiene el encanto de lo olvidado. La selección de lo que se muestra aumenta el valor del objeto oculto. Son pocos los que se atreven a sumergirse en esos lugares que piden paciencia y la discriminación para evitar robar baratijas. Cada bodega que he pisado me ha hecho temblar las manos. Será difícil que alguien extrañe las cosas que he extraído. Su registro está borroso en las páginas de un primer inventario realizado por pasantes efímeros.

Ahí está otro guardia, voltea a verme como lo hace con los demás visitantes. Aún no he levantado la menor sospecha, pero si me acerco, preguntará qué quiero. Se fijará en mi frente y gran cabeza, llevándose la mano a su gorra de tránsito, roja y gris. Su escudo ausente para no entrar en conflicto con la de aquel que afuera mueve las manos en enormes y ridículas brazadas para hacer avanzar los autos. Los dos uniformados son iguales pero cada uno sueña con ser el otro. El guardia del museo tomará el radio que está en su cintura, el acto le dará la confianza que le hacía falta. Salvavidas electrónico, de corta frecuencia y megahertz reducidos. Tampoco entenderá y me tomará por loco, pero jamás se atrevería a ponerme un dedo encima. La fuerza de la repetición ha hecho cobardes a los de su tipo, incluso si cuando se enrolaron tenían las esperanzas de convertirse en

comandantes gallardos y protectores de la historia, de nosotros. De qué hablo, casi todos los que andan con uniforme prestado podrían también ser vendedores de hamburguesas. Fueron las mejores o menos malas opciones que aparecieron en una agencia de colocación, ofertando plazas de plomeros y contadores. Algo en mí se destruye cada que veo multitudes afuera de Manpower o de cualquiera otra. La gente observa las pantallas que colocaron para ahorrarse el contacto con desempleados llenos de una fe que se confunde con desesperanza, mientras apuntan los teléfonos de algún reclutador al que le da lo mismo quién le llame. Esa gente sin trabajo viaja de lejos, toma transportes públicos con las pocas monedas que todavía tienen, llegan antes de que las oficinas abran para ser los primeros en descubrir el aviso y marcan con prisa los números del teléfono para decir que podrían estar listos en cinco minutos, prestos a responder la primera entrevista del día. Todavía piensan que con esa disposición tendrán más oportunidades. Son míseras las caras de ilusión en esos desempleados que ven correr los puestos disponibles como sueñan, un día, ver en un aeropuerto las salidas de los aviones. Esas agencias son un mercado de ilusiones para gente honesta, y la honestidad de la que creen son dueños es una virtud que desde mi lugar se aprende a valorar poco, porque al final no es tan importante como decían las abuelas. En los trabajos regulares parece que cuenta mucho, también cuenta la disciplina y no está mal, pero nunca consideran la lealtad por encima de todo. Ésa es la única cualidad que todavía se salva y deja que otro honor, todavía más permanente, sea propio de las manos ligeras.

Ahí anda el guardia de la gorra, viendo los muslos de las turistas guapas. El clima es bueno para agasajar a quienes a menudo se enredan en piernas menos afortunadas.

Ya no hay oficio en los custodios de arte.

Si busco al guardia, seguramente pedirá que venga un policía de verdad, con chaqueta propia, para sacarme. Nunca he tenido problemas con ellos, ni siquiera en mis buenos años o cuando vino el asunto de la pistola. La única vez que estuve a punto de cruzar la línea. Mejor no empezar ahora.

Además, el guardia no debe tener idea de quién es el director, si acaso le hicieron recitar su nombre durante el entrenamiento del primer día y le enseñaron una foto para que no se metiera en problemas. Como la memoria para algunos detalles es corta, una tarde lo detuvo cuando hablaba por su manos libres pegado al oído, con una voz demasiado alta y lo conminó a retirarse. Estaban a punto de

cerrar. De eso hace ya muchos meses y ni aumento de sueldo ni promoción cerca. Tampoco sabrá quién es el curador que anuncia su nombre en una gigantesca ficha color vino y letras blancas a la entrada de la exposición. Ésa es sólo una formalidad, una manera respetuosa de dar crédito por un trabajo del que nadie sabe y menos les importa. Mejor sigo caminando y doy un par de vueltas, aunque al hacerlo llame la atención de los ociosos. Pasa aquí, pasa en éste y en cualquier otro museo. Todos son buenos para discutir cosas importantes, se parecen a los vapores de gimnasios y clubes de golf donde millonarios con las bolas colgando entre sus piernas cantan sus fortunas y los planes de expansión de sus empresas.

En estos pasillos no es necesario detenerse en cada punto para ver esa o aquella obra. Llega un punto en que las conoces todas. Hay que saber sortear las visitas escolares, con chicos de ropas iguales que apenas prestan atención a lo que observan, pensando en el descanso donde podrán molestarse, jalar las trenzas y levantar las faldas de las niñas sin la atención de maestros deprimidos, de colegios privados, que desdeñan sus almuerzos, más frugales que los de sus alumnos.

Esquivas a esos pequeños, te importan tanto como las señoras bien vestidas que recargando el puente de sus lentes en la nariz, sosteniendo el mapa desplegado entre sus manos, señalan coincidencias con las artesanías de los bazares que frecuentan y, buscan un tema de conversación para cuando regresen a platicar con sus criadas, a las que ya no se les puede decir sirvientas. Demanda de discriminación de por medio. Les recomendarán a las empleadas seguir sus pasos, como si eso les diera algo y las acercara a ellas, alejándolas de las cocinas que las primeras visitan propinando órdenes y criticando lo que nunca podrán poner en un plato. El simple desayuno dominical de sus parejas.

Esta sala, la del fondo, la larga que tiene más información de la que un común podría asimilar, son un muestrario contra el que ahora tengo que luchar para no llevarme nada, como alcohólico en la barra de un bar. Lujuria a esas botellas, a estos objetos invaluables. La cajonera mongola con marfil que llegó acá durante la Conquista y no tiene nada que hacer entre lo que la rodea —de igual forma la pusieron, con ficha y todo—, se vería fantástica con mis libros encima, iluminados por la lámpara Lalique de mi departamento, recolectada tras una visita inesperada a las ruinas de esa casa del centro, cuando tenía veintipocos años. Micaela la encontró, se detuvo frente a ella, su silueta a contraluz. Imposible no tomarlas.

Como todos los museos grandes, éste no es para recorrerse en un

día; hay que elegir secciones. Es violencia pura que los museógrafos te planten desde el meteorito de la zona maya hasta las reliquias de Cortés. Luego vienen los pantalones de Maximiliano y el mal gusto de los revolucionarios. La espada de Don Porfirio es una sorpresa, tenía idea que era propiedad de una galerista judía que la llevaba a ferias de anticuarios para presumir su precio y antojar a coleccionistas noveles, para comprar cosas más asequibles.

Meten en una licuadora los vestigios de nuestros momentos y los esparcen a diestra y siniestra. Siempre más la última.

Los turistas pasan demasiado tiempo en las piedras de Mesoamérica y después de tres dioses, de varios monolitos con las figuras de mujeres y hombres, se dan cuenta que son iguales y apenas han cambiado en su emplumado y la forma de las tetas que antes cualquier civilización esculpía sin considerarlas pornografía. La humanidad se ha desarrollado a partir de pezones puntiagudos que con el tiempo se hicieron redondos. Nadie ha escrito un estudio sobre cómo el avance de las civilizaciones se puede medir en cómo representamos los senos y las caderas. De eso ha de tratarse el mundo.

El profesional de los museos ya sólo camina por las temporales, piezas de todas latitudes, grandes preliminares mermando las expectativas del inculto.

Regresa, Simón, a la sala que te trajo.

Alguno de los funcionarios del banco puede aparecer de tanto en tanto para ver cómo va el tráfico de asistentes, para regodearse del éxito que tiene su tribuna. ¿Y para distinguirlos? Su caminar y presunción los hará evidentes. De venir algún banquero, lo hará con mujer e hijos. Les dará un recorrido como si él mismo hubiera descubierto las piezas en medio de alguna ruina en un rincón escondido. ¡Patanes!, eso lo hacemos nosotros, no los académicos, tampoco los dueños de galerías ni los anticuarios. Los de mocasín y gazné al cuello son los peores.

Hoy no vendrá ninguno, es domingo y esos sólo se pasean en las inauguraciones, vistiendo su traje de oficinista como si fuera levita, robando bocadillos rellenos de cangrejo, crema agria y pepino. Siguiendo con la vista los camarones empanizados, deseando ahogarlos en la salsa de mango que salió de una lata y el chef de banquetes vendió como única. Especialidad suya, afirma sin dudarlo, cuando lo que en realidad hizo fue arrojarle semillas de mostaza que le dieron un sabor extraño.

Esos funcionarios son políticos que no saben hacer política, beben un vino barato que al llegar a su casa les da dolores de cabeza y

menguan con antiácidos, renovados cada mes en visitas de media noche a las farmacias. A esas horas los compradores sólo buscan pañales, condones, pruebas de embarazo y leche en polvo.

He visto dos guías, uno esperaría más de ellos. Caminan de espaldas para poder hablarle al grupo que dirigen y darse cuenta cuando uno que otro muestra un interés auténtico o se distrae gratuitamente. Dan brazadas con las que abrazan sus conocimientos, extienden su índice para señalar con esmero el pasado. Porque es imposible señalar el futuro. Tal vez son estudiantes de etnología que encontraron aquí su primer trabajo y aún guardan el entusiasmo de una vida que todavía no empieza. Por él aguantan los abusos que la directiva de cada museo importante hizo costumbre, replicando el escándalo en Madrid con el suplente del Reina Sofía. Tampoco, Simón. La edad puede proporcionarles espíritu de aventura pero su sueldo los amarra a conservar la humillación de la tarjeta con horarios. Cada mañana que registran su entrada y cada tarde al marcar su salida, las horas que se imprimen cuentan los minutos de ambición que han perdido en la jornada. Nunca pondrían en riesgo su puesto. Ya luego se transformarán en aquel otro con mirada taciturna, ese anciano con el contador plateado en la mano, dando clic a cada turista sumado de reojo. Se concentra en el suelo viendo las baldosas que hoy son iguales a las de ayer. Su pulgar acelera el paso esperando la jubilación sin preocuparse de los números que ya dieron la vuelta completa y cuenta en treinta los miles de visitantes y curiosos de un mundo al que sólo se acercan por escaparates.

Ese viejo en la silla trae la misma chamarra que le dieron al contratarlo, el cuello ha cambiado de color por la fricción de la nuca y la viste con menos ganas que las que lo tienen ojeando a los asistentes desde su silla, deformada con el peso del tedio. Le cuesta mantenerse despierto. Sindicalizado probablemente, de cuando había sindicatos de todo y las contrataciones externas no eran cosa frecuente. No deben poder despedirlo sin pagarle una fortuna y aguardan a su muerte, que igual no debe tardar en llegar. Supongo que un día no vendrá a trabajar, se enterarán a la semana por una viuda desconsolada que pisó este museo hace diez lustros, cuando en sus vidas era novedad y el marido que en ese momento era novio, la trajo en una suerte de coqueteo que terminó en su primer hijo. Concepción bajo el recuerdo de vasijas rotas y rostros hechos de piedra. Siempre ha sido fácil acostarse con quien se visita un museo.

Cuando muera el tipo, uno de los jóvenes dejará de serlo para convertirse en su sustituto, calentando la silla, tratando de amoldar

sus nalgas a las curvaturas del asiento y diciendo en voz baja:

—¡Teléfonos apagados! ¡Fotos sin flash!

O simplemente dirá que en temporales no se pueden sacar las cámaras. Nunca entendí el porqué de esa limitación. Tal vez somos demasiado miserables y el arte es lo único que nos queda para redimirnos como especie. Perpetuarlo es un esfuerzo que luego de milenios no hemos aprendido a merecer.

No sé de un solo optimista inteligente y estas ideas no sirven para alegrarme la mañana.

La gente recorre las vitrinas esbozando sonrisas, señalan su interior, describiendo lo que tienen delante y sus acompañantes, responden confirmándose lo dicho entre ellos. Sucede cuando algo nos maravilla, aquí, ahora, en los días lluviosos que evaporan el calor con el que inició la mañana que regalaba faldas cortas y al levantar la mirada, mientras nos mojamos el rostro, abrimos la boca para comentar lo evidente. Sin esas palabras el acto no ocurre y las gotas son sólo agua. Ésos son los únicos instantes que valen la pena. Cuando se sale de estas salas el paisaje es demasiado distinto a lo que, dentro, observamos en silencio. Cuando llegamos empapados a nuestras casas, lo bueno se desvanece. Tú eras un ladrón, Simón, por las mismas razones que los pintores pintan, para encontrar algo mejor.

Las primeras visitas siempre son de reconocimiento, tener claro los puntos débiles, la ruta de escape, los más insignificantes elementos que cambiarán constantemente y frente a los que uno tiene que estar preparado. El cometido de hoy está resuelto. Volveré el martes. Mañana, como todos los lunes, estará cerrado y ya me aburre esa adrenalina que regala escabullirse para entrar a escondidas, seguir al sujeto hasta su auto y por la espalda, evitando que piense que lo estoy asaltando, decirle lo que cambiará su vida.

Pude presentarme hace unos días, en la inauguración, pero no tenía prisa y preferí mantener distancia. Observarlos de lejos para confirmar presunciones. A fin de cuentas, sabía lo difícil que iba a ser volver a encontrarme con el anillo de Antioquía. El anillo de Micaela. Las fotos de promoción en los catálogos y pasquines no le hacen justicia. Su toro grabado al estilo de Constantinopla, los cuernos dibujando una luna creciente y unas cuantas estrellas adornando el cielo. Ochocientos años de esa joya que, a hurtadillas, hace tanto, con ella y los otros, retiré de un cajón en un armario. Entre esos otros, él, que hizo tanto daño y moldeó el rostro de este hombre viejo que tiende a hablar solo y de más.

Su ficha, llena de errores, dice que tiene setecientos años. Un siglo

no es mucho cuando se habla de Bizancio.

II. ¿Qué tan fácil es decidir con qué pedazo de la historia nos quedamos?

Sólo creeremos lo que está a la mano, lo que entendemos o lo que nos simpatiza. Hay otras opciones, ninguna de ellas se aleja de la conveniencia.

Lo sabe la vendedora en la tienda del museo, tiene una nariz simpática, con su servil alegría. Un asunto de principios y formación afortunada. Sonríe, busca que todo esté en orden, incluso el polvo. Se acomoda y estira las mangas de la blusa, es impecable, no quiere que la tela toque algo. Acomoda las piezas que los clientes mueven y voltean para consultar el precio en la etiqueta de la base. Como si las fueran a comprar. Buscan un pretexto para dejarlas a un lado y responsabilizar a su selectiva solvencia por no llevarse a casa la réplica de un objeto con buena pinta. En cambio, sí pagan unos dólares de más —porque aquí todo se vende en dólares— por insignificancias que se encontraron en el mostrador de la caja. Una escultura de plástico o resina, un pisapapeles, una pluma o un juguete de oficina que tiene la leyenda de promoción de la ciudad o el emblema del museo. Es la época del aquí estuvimos, no la del aprendí de aquello.

¡Mira a dónde he ido! ¿Y qué viste? Mi cara en un lugar en que no había estado.

La experiencia dejó de ser un logro íntimo para convertirse en la medalla del general que jamás ha pisado el terreno de batalla.

Ahí camina la vendedora, da las gracias por la visita a quienes parten con las manos vacías. Al verlos alejarse, propone a otros clientes comprar eso o lo otro, dependiendo de sus instintos; la razón menos gratuita de las cosas y también la más peligrosa. Con el saber trabajan los buenos en su oficio, el que sea, pero también con instinto, adolescencia de sustento, algún editor novato hizo los materiales que dan cuenta de los rastros de Bizancio en esta exhibición.

Dos catálogos o más bien un catálogo y un folleto que se vende con el mismo título pero más barato. Es de incautos no tener cuidado con las publicaciones de museos y galerías. No siempre los privados son mejores que los públicos y mucho menos viceversa. Por igual, imprimen un panfleto y un libro para cada muestra, con precios exorbitantemente distanciados. Los ligeros son pasquines y en la

donación que reclaman se hacen gratuitos, un resumen incompleto para cumplir la labor de ilustrar las piezas como lo hacen los subtítulos mal traducidos de una película ucraniana. No sabes ni entenderás lo que el personaje dijo, entonces, no dudarás de las palabras que aparecen en la parte baja de la pantalla. Ese *hola* con el que un personaje pudo saludar al desconocido puede variar en un *mucho gusto*, sin importar que la apatía de su existencia no impida ser amable y en nada le ha gustado acercarse a sus dominios. Un *te quiero*, un *aprendo*, son capaces de mutar en verbos que, a diferencia de ellos, aguantan imperativos.

En ocasiones, los catálogos grandes y pesados se acercan a sus intenciones. Ediciones en pasta dura seducen al comprador especializado, o suntuoso, que paga aceptando el riesgo de que esa publicación termine en el olvido, dentro de estanterías en su casa u oficina; las novedades presumidas durante una semana, la de la compra y quizá la siguiente, no más. Ya se llenarán de polvo que ninguna vendedora limpiará con cuidado y, si acaso la empleada doméstica del comprador es rigurosa e impoluta, les pasará un plumero por el lomo y sólo una vez cada varios meses recorrerá su superficie con un trapo húmedo que borre las marcas y barridas del instrumento de costumbre. Sin embargo, con todo y su posible futuro, las fuentes de esos libros o librillos llegan a ser algo precisas y las sesenta páginas, necesarias como mínimo para atraer desde quisquillosos a ricos poco elegantes, pueden regalar un momento de historia verdadera, pero ¿qué es esa historia sino la que la mayoría desconoce? Los que la saben ya no están o, casi siempre, no se encuentran para contarla.

Del anillo de Antioquía ignoran la mitad de sus pasos. Explican minuciosamente el peso en oro y eso no pide gran conocimiento para ser certero. Basta un joyero testaferro, que enriquezca a otro de más fondos, como el que conocimos Micaela y yo cuando éramos jóvenes, atendiendo un local de compra y venta de metales. Quince gramos de una joya que no tenía intención de serlo. La báscula digital en Estambul dio un gramo más que la análoga de hace unos años en el centro de Europa, cuando el anillo viajó por primera vez en este siglo. Otro museo, por supuesto. La aseguradora habrá cobrado unos setecientos mil euros de más por proteger la diferencia. En el colmo del cinismo, establecieron condiciones que obligaron a trasladarlo por aerolíneas propiedad de la misma familia que expidió la póliza, e hicieron resguardar en contenedores hechos con el metal que esa familia, o más bien, sus empleados, como se les llama ahora a los

trabajadores que rozan con la esclavitud, extraen de las minas que compró el tatarabuelo de ese nombre hace cientos de años. Coches, aviones, metales y seguros. Resulta que ese consorcio también es dueño del cuarto mayor banco de Europa y poseen el segundo grupo automotriz más grande del planeta. Autos de lujo porque el lujo nunca ha mermado. Son patrocinadores de esta exhibición, faltaría menos. En la gala de apertura trajeron un último modelo, lo treparon a un templete más elegante que el de una recepción de ministro de Estado. Hay fotos. Prototipo de un vehículo híbrido que un viejo y ya retirado político usó para pasearse al salir de la cárcel. Había terminado ahí por un asunto que si bien no era limpio, tampoco era lo sucio que publicaron todos los periódicos. Una pieza de arte aquélla en cuatro ruedas. Asomo de futuro para los menos que lo verán rodar por las calles, mientras siguen recorriendo a pie las grandes distancias de siempre, de antes, de cuando se hablaba del pasado.

En este continente sorprende el anillo por sus veintidós quilates, tal y como se acostumbraba fundir el metal en otros tiempos, y se sigue haciendo hasta la fecha en latitudes que van de Medio Oriente a la India. Veintidós y unos puntos, es tan viejo. La edad hace imposible la precisión de las partes. Nada que ver con los dieciocho de los europeos y norteamericanos, contentos con poca pureza, apenas la mínima para que un joven entusiasmado por las bondades que otorga la falta de vida pida matrimonio a su novia de la universidad de la que asegura estar enamorado y puede que lo siga estando muchos años más, pero también puede que no, y es más probable que eso ocurra a lo anterior. Ese esperpento de anillo sin mucho valor, que el joven entregará en un restorán a la vista de otros comensales, será un reflejo del mal gusto que pensarán emotivo durante sus aniversarios, cuando la rutina sea la continuación de lo mejor de sus experiencias y de igual manera representará lo honestas que serán sus relaciones. Entre ellos, entre los que los irán rodeando. Si la mujer a la que le ofrecerán matrimonio mira la piedra que traerá ese anillo hipotético, por demás barato, le prestará poca atención, de cualquier forma era demasiado pequeña. Lo que importa a quienes no distinguen rocas es lo dorado de la sortija, como les preocupa lo que se ve para afuera y gritarán de alegría la noche de la pedida y, meses más tarde, también lo harán una dama o un padrino, cuando en la boda les regale un baúl miniatura con arras que, lejos de contener algo precioso, guarde trece monedas pintadas con un esmalte de metal que disimula un latón vendido a precio de oro. Nada, el padrino o la madrina sabían de la estafa, que por beneficio propio no imaginaron como tal y maquinaron la treta en una

imprudencia que se disfrazó de, quizá, hipocresía. Pagaron una miseria y anunciaron ser generosos en un gasto que presumieron alto. Ya el teatro se vendrá abajo, después, si la pareja se separa y uno de ellos decide vender las monedas que ningún comerciante aceptará, y si lo hace, las verá con desprecio al sentir su textura de ganga entre los dedos.

En el catálogo, letras gruesas, como si el lector no fuera a notar la relevancia de una frase encuadrada en un marco de otra tinta. Describen la coincidencia entre el toro que adorna el anillo de Antioquía y el símbolo de Constantino; bovino de pitones anchos y largos. Parado erguido, portentoso y con la cabeza viendo al frente a pesar del escorzo en que mantiene su cuerpo. Tres estrellas entre los cuernos. No hay coincidencia.

Simón, te digo que no saben nada. Lo sé, Simón.

Juegan con el arte y la historia como el voyerista aficionado a la pornografía que, de tener la oportunidad de cumplir la fantasía que cada mañana goza con los ojos cerrados y en un desvarío la fortuna lo llevara a acostarse con dos guapas, haría un papelón al primer beso y saldría corriendo con la segunda caricia a la entrepierna.

El anillo, Simón. El de Antioquía…

En el siglo XII el Emperador Alejo Comneno otorgó a uno de sus siervos el título de la ciudad de Antioquía. Lo habían bautizado Yanni. Había nacido en el Peloponeso.

No le puedo decir eso al director, debo asumir que ya lo sabe.

Tampoco le diré que Alejo fue coronado por el Patriarca de Constantinopla y tomó la tierra al vencer a Bohemundo, Príncipe de Tarento, quien en su derrota tras la Primera Cruzada le entregó el rollo de pergamino que le otorgaba el control de la ciudad que un día fue par y rival de Alejandría.

Y como ya lo sabe, se reclinará en su silla mientras le hablo. En una de ésas la llamaré Antakya. Girará su cabeza unos centímetros, dudando si mi anotación amerita la defensa de un posible reproche. Antakya, así aparece en los mapas no castellanizados; el del catálogo lo está. Micaela hubiera sonreído al leerlo, lo hizo antes, al averiguar el origen del anillo. Le hacían gracia las palabras que cambian según los países. En Colombia evitan la tilde y le dicen Antioquia, proveniente del antiguo Antiochia con que los españoles nombraban a Antioquía. Se dice que los romanos bautizaron la ciudad por *Anti quietis*, en contra del estancamiento. Pero romanos y griegos siempre han peleado sus razones, sobre todo con Bizancio.

Entonces, para no mostrar reducida su vasta información, que se ha

hecho de datos y no tiene las virtudes de la reflexión, el director responderá, desafiante:

—Imperio del este que resurgió en siglo IV, cuando Constantino mandó a su hijo a dignificar la *Nova Roma*.

Si el tono de la conversación se vuelve distinto, nos habremos mostrado iguales, aunque sea en cómo nos presentamos y, con la muestra de credenciales, nos tutearemos.

El súbdito de Comneno no tenía nombre que le siguiera y, al viajar a Asia, adoptó el apellido de su señor, pero su sangre era distinta. Yanni Comnen. Noble sin nobleza, el tiempo le dio herencia. Viajó a su nueva ciudad con el título firmado, enrollado entre el anillo. Al pie del documento, Alejo escribió: "Esta ciudad será tuya". Es una leyenda que logró distancia de la perversión de las masas, que sin necesidad de ofensa lo incluyen a él. Por eso ignora lo que yo no.

Aquella historia fue apenas nombrada en uno que otro libro, textos de la memoria, escritos por sus descendientes, que se perdieron entre el paso de más textos en los años en que todo mundo creyó que podía escribir un libro y no había razón para leerlos todos. Menos Micaela, que devoraba páginas y yo la dibujaba.

En Antakya vivió la familia de Yanni Comnen. Vivieron durante ochocientos años. Cayó Roma, también Bizancio y llegaron los otomanos. Se unificó Anatolia. Durante ese tiempo, ninguno de los herederos al título de la ciudad ostentó poder civil, hasta que a principios del XX uno de ellos se hizo gobernador de la ciudad. Político por falta de vocación religiosa, cerró el círculo de una historia. Fueron los primeros y los últimos en gobernarla. Habían permanecido ahí, discretos dueños indiscutibles de un pedazo de tierra que apenas poseyeron, hablando griego mientras los demás lo hacían en turco, luego empezaron a enunciar en árabe. Incluso mucho después de que los griegos conocieron la ruina y terminaron siendo los que salen a las calles desde que se hicieron europeos de la nueva Europa, después de los triunfos de sus izquierdas, que se aliaron con las derechas más diestras y se hicieron modernos. Esos griegos que aparecen cuando sus refrigeradores se encuentran vacíos y que de europeos no tienen nada, salvo el hambre que los ingleses, franceses y españoles sintieron al terminar la Segunda Guerra.

Murió Comneno, con su nombre lo sucedieron cuatro emperadores más. Pasaron las Cruzadas, pasó la monarquía griega que abandonó en España a una de las suyas y entró la República a territorio heleno, intentando rescatar los orígenes e inventos de la nación. Entonces descubrieron la miseria. Ésos son los griegos de ahora. Deben quedar

algunos espartanos que mantienen vivo el espíritu del *olympiakoi agones*; tres higos al día son suficientes para correr un maratón. El mapa es correcto. Antakya está en Turquía, no cerca de las islas griegas porque antes Grecia era mucho más grande.

Los de esa ciudad siguieron hablando en griego dentro de sus casas, hablaban árabe en la calle y escribían en ruso por Dostoievski. Su Iglesia era tan poderosa que conocieron al Zar y le sirvieron café a Stalin. Lenin estaba demasiado ocupado cuando el bigote de morsa viajó al sur en búsqueda de alianzas para los bolcheviques. Turquía era otomana y los otomanos eran crueles. Diecisiete años del nuevo siglo —que ahora es viejo pero yo nací en el antiguo, así que seguirá siendo nuevo— le duró a los Comnen de Asia su antiguo feudo, y aún no adoptaban el nombre de la ciudad como apellido. Una Biblia que también se encuentra en el museo marca los nombres de cincuenta varones en su primera página, herederos del súbdito del Emperador. Su nombre está en árabe como el resto del texto, esos se dedicaron a la Iglesia. Bashas ortodoxos, como se les acostumbra llamar a los altos clérigos de esas tierras, algunos fueron encargados del Patriarcado de Antioquía, celosos del de Moscú. Bizantinos que hasta fines de los cincuenta le siguieron llamando Constantinopla a Estambul. No es casualidad el toro. Después de la capital turca quedaba Antakya para mantener en Oriente la separación de la iglesia que vino con el cisma del siglo XI. El toro embiste a la Santa Sede. Creen en el mismo dios pero se diferencian con el sombrero y más vello en la cara, que aunque sea negro en los más jóvenes y blanco en los más viejos, representa el respeto al tiempo. El que tenían los sabios cuando ya merecían usar un bastón para caminar. El cono blanco del Papa sería ridículo en Oriente y la barba larga no le sale igual a los más blancos. Los rubios no tienen lo de los levantinos para abrigarse la cara. Del sol del desierto, del frío del desierto. Cada uno de los hijos de esas épocas debía dedicarse a un oficio en particular y así, por ocho siglos entre los familiares de quien recibió la ciudad hubo un clérigo, un abogado y un político. También un bueno para nada, apuesto jugador y bebedor, su existencia era permisible para guardar cierto equilibrio dentro de esas familias que lo podían y tenían todo. También los defectos de los humanos.

Lutfallah Comnen fue el último gobernador de Antakya, relata el catálogo en la peor prosa. Explica sin decir nada, palabras juntas una a otra como en novela de abogado o tallerista, que aún no entiende la diferencia entre redactar y escribir, y piensa que ser medianamente bueno o eficiente en lo primero es suficiente cumplido.

Los otomanos expulsaron a Lutfallah en 1917, al descubrir que escondió en las catacumbas de la familia a miles de armenios que huyeron del segundo genocidio moderno. Los quemaban en la calle, los empalaban vivos. Los dejaban morir de hambre y amontonaban sus cuerpos en las banquetas. Sus restos eran tan delgados que nunca ocuparon mucho espacio y los niños tan pequeños se confundían con desechos. El viejo, que sabía ser noble, se negó a ser testigo de su sufrimiento.

"Si te gustan tanto los armenios, puedes acompañarlos". Le dijeron los turcos. Usaron el asunto de pretexto para erradicar el poder del señor, sin duda anacrónico. Montó a caballo con su mujer y tres hijos. Uno murió en el camino. Cargaron el cadáver hasta su destino, enrollado en las alfombras que lograron rescatar. En ese mundo lo que se teje importa. Otro hijo les nació en Alepo, del lado sirio de la frontera.

Lutfallah no selló una sola carta más, en todo caso ninguna de la relevancia a la que el anillo estaba acostumbrado o buscó acostumbrarse en el XIV, al sellar su misiva más importante y posiblemente desconocida, o conocida poco e ignorada por los verdugos del tiempo, o los que salieron ganando con el fracaso al que estaba encomendada: un intento por reunificar la Iglesia durante el Noveno Concilio de Constantinopla.

A Micaela le encantaba esa historia. Supo de ella por un librito que robó en la misma casa de la que sacamos mi lámpara de mesa. Mira, Simón. Parece pan viejo. Me dijo emocionada.

Lleno de hongos, tardó tres días en limpiarlo y un sarpullido pintó sus brazos.

Del último Concilio, sólo trajeron a la exhibición el documento escrito por el Patriarca de Constantinopla para excomulgar a Barlaam de Seminara. Un icono bien preservado muestra moreno a Gregorio Palamás, su gran enemigo. Místico del cristianismo asiático, acelerador del fin del Imperio bizantino. En un acto de desesperación, el Patriarca Juan XIV ordenó al señor de Antakya escribir a Roma para solicitar ayuda contra la corriente de Palamás, a quien fingió apoyar brevemente con tal de enviar a buen resguardo la carta sellada con el anillo del toro bizantino. Un esbirro del pardo mató al mensajero.

Quizá con el anillo se selló alguna otra correspondencia, que ya no tenía la importancia de las anteriores. Epístolas sin sentido o con el sentido de la añoranza.

Lutfallah guardó el anillo de oro entre las pertenencias que logró ocultar en sus bolsillos: un relicario, una argolla de compromiso, un

dije con turquesa. Esa sortija que un número incontable de generaciones usó de cuño para imprimir la marca de la ciudad en las correspondencias que fueron a Europa, a Atenas, a Irak cuando se llamaba Mesopotamia, a Jordania, a San Petersburgo antes de ser Leningrado, a El Cairo y existe el rumor de que una vez, en los cincuenta del viejo siglo, a América; ya todo había terminado. La influencia de los Comneno, la expansión de los imperios, el fracaso de la civilización. Una especie de broma escrita por quien se burla de sí mismo parecía marcar su nuevo destino cuando el primero de ellos emigró al nuevo continente y en Canadá sembró las raíces del exilio de su familia. Sus pocos descendientes encuentran, como ellos supongo que pueden hacerlo, parientes congelados en las esculturas de mármol en las grandes salas del Louvre, del Metropolitan y el Smithsonian, y se entretienen buscando parecidos entre sus rostros y las caras de Marco Aurelio, de Adriano y de Alejandro.

Simón, si el director del museo ya se hizo de algo de oficio, entenderá que eran de estirpe demasiado vieja, suficiente para saber y entender que la marca que dejaba ese anillo era la voz de algo apenas más pequeño que un Estado. El poder que una vez tuvieron, y lo tuvieron por pocos años, era mínimo comparado con la permanencia del símbolo. Aquel sello importó nada cuando pasaron los gobiernos, las tribus, los imperios que se hicieron en las lejanías de Comneno. Los que le siguieron no lo necesitaron para que el mundo supiera quién había escrito las palabras. Todas las que ahí se dibujaron después de Yanni fueron tan efímeras como lo son ahora las que no se quedarán en la historia, pero las de esa familia, las clausuradas con la impronta del toro de Constantino, siguieron siendo las únicas que sus tiempos hicieron cercanas a lo que creían era un dios. La palabra de los dominios del emperador.

Le diré: señor director. ¡No, ya le habría dicho a esas alturas que nos tutearemos! Dependerá de lo remangado que sea.

Los dos sabemos que la cera para cerrar la correspondencia era de abejas, a veces usaban lacre entintado con bermellón y en muy pocas ocasiones *maltha*, porque eran de Oriente, donde no les gustan los pescados y desprecian al mar, a menos que lo quieran navegar. Cualquiera de esas sustancias, precursoras de las modas actuales a las que poco falta para usar el telégrafo como medio de comunicación, con tal de remitirse a algo que ya no cuenta y encuentra valor en la nostalgia, que si bien es poderosa como fe, peca de lo mismo que ella. Con esos materiales, pocos sellos resisten el embate de los años que se suman hasta ser siglos y, si alguna misiva se guardó y en ella se

mantuvo incrustada la precaria cera, existiría una prueba sobre la autenticidad del anillo. Arqueólogos y buscadores de tesoros, curadores de Asia y América ignoran si al menos uno de ellos ha sobrevivido. Por años, mientras aún se recordaba la leyenda de Antakya, muchos los buscaron en Egipto y en Damasco, en Sevilla y en toda Andalucía, cruzaron Gibraltar y bajaron a Casablanca, pero el único trozo seco, petrificado, está en mis manos por una coincidencia del destino que no tiene caso explicarle. Con su tono rojizo ya granate y casi vino. Por eso y por una pequeña muesca, sé que el anillo de Antioquía en la exhibición es el verdadero.

El catálogo no menciona que aquel anillo viajó a México en 1975, cuando la nieta del último gobernador antioqueño emigró a este país y no lo hizo como muchos otros, que han huido de la pobreza o de gobiernos déspotas o complicados. A pesar de venir de un lugar que tenía uno y con los años se pondría peor. Tampoco lo hizo en busca de esperanza para un presente que se asomaba, menos por un amor que perseguía desde adentro, sino por la curiosidad que las juventudes de esos días, que eran menos cómodas que las actuales, tenían por todo lo que no habían visto, y más importante, por lo que no sabían que podían ver, pero les servía de pretexto para cambiarse de hemisferio. Viajó a América mochila al hombro, vestidos largos, un par de plumas: bolígrafos, atómicas. Ni una fuente que se desparrame por los aires, y una libreta. Al final, era la década para esas cosas.

El catálogo tampoco dice nada de cómo ese anillo terminó junto a las demás joyas de la ciudad, las cadenas, unos colguijes en herencia como disculpa por un futuro incierto, guardadas en la cajonera dentro del armario de un departamento de clase media al sur de la ciudad de México. El lugar fue rentado por una mujer que ignoraba todo o por lo menos lo más, o casi todo, de la urbe que la falta de fortuna le eligió para vivir.

Para esas fechas yo tenía apenas dieciséis años y llevaba tres robando monedas y billetes de los bolsos de mis tías y sus amigas, de tanto en tanto también del de mi madre. Fuera de la casa, en algunas ocasiones, era el halcón de mi pandilla, a causa de la voz identificable de quien sabía hacer esa labor mejor que yo pero poseía un timbre demasiado particular y nada conveniente. Así, yo avisaba cuando alguien, un peatón aguerrido o vecino contento, llegaba a su casa con una tornamesa nueva que, al igual que las vajillas o la platería, hurtábamos sin el menor de los pudores.

Aquel gran asalto fue mi graduación para el quehacer de una vida.

En ese departamento no había nadie en la mañana, la mujer tenía

una pareja mexicana. Nunca estaban durante el día. Ella llegaba al anochecer y él cerca de la media noche. Esa tarde, ambos fueron a una librería. No compraron nada, lo supe cuando los encontré platicando en un mercado sobre ruedas, frutas frescas, comida preparada y jarcerías ambulantes en las que curioseaban por necesidad, mientras yo vagaba recuperándome de una golpiza excesiva, propia de la edad y de mis artimañas callejeras. Golpes que me dejaron deforme, sobrehecho. Protuberante.

A ellos sólo les quedaba disfrutarse entre las estanterías y ese día, entre los puestos, se dijeron qué sentían uno por el otro. Sintiéndose, también, desconsolados por las pérdidas causadas por un oficio al que le agarré el gusto hasta hacerlo propio.

La tarde en que conocí el anillo, había vigilado por diez minutos, esperando que ningún vecino se atravesara. El departamento de enfrente también se encontraba vacío, clase trabajadora con horarios impropios, como lo son todos en los que se trabaja. Arriba, una señora con la música tan alta que no iba a ser capaz de escucharnos ni a nosotros, ni a algo más que la aspiradora que operaba sin descanso. En el tercer piso un hombre hacía arreglos, posiblemente colocaba un cuadro necio o fabricaba un mueble improvisado; poco ruido, su eventual martilleo podía asustar más a la pandilla que a él nuestros sonidos. Salto nervioso a cada clavo penetrando en la madera; el temor de ser descubiertos. Entraron seis por la puerta. La chapa se quedó en el marco. Rompieron la cerradura entre tres como si fueran ariete. De esos hay uno en el museo, parte de la exposición. Un tronco de árbol con un extremo tallado con la forma de la cabeza de una cabra, sus cuernos servían para destruir las tablas que aseguraban las habitaciones en residencias antiguas, cuando los invasores sometían a los pueblos cuyos habitantes corrían para refugiarse en los graneros. En el mundo civilizado ya nadie debería hacer eso y si aún se ven noticias dando aviso de esas actividades, hablan de territorios bárbaros, tan trágicos que olvidaron que un día fueron los más avanzados.

En la sala del departamento se veía lo novel de la pareja. Un gran librero empotrado iba teniendo poco a poco sus repisas cubiertas por textos, casi todos políticos, ensayos y poca novela. Según Sebastián, clásicos franceses y rusos, traducidos en esos años por la editorial de Estado y otra nacional, propiedad de un viejo español amante de las letras que, me dijo Micaela, con tal de bajar los precios de sus publicaciones, imprimía las páginas a dos columnas en lugar de una caja decente que mostrara preocupación por el lector. Pobres de los

estudiantes de escuelas no tan malas, o mediocres y si no mediocres, complacientes, que por cumplir los mínimos requerimientos que pedía la educación estatal conocimos la literatura inglesa a costa de nuestros ojos. El comedor era redondo y en el piso la alfombra no se prendía con las colillas de los cigarros que se fueron apagando durante los treinta minutos que duró el robo. Uno fuma cuando trabaja, lo hacen los poetas chapados a la antigua, los músicos víctimas del arquetipo y también los ladrones. Me gritaron desde el departamento. Abandoné mi puesto, a mi lugar llegó el Niño Rata. Tampoco era halcón de oficio, Sebastián lo mandó a aprender.

Abrimos el refrigerador, su interior anaranjado era natural de los años setenta y ochenta. Jamón, queso y pan de caja. Un envase de vidrio con refresco y tabaco para pipa. El pasillo comunicaba a las recámaras, ninguno de nosotros se ocupó del ruido. No traíamos armas y tampoco eran necesarias. De aparecer algún vecino que se hubiera escapado de la vigilancia, nuestra presencia era suficiente para intimidar al más osado. Nadie se atrevería a acercarse y gritar la alarma. De cualquier forma, desde ese entonces en los condominios son contados y tachados de idiotas, valentones o imprudentes, quienes se ponen en riesgo para salvar a los demás. La tribu terminó en la vida privada. Si hay un robo, una golpiza doméstica o resulta que un desconocido corre peligro, los vecinos o conocidos se esconden y suben el volumen de la radio o de la televisión para evitar escuchar los sonidos que fácilmente los comprometerían con su falta de valor. Pasa cuando los maridos golpean a sus mujeres, cuando las madres torturan a sus hijos con gritos desolados o los padres regalan autoridad con el cinturón. De esto todavía hay mucho. Ninguno escucha ni se asoma a pesar de estar separados por apenas unos metros de distancia y paredes tan delgadas que con una buena patada se harían ventanas para comunicarse en los desayunos.

Sólo uno de los cuartos tenía cama, los otros dos eran estudios de trabajo. Periodistas, supongo. Tal vez maestros o gente que lee mucho y ha leído desde siempre. Como Micaela, no como yo que empecé a hacerlo después, cuando la perdí y quise averiguar lo imposible sobre lo que robaba, lo que robamos y más, cuando decidí leer para encontrar qué quería robar. Papeles por todos lados, varias plumas desechables y revistas National Geographic apiladas en las esquinas. Importadas, claro, en el país no se publicaba nada de eso. Una caja con lápices nuevos y sin punta aún permanecía cerrada, la abrí a la semana. Nunca me ha gustado dibujar con tinta. La última habitación esperaba un niño, no tenía cuna pero la decoración hacía evidente que

no tenían intención de saber su sexo. Decorados andróginos se podían acomodar a cualquiera y un avión de paja tejida colgaba del techo. Me gustó el avión. Artesanía de colores, los morados sobresalían de los rojos opacos. Doble ala y hélice al frente, como de la Gran Guerra. Como del Barón Rojo.

Un sobre con el papel más grueso sobre el que he trazado. Papel de algodón.

Sebastián era nuestro jefe y también el más viejo, tenía veintiún años. El malandro experimentado del barrio. En su casa guardaba el botín de cada incursión. Como todos, vivía con sus padres. Después de un trabajo desaparecía dos noches y al volver nos repartía unos billetes, a veces monedas porque antes se acuñaban de alta denominación. Cinco, diez, veinte. La tajada no dependía de lo robado sino de un acuerdo más grande que él, que también tenía un jefe al que jamás conocimos. No importaba. Sus indicaciones eran las únicas, ya si uno de nosotros las seguía al pie, podría aprender algo y de mostrar perseverancia, se transformaría en el jefe de otros más pequeños que construirían la tradición de vecindades donde los espasmos de tranquilidad se comportan peligrosos.

Ladrones forman ladrones y los alumnos ilustres se vuelven como yo.

En aquel departamento había que prestarle atención al cuarto de la cama y registrarlo con esmero. Todas las familias y gente que se hace llamar propia, aunque jamás lo presuma, si es que guardan un rastro de humildad o cuando menos modestia, resguarda lo que verdaderamente les importa en una sola habitación. Pasaportes, ahorros en bonos, efectivo para emergencias, joyas, bisutería, cuadros demasiado valiosos —aunque sea para sus emociones—, no se sacan a la sala o comedor. Lo que está en ellos es precario a pesar de ser costoso, y sólo cuando hay excesos salen a las vitrinas y paredes más públicas sin dejar de ser privadas, que evitan la intimidad o tienen menos de ella y, al final, son cosas que quien las exhibe sabe que se pueden perder.

Cuando uno invita a un huésped fuera de la sala, le comparte lo más íntimo que tiene, dentro de sus cajones están sus secretos.

La cómoda guardaba perfumes franceses. Documentos de identidad advertían del permiso laboral de la extranjera. Tres meses de vigencia daba el sello con la fecha estampada en tinta azul. Sin llave, en el armario cerrado con puerta corrediza estaba un abrigo de noche, el único, colgando en la soledad que le daban el espacio y los ganchos vacíos. Seguramente usado hasta el cansancio. Ese cansancio que

nunca fue demasiado porque las clases medias no tienen tantos eventos como para que sus amigos, que también son pocos, identifiquen repetido un mismo vestido, una misma corbata, un saco igual al de la noche pasada. Cajón al centro, más limpio que el resto por lo aventurado de su contenido, exigente en temas de higiene inconfesable. En la ropa interior se descubren las características de los dueños, de las parejas. Se adivinan perversiones, juegos y hartazgos. Bajo éstos, una caja de chocolates rellenos. Valiosos para algunos como para otros son las piedras y el dinero. Caja de bombones envueltos en papeles de metal, plateados y dorados. Colores para identificar sabores, costumbre impuesta por los dulceros. Yo eso aún no lo sabía. Verde siempre es menta, café claro es dulce de leche, cajeta o avellana. Los rojos indican cerezas y los blancos tienden a ser sorpresas, van desde cremas a licores; siempre los primeros y los últimos en la caja, para emborrachar las ilusiones de pequeños. Chocolates amargos y oscuros se encuentran en los envoltorios del mismo color que los que tienen dulce, pero hay diferentes tonos. Probamos cincuenta chocolates antes de adentrarnos en el resto de la casa.

Una mordida. Nos mostramos las mitades que quedaban. Goteaban las jaleas y los azúcares quedaron en las comisuras de los dedos. A esa edad los divertimentos de la infancia se descubren en hombres con poco pelo y muchas malas palabras. El piso quedó cubierto con las envolturas, algunas pegadas al estambre de la alfombra de pelo largo. Era común en la decoración, también de moda. Les debió tomar horas retirarlos, imagino que al llegar les importó poco, tras descubrir abierto y vacío el único cajón con joyas.

Además del anillo, lucía el relicario. Sebastián se lo quedó unos días, tal vez meses, porque era el jefe y además se afirmaba buen católico. Dijo que antes, ahí guardaban los pedazos de la cruz de Cristo.

—¡Quítese la gorra, no sea mal cristiano! —me golpeó atrás de la cabeza. Recuerdo que abrí el estuche, toqué lo que traía dentro y al hacerlo, su contenido estuvo a punto de destruirse con la punta de mis dedos. Durante cuatro días tuve que usar pomadas por una alergia. Debió ser auténtico y si no, suficientemente viejo. Hasta más que los libros de Micaela. Tantas cruces se han usado que no se necesita ser Jesús para que le llamen a uno santo. La dueña era también propietaria de ese anillo que todos vimos con asombro. Brillante y mal pulido. Brusco en sus detalles, extraño en el animal y en sus cuernos. El jefe lo devolvió a la bolsa de terciopelo donde lo encontramos, lo

arrojó a una de las fundas de las almohadas que usamos para llevarnos las cosas. Él cargó con la que tenía dinero; dos mil dólares, que era mucho. Un coche costaba menos. Los papeles también iban ahí dentro. Sin ellos, los dueños no nos podrían acusar ante la policía sin sufrir un interrogatorio que los haría culpables. Porque así trabajaba la policía y lo sigue haciendo, menos evidente o burdo y más refinado pero continuo y previsible. Palabra de ladrón. En este país y en el resto del mundo, aunque en cada continente hay lugares menos civilizados.

Yo me llevé las joyas. Desde esa edad era pequeño, diez centímetros menos que la mayoría, salvo uno de nosotros. Mi espalda siempre ha sido ancha. Cuerpo de torero y manos de pianista; grandes pero delgadas. Me dijo Micaela. Mis pulgares, propios de un simio grande.

El más fuerte siempre llevaba lo pesado, y cuando vaciamos las fundas en la resbaladilla de los juegos infantiles del barrio, todo apareció, menos ese anillo que hoy duerme en el museo. Idéntico, tal y como lo vi en esos años, cuando Sebastián me agarró a golpes por creer que lo había robado.

—No se roba entre ladrones, dice la Biblia —gritó él, que pregonaba un libro que jamás leyó y del que sabía más citas que las escritas y del que ignoraba también, tanto como muchos de los creyentes comunes, que ya de por sí saben poco de sus convencimientos y no se inmutan por nombrarles o incluso insultar, al mártir del Gólgota, a quien no relacionan nunca con el hijo de Dios.

Del primer golpe contra el piso conservo la frente hinchada. Una manzana. Visera para climas cálidos y luces agresivas. Brillante a causa de su tamaño, exigencias y recepción inadecuada de rayos solares. Bronceada más que el resto del rostro y de piel seca por lo estirada.

Su pie presionó mi cabeza contra el suelo tantas veces, que el tiempo no logró desaparecer el bulto que arriba del ojo derecho me impide dormir boca abajo sin hundir la almohada. Si algún día cuando muera mi cadáver cae en la plancha de un forense ocioso —a los de mi profesión se nos da por esos destinos—, se preguntará por qué en la frente tengo algo más ancho y largo de un lado y menos del izquierdo, que nunca recibió un soplo y si acaso, sin tener algún efecto, el sobrante del árnica que me untó Micaela, acabándose el frasco de pomada como si mi cara fuera un pan al que le falta mantequilla.

Si eso pasa, tal vez descubran el misterio que mi padre, quien sabía de mi trabajo, que no era para entonces un verdadero oficio y puede

que por eso jamás lo cuestionó con mayor reproche, un día me confesó con un café expreso en la mano: “nos dijeron que eras epiléptico”. Y nuestra conversación continuó en lo simple y recurrente para todas las charlas entre padre e hijos del divorcio.

Él ya no vivía con mi madre, y de los fines de semana en que nos juntábamos, ésa debe ser una de las pocas frases que recuerdo. Al terminar la época de pagar culpas con regalos, dejamos de vernos por lo insoportable que era tenernos en el mismo cuarto a mí, a mi frente enorme y a su tercera esposa, que nunca supo qué decir y le costaba no verme la cabeza o no buscar su reflejo en ella. Era una mujer buena que suponía cuidarle, tonta como pájaro dodo.

Por el golpe y la bola prominente, visitamos cinco médicos antes de que cumpliera los dieciocho y se cerraran las carteras de mis padres. Dos años que transitaron sin convulsiones de ningún tipo pero con peleas continuas. En la calle con los puños y en la casa con las palabras. Mis padres creían que el golpe en mi cabeza traía algo más complicado que los nulos ataques que esperaron provenientes de la montaña que hoy me hace sombra. Mis mentiras, ausencias y el tema del dinero de las tías no ayudaban, y escandalizaba a mi madre hasta lo impensable que guarda la vergüenza.

Nunca de adulto me hice otro encefalograma, preferí no saber y quedarme con ese indiscreto y poco sustancioso cuento que, con pena, informó una prognosis a la que nunca acompañó el menor de los temblores o síntoma de aquella enfermedad. Los electrodos en la cabeza me hicieron tomar generosos baños para retirar la pasta con la que los pegaron a mi cuerpo. Una máquina registró tremores en mi dormir, inducido, claro, a esa corta edad y, desde entonces, aunque fue una sola ocasión la que me administraron somníferos, dormir sin píldoras es una tarea imposible. La angustia de mis padres crecía en las salas de espera, velaba mis noches porque me costaba cerrar los ojos, tanto y al punto que fingía que mi respiración cambiaba, para que mis empíricos vigilantes se distanciaran a sabiendas de que en algún punto durante un año imploraría su presencia al despertar de mis continuas pesadillas.

La imagen de ese avión de paja que robé de aquel departamento y colgué en mi propia habitación proyectaba una extraña figura en la sombra de la pared y permanecía al conciliar el sueño.

Me iba a la cama después de las abluciones nocturnas, palabra de Sebastián para el cepillado de dientes y lavado de cara que recomendaba antes de meterse a la pijama y a la cama, como si el resto de la pandilla necesitáramos de sus prevenciones y las atizadas

con las que nos sometía fueran parte de un ejercicio formativo digno de un padre violento y cariñoso.

El espejo, mi bulto y su poco ligera, nada discreta deformidad, recordaban el paternalismo de un bribón pendenciero.

El anillo de Antioquía, la imagen evocada al apagarse las luces antes de transformarse en la monstruosidad de la sombra que fungía como esbozo de culpa. Ese día lo tuve entre mis dedos, en el pulgar derecho porque los otros dedos eran magros y se caía de ellos. Para esas alturas desconocía cuál era el pasado de ese objeto, que puede ser parecido al de todos los objetos sobre los que construimos conciencias. Desde hace tiempo edificamos asideros que superan la intención original de las cosas. Es el paso de los años, de las personas con las que tuvieron contacto. No hay metafísica posible más allá de la imaginación y la memoria. El anillo que no era joya se había convertido en una por el deseo. Ahí empieza la historia de ese objeto y de todos los demás.

¿En qué momento una piedra de obsidiana deja de ser algo brillante y filoso para transformarse en asequible?, ¿en cuál una lámpara tiene brillos a pesar de estar apagada? En el que lo utilitario tiene valor por encima de su función. La historia del objeto, no de ése, cualquiera de ellos, está llena de pasados, de cortejos entre lo inerte y lo más íntimo. Sin pasado que recordar e intenciones para perdurar, no tendríamos arte ni fin.

Dormitar el instante previo al sueño profundo, los ojos aún capaces del mínimo registro del entorno y ahí, el avión de paja proyectado sobre mí, con sus formas y colores.

III. ¿Qué tanto sabe de ti la gente que más te conoce?

Nunca supe si Micaela dudó de mí en algún momento, si lo hizo en esos instantes cuando Sebastián se dio cuenta que faltaba el anillo. Fueron breves, como siempre son los segundos de miradas indagatorias donde nadie sabe a quién acusar y la culpa cae sobre todos los presentes. Conocidos que se distanciaron por el recelo y, a la vez, lograron comunión al ser posibles responsables de una falta. El valor de su presencia en un lugar preciso, la causa de sus propias incertidumbres. Sincronía que ronda por múltiples cabezas, salvo la del que conoce la verdad, y ésta es auténtica mientras no la comparta, porque entonces, la duda hacia él mismo se mete en los otros y la verdad valdrá poco.

No sé si le creyó a Sebastián cuando me acusó de robar el anillo. De hacerlo, la incertidumbre le habría durado un instante. Sé que jamás me lo habría confesado, ni siquiera cuando supo que el azar fue responsable y yo no merecía la menor de las condenas. Tampoco sé si después siguió ocultando la culpa de una certeza válida pero también traicionera, que arrojaba al suelo y pisaba la confianza que nos teníamos y nos seguimos teniendo durante un tiempo, cuando cada quien dormía en su propia cama. Aún no teníamos la nuestra y comíamos en la cocina de nuestros padres, de los míos y de su madre, una mujer sola, pero decíamos que vivíamos juntos para parecer inseparables, y entrábamos a territorios olvidados, casas, oficinas y tiendas de anticuarios. En aquellos días nada aciagos, adivinaba o creía imaginarle una mirada de orgullo a la hora de sentarnos en un café de la calle que tocara, y tomaba entre mis dedos una pluma que siempre era distinta a la de la vez anterior para, al morir su madre, trazar la firma que no era nuestra pero tampoco parecía, por lo exacta que se veía contra la original que copiábamos con precaución, para cobrar los cheques de una cuenta que dejó sin testamento y seguimos cobrando hasta que la chequera quedó vacía. Su sonrisa de satisfacción y un poco de nerviosismo brillaba en el sudor de sus manos, al momento de formarnos en las filas de los bancos para cambiar esos documentos y otros, que días antes o a veces semanas, dependiendo de la suerte, habíamos separado de otros dueños que fuimos encontrando a la salida de distintos negocios. Robábamos sus

carteras sin que ellos lo notaran de inmediato, porque nos negamos a perder esas habilidades y el lazo y cercanía que mantuvimos al hacer las trampas. Si esas miradas eran o no ciertas, bastaban sus abrazos que sabían a triunfo, y que vinieron con más firmas que dibujamos para vender los autos que los dos heredamos, cada uno a su tiempo y por sus razones.

Si dudó del anillo, a estas alturas prefiero ignorarlo, y si tuvo culpa no debió importarle tanto, o tal vez, estaba convencida que al saber ella la verdad era suficiente y por eso jamás la carga del remordimiento ocupó su tiempo.

Pero si Micaela no sabía cosas o si yo no las sabía, de dónde salió lo que según yo sentíamos el uno por el otro. ¿De qué se enamoran las mujeres cuando ven a un hombre que no es lo que muestra? Termina siéndolo, al cumplirse plazos, y se enamoran de la impostura que se desvanece en los menos hábiles. Nadie puede fingir mucho tiempo sin encarnar un poco del personaje que se ha hecho en sus entrañas. Pero entonces, ¿quién eras, Simón?, el que durmió con ella o el que ocultaba las cosas que durante años apenas fuiste confesando en terceros inventados, a los que nombrabas como historias que decías que sacabas de los periódicos que a ella le regalaban, o encontrabas en revistas, que escuchabas en la acera: “leí ayer que un hombre en Budapest hizo tal cosa…”. Y ella me hacía caso. Usaba el nombre de ciudades lejanas para mis historias. ¿Qué credibilidad tendría una anécdota de la provincia cercana? Si está lejos es real, providencia infranqueable de las variables que se desconocen.

Desde que éramos niños, vivimos a dos o tres departamentos de distancia. Una complicidad que no cuesta encontrar por barrios mal afortunados en los que sólo queda convertirse en una manada que da la sensación de ser infalible. Las paredes delgadas permitían conocer los secretos más íntimos, aunque no puedo asegurar si a ella también le gustaba el arte como a mí dibujar, o mis conversaciones no le dieron más remedio que acercarse a los temas que hice míos por ser extraños aunque a ella no le eran tanto. En su casa había algunos libros, unos cuadros, réplicas de otros famosos y algún original de un artista que todavía no podía cobrar mucho por su trabajo. Iba a una escuela distinta a la mía, de paga pero no muy costosa, donde en un taller les enseñaban a hacer manualidades e imprimir páginas con los cuentos que escribían otros chicos del colegio. Imprimir de verdad, con imprenta y tinta que ensuciaba hasta lo más profundo de las uñas. A ella le entusiasmaban las herramientas y demás cosas que se entienden más de hombres. Ya sé, la corrección obliga a decir que en

esas materias la cosa da igual. ¡Nada!, son más los plomeros que las plomeras y podríamos hacernos el favor de dejar de ser ingenuos. Micaela se encargó durante los últimos años de su infancia, que por tardíos se confunden con adolescencia, de folletines, de los tipos móviles y una prensa en su colegio que parecía de juguete pero no faltaba de eficiencia. Sabía leer al revés, pero cuando regresaba al departamento, con sus pasquines impresos, los leíamos al derecho.

En el parque, en cuanto Sebastián se dio la media vuelta, a mi rostro atizó una lágrima, mezcla de mi desesperanza con algo de tristeza, Micaela limpió la sangre de los golpes. Se mojó las manos en una toma de agua que los fines de semana usaban los vecinos para limpiar sus autos, con trapos o camisas viejas que servían de estropajos. También cargaban en ella cubetas que llenaban los días de racionamiento, que no obedecían a una escasez que no era falsa. Su causa era la pobreza intermedia del barrio. Ni tan pobres para ser cuidados, ni tan ricos para cuidarnos a nosotros mismos.

Quitó la tierra pegada a las heridas. Un ardor que huye de testigos. Los demás se nos quedaron viendo con el temor de ser los siguientes. Que les aticen un puño en la cara, una patada en la panza, que los toque una niña. Los tres eventos comparten un temor equiparable y uno lleno de vergüenza, pero el otro de vergüenza y un placer que a esa edad aún no se entiende. Esa cobardía que si no se trabaja se va acentuando con el tiempo y arroja maricones o permite, perfectos gañanes insensibles al dolor de sus semejantes. Sé que ahora, también es poco amable decir esa palabra, pero así hablábamos los hombres y también las mujeres antes de ser correctos y olvidar que importa más el cómo que el qué. A Micaela, su madre no dudaba en darle las gasas que pedía, ni esa vez ni las otras en que curó gravedades menos severas. Todos sabían que ahí afuera era una gresca en nombre de lo macho o una caída en bicicleta. Agua oxigenada, alcohol o jabón si la herida no era muy profunda. Mejor el último, siempre, haciendo poca espuma, que los otros dos también matan a las células buenas y tarda más en hacerse costra. Recomendaciones de madre para la única enfermera de sus amigos, que como toda madre se las da de doctor graduado en el arroz de la casa y acaba siendo mejor paramédico que cocinera. Micaela terminó por volverse experta. Nadie nunca necesitó sutura, aunque la profundidad de la herida permitiera ver la intimidad de una piel sobre expuesta hasta la carne. Ahí había que dejar al cuerpo sanar por sí solo, curar lo más que podía, y si eso tomaba demasiado tiempo y el tiempo no era suficiente, las marcas de las lesiones no eran más que un rasgo de la historia que iría cambiando al

envejecer.

—¿Me crees que no tomé el anillo? —le pregunté mil veces, en pocos minutos.

Siempre robamos en pandilla, pero en pandilla uno roba menos aunque el botín sea más, y no existe la emoción de la soledad y sí de la carga compartida. En esos oficios uno no se lía por buscar amigos, puede que sea razón de principiantes que también podrían fumar tabaco a escondidas y ver revistas ocultando sus erecciones abajo de las sábanas con tal de un poco de aprobación, pero cuando uno decide hacerlo en serio, robar como un ladrón verdadero, los demás se vuelven piezas a las que hincar las responsabilidades de lo no logrado. —Si se roba por necesidad se roba mal —me repitió Sebastián—, poco y siempre en vistas de un dinero que vale menos que el triunfo de adquirir lo ajeno. Demasiadas presiones alrededor del trabajo impiden transformarlo en asunto de cuidado, como el cuidado y atención que se le meten a una buena partida de ajedrez, cuando uno mueve las piezas y no lo hace por tener que desplazar las de esa jugada, sino por las que esperas que coloque el otro y tú quieres mover después.

Micaela entendía eso y sabía que a veces lo haríamos juntos, otras me iría por mi cuenta.

No es común que sobrevivan amistades tan largas. La vi cuando era niña, le descubrí las tetas bien formadas la tarde en que limpió mi cara y sus dedos se pintaron de café, más que rojo, porque la sangre apenas dura fresca unos instantes. Se debió acostumbrar a preocuparse hasta que dejó de hacerlo, si es que algún día se puede y se entiende que ese a quien amas dejará de estar a tu lado cuando quiera.

Lo que no supo es que un día mi madre, en la desesperación más absoluta por lo que ella creía era un desastre de crianza, me llevó a ver a otro médico, uno más en su afición por resolver todo a punta de recetas en farmacias. Con todo y su pinta de infame torturador del XVI, capaz de sacarle al hereje los peores secretos, ella le ocultó el primer diagnóstico de mi protuberancia para que ni yo me enterara a esas fechas de la epilepsia que, como toda enfermedad poco explorada, traía los más grandes prejuicios como los peores remedios, y tampoco le dijeran que era una mala madre. Bata blanca y bien planchada, justificando que todo lo arreglan las medicinas, y posiblemente lo hagan, pero con consecuencias que nunca se le preguntan al enfermo o al bolsillo de su familia. Cara larga, manos tensas y tersas por demasiadas cremas que no hicieron nada con las manchas en la piel del viejo médico. Su libreta, recargada en la pierna cruzada. De ser tan buen experto habría encontrado algún remedio para su condición, que

arrojaba un asco estético y sembraba preocupación a sus apuntes. Una pluma que aparentaba escribir lo que escuchaba, pero eso, sólo él lo supo de cierto. Vivir es aceptar las posibilidades de una mentira.

Aún recuerdo el olor del hombre y no era ácido o amargo, sino dulce y frutal por los mejunjes que usaba para cubrir su piel. Un anciano prematuro, para las concepciones modernas. Rondaba los setenta años y se cuidaba como las madres de familia con prejuicios cuidan a sus señoritas, para que no sean víctimas de las opiniones que nadie tiene más que ellas y al final propician una rebeldía que lo más probable es que sea detonadora de buen futuro, aunque nunca esté dispuesta a aceptarla.

Asomos sociópatas, explicó el escualo sin consideración alguna y olvidó toda prudencia, porque esa palabra como tantas otras, no significa lo que la gente entiende y como él, abundan los sicólogos y siquiatras que al menor apunte de tropiezo, de aquellos que sacan al borrego del rebaño, diagnostican algún término que justifica el trastorno en boga.

Le pidió a mi madre que se acercara y le musitó el nombre de unos estudios. Como si el cuarto fuera demasiado grande para que a pesar del volumen, creyera en la posibilidad de que yo no me enteraría de lo que decía. En voz alta mencionó un tratamiento que dictó necesario. El muy irresponsable, insensible, en verdad y por fuerza a las necesidades que podía tener yo o cualquier otro paciente. Recomendable, quizá, sobre todo para redecorar la casa de campo donde su mujer vacacionaba cada fin de semana. Pero la solución a las precariedades es un efecto que conoce y a veces no, el que adolece y se acongoja.

¿Cuántos chicos terminaron imbéciles por sus pastillas? Afortunadamente los químicos eran importados y fueron muy caros, ni una píldora entró a mi boca. Cuando mi madre descubrió que le faltaban monedas en su bolsa, las tías y las amigas más cercanas confesaron sus faltantes. “Nunca pensamos que podía ser él. Cosa de niños”. Otra mentira de las que se dicen al vapor en el barrio, que debió en realidad llamarse, el barrio a bote pronto, como apodo a las calles donde la palabra corre veloz y sin sustento, y ellas decían, restándole importancia, como si hacer lo contrario significara poner el dinero por encima de la amistad. Ingenuidad propia de tarjetas en fechas de fiestas. Reflexión de pobre que no tiene esos problemas porque no tiene dinero, también de ricos muy ricos porque ellos jamás prestan y si alguien les saca un quinto de mala forma, no tardarán en hacerlo pedazos u orillarlo al rastro de la condena donde se sufre

menos que lo que experimenta el ganado en el carril del matadero.

Micaela sabía de los robos planeados y en pandilla, con ella o sin su presencia. No quiso averiguar sobre las improvisaciones de los bolsos, a pesar de sospechar que algo pasaba. Eran cosa de todos los días y por lo tanto vulgares, que crecieron hasta hacerse una rutina que distaba de espontaneidad. Los billetes provenientes de carteras eran hurtos pequeños pero otras veces se hicieron tan grandes que, cuando crecimos unos centímetros, pagaron cenas y botellas.

Micaela aceptó mi honestidad, que no tenía un pelo de honrada, porque creía con buenas intenciones que con ella era honesto y, eso, era más que suficiente.

Dile a alguien, Simón, que has mentido y pensará que el resto de tus palabras son verdades aunque sean tan reales como el cielo de los cristianos. De inmediato asegurará ser el receptor de tus confianzas y jamás imaginará que podrás mentirle. Ahí, en ese momento, es cuando puedes falsear más las frases, inventar cosas, pretextos y conquistar empatías. La gente le cree más a un mentiroso que se confiesa que a un honesto que dice nunca mentir. Siempre y cuando el primero lo haya hecho bien y muestre un gramo de debilidad al hacerlo, porque nadie duda del vulnerable aunque sea un patán de primera.

—Yo no lo tomé —le insistí mientras ella humedecía la gasa para pasarla por mi cara, golpeada e hinchada. Se lo grité a Jorge *el Gordo*, que no comía de más, como cualquiera podía creer e incluso yo supuse antes de conocerlo en verdad, sino todo lo contrario. El pobre había nacido chupado pero subió de peso apenas salió de la cuna, y por más dietas de zanahorias, apios y berros que le enjaretaban en cada merienda y a toda colación, las verduras hacían en él un efecto de bacanal romana. Le espeté mi inocencia a Matías *el Flaco*, que nunca aumentó un gramo y por más que crecía, seguía apuntando lo mismo en una báscula que jamás marcó el resultado de los licuados de proteína con huevo, leche y frutas endulzadas con tres cucharadas de azúcar refinada y blanca como nieve que aprendió a prepararse con el afán, inútil, por imposible, de volverse musculoso. Se lo suspiré a Jacobo *el Gruñón*, siempre refunfuñando por todo a pesar de ser lo más amable y seguramente el más decente de nosotros. Corpulento y de un humor que sólo yo entendía, estoy seguro que le había prestado atención a las piernas de Micaela. Igual que Luis, *el Gasnate* o *el Manotas*, que mantuvo ambos apodos por muchos años a pesar de preferir el segundo. Mote impuesto tras un accidente que pudo llevarnos en una ocasión a la cárcel, cuando al robar una lámpara de techo en una de sus primeras incursiones, en lugar de desmontarla con

cuidado la arrancó y rompió en mil pedazos. La mayoría terminaron incrustados de la palma de su mano y lo inutilizaron por un par de meses, convirtiéndolo temporalmente, pero de un temporal largo, en el mejor halcón de la pandilla hasta que todos los policías de los barrios que frecuentábamos terminaron por reconocer su voz, al escuchar el grito con el que nos daba alerta en cuanto alguien se acercaba. Simulaba ser un vendedor callejero de dulces, merengues y claro, gaznates, que pronunciaba haciendo evidente la sustitución de la zeta por una llana e incorrecta *ese*. También le vio las piernas el Niño Rata, con cierta ternura o inocencia, si en él era posible, que lo dudo, o antojo torpe de una perversión sin salida, a causa de la tímida censura que se imponía a sí mismo. Se decía era el mayor, de más años, de todos nosotros e incluso que Sebastián, pero con su escaso metro y veinte de altura ninguna edad salía salva.

Cuando Micaela corrió a casa de su madre por el estuche de primeros auxilios y se le levantó la falda con los saltos que dio para llegar más rápido, los cinco la seguimos con la mirada. Al entrar a su edificio, el Niño Rata, el único que no chistó ni movió una ceja mientras Sebastián imprimía mi cabeza contra el piso, prendió un cigarro con sus cerillos de papel encerado y tiró al suelo la patineta que cargaba a todos lados. Giró sobre ella haciendo una serie de piruetas, se impulsó con dos pisadas bajando leve las rodillas y se levantó los pantalones que le colgaban a media nalga. El Niño Rata era ojón, narizón y puntiagudo; fue padre poco antes de eso. Con las primeras excreciones de su vida embarazó a una niña que jamás presentó y a la que llamaba cada que podía desde cualquier teléfono público que se encontraba. No le preguntaba por la hija que tuvieron juntos, sólo se reportaba como el crío que era. Tal vez porque nunca tuvo madre y su padre lo protegía tanto que le enseñó a manejar su taxi, el mismo que un día condujo sin parar hasta que ya nadie más que yo supo de él o más bien, él ya no quiso saber de nadie. Le seguí la pista mucho tiempo después de que la pandilla se disolvió y lo vi a escondidas, en fotos que me entregó gente a la que le pagué para tomarlas. Él vendía la ropa de negro que le gustaba a pandilleros punks o góticos y chicos de patineta, que compraba de contrabando a otros que la traían en pacas del otro lado de la frontera. Siempre con su eterna cara de cínico, y de niño, y de tramposo confiable. Confiable para quien le diera órdenes en turno.

El anillo estuvo entre nosotros. Para eso son los recuerdos, para no olvidarse y permanecer como asidero en lo cotidiano, que normalmente no tiene razones para ser recordado. A veces su memoria

cuesta y hacen que se pase la vida pagando con creces los errores o flagelos que debieron de haberse esfumado; otras, son lo único que le queda a quienes depositan en ellos un porvenir vacío y un archivero lleno de fotos despintándose. Ella habría sido una de esas imágenes si no hubiéramos hecho de nuestras vidas una sola, una vida juntos. La que hacia afuera era honesta, donde éramos los amigos íntimos que crecieron juntos hasta llevar los juegos a la cama. La que era culpable de nuestra intimidad, que se hizo de mentiras como lo hace el resto de la gente, pero entre nosotros las mentiras siempre mantuvieron un asomo de verdad.

Su voz sonó con cierto enojo: "Tu madre le dijo algo a la mía. Si la sacas de quicio va a ser más difícil que sigamos juntos". Fue lo único que mencionó al terminar de limpiarme la sangre y hacer bola las envolturas de sus instrumentos de curación. Las gasas una dentro de otra, tratando de ocultar lo desagradable del momento, resultaron menos molestas que la incertidumbre que me provocaron sus palabras. *Sigamos* era una forma de decir otra cosa. Importaba qué robara no lo que tomaba; robar, eso lo hacíamos los dos y también esos inútiles temerosos que nos rodeaban, pero contrario a los demás que conocíamos, yo sacaba y seguí sacando dinero de todos lados, de la familia, de las parejas, de sus padres y madres, de los amigos de mi madre. Ésos son los tiempos a los que menos les guardo respeto, y no por el asunto moral y lo que normalmente se reclama; que el bien y el mal tampoco son verdades.

Era demasiado riesgo y cuando la balanza se inclina a un lado, se vuelve peligroso. El ladrón que terminó siéndolo porque no le quedó de otra puede, pero el de nacimiento no cuenta con el margen de error que le permite equivocarse y atreverse a perder el botín más grande por unas monedas que se escondían en un bolso de mano. Lo mío fue suerte que tocó un límite que ha terminado mal en todos los casos que conozco y también los que no, pero de los que alguien más ha escuchado. Las familias de ladrones que roban a los propios siempre se quiebran, la paciencia tiene un fin y, o corren de sus casas a los chicos de dedos ligeros o, si hay con qué, los envían a internados. Si no, las mudanzas se les acaban cuando ya no hay familiares a quien pedir asilo y, de ahí, la calle se vuelve casa. En la mía los hurtos interiores se mantuvieron en un silencio eterno, intimidad contraria a lo que siempre se considera positivo y lejos de dar las bondades de un abrazo con palabras cálidas, tira comentarios fúnebres que guardan la indiscreción entre murmullos y jamás se repiten por temor a la indiferencia o al pánico a la condena externa. Ésa es la que más le

importa a todos y disfrazan sus valores con tintes de ética o buenos valores aunque, en realidad, piensan en lo humillante que se tornan las miradas juiciosas. Miradas distintas a las de Jorge *el gordo*, Matías *el flaco*, Jacobo *el gruñón* y aún más diferentes a la de Micaela, cuando Sebastián levantó su juicio contra alguien que podía ser yo. No eran iguales porque desde siempre te enamoras de quien no juzga, pero los enamoramientos duran unos instantes. Al emerger los sentimientos, se nubla el escrutinio y todo es permisible. Tal vez por eso tantas parejas duran a pesar de sus maltratos, hombres que humillan a sus mujeres, mujeres que castran a sus maridos, hijos que atormentan a sus padres bajo el escudo de un sentimiento profanable. Amigos que olvidan el honor que se merecen y viven esperando el día en que podrán resarcirse.

A nosotros, a mí y a ella, nos traicionó la distancia.

No la alejé a pesar de necesitar ser honesto. Ella era el impulso que obligaba a fingir todo el tiempo.

—¿Cómo es un ladrón honesto, Simón? —preguntó una mañana en que despertamos juntos.

Es aquel que puede decirle a su cómplice de cada pieza que ha robado, sin complejos ni reducciones. Tampoco glorias relatadas tan épicamente que lo acerquen a lo inaudito. A ese que se vuelve parlanchín nadie lo quiere. Pero la honestidad tampoco es una verdad y depende de la percepción. Ese ladrón honesto es quien no cruza la línea que al otro le parece infranqueable. No armas, jamás. Nunca humillar a la víctima, que suficiente tiene con el terror que le da perder sus cosas. A las casas se podía entrar con fuerza, siempre y cuando no hubiera nadie dentro. Negocio de caballeros donde ella era uno de nosotros y quizá la que en una historia de mosqueteros se podía disfrazar de Athos. Los grupos fraternales son iguales y aunque no se conozca el texto de Dumas que ella me leyó y yo le dibujé en servilletas, la mayoría lo sabe o lo imagina, y desde lo que cree conocer y procura imaginar, comete un error que además es frecuente: siempre se piensa que D'Artagnan es quien vale la pena.

La ausencia de armas era una regla en la que desde chicos estuvimos de acuerdo. Enseñanzas de Sebastián, que sabía que su jefe no daría un peso por librarnos de la cárcel. Sácale un millón a un tipo con la fuerza de tus palabras, hazlo a escondidas mientras te da la espalda, pero jamás empuñes una pistola porque te rebajarás y convertirás en alguien de la peor calaña.

Tenía razón, el plomo es de inseguros inexpertos que incluso con la práctica siguen siéndolo. Regla que sólo cambia en la guerra y a veces

la guerra es sólo una pequeña pelea de pandillas. En la calle y en las casas que son parte de la calle cuando ésta es algo más que una avenida, el verdadero peligro está en robarle a quien no te conoce. Si tienes mala pata y te descubren, aparece la flor de su cobardía, y quién es más rabioso que el cobarde. En la falta de valor, las víctimas piden venganza, y si hay violencia, la venganza pide que alguien más la ejecute. Ya no existen los gallardos que entre todos sus temores —porque ser valiente no evita los miedos— toman el fuete —que no tiene que tener forma de arma— para defender su honor con el mero temple que a veces permite una buena lágrima. Si el malo no lo es tanto y a la víctima le ha dejado algo de su dignidad o ésta es tan fuerte que por más que se la pisen se mantiene, es honorable quien se enfrenta a una mirada con el cañón de sus ojos, que en ocasiones la amenaza es puro miedo y enfrentarla no es más que hacer lo correcto por el simple hecho de que esas cosas ya no se hacen.

Lo correcto, Simón, se supone, es no robar, por supuesto.

En los dos casos, con violencia o sin ella, lo que realmente le preocupa a la mayoría de la gente son sus cosas. En el momento del peligro nadie imagina que puede perder la vida, esa imagen sólo la tienen quienes han sobrevivido.

—Se hacen ellas, recuérdalo Micaela —le advertía Sebastián al momento de romper cerraduras—, la gente es sus objetos.

Tal vez, después de oírlo, se arrepentiría. Tenía que darle la opción por si aquello se le olvidaba. No robas cosas, robas personas. Olvidan que son alguien y sólo valen el coche que guardan en las noches y vigilan por la ventana, abriendo sus cortinas empolvadas. Ojeando, antes de dormir, a la calle o a los estacionamientos de sus edificios, como si eso intimidara a un ladrón dispuesto y preparado para usar las ganzúas en cuanto se apaguen las luces.

Pero ser ladrones nunca ocupó nuestras vidas como lo hizo aquello que en verdad importa.

Al crecer, por los pocos años que permanecimos juntos y antes de estarlo, supimos de nuestras breves parejas. Las hicimos convivir en las costumbres que tienen todos los chicos y también cuando dejan de serlo: cine, parque y cuartos oscuros donde la edad descubre que aún le falta tiempo. Las parejas se iban y nosotros permanecimos. Al poder beber fuimos a bares para ver con quién terminábamos, pero en realidad queríamos despertar juntos.

Cuatro años antes de que nos mudáramos, Micaela se embarazó. Una noche de fiesta acabamos en un departamento y le presenté a un tipo que se la llevó a la cama. Su madre y yo nos enteramos. Yo dos

años después, cuando fuimos a la farmacia por nuestra primera prueba. Sin importar el tiempo que un par pase junto, siempre quedan los abismos de lo privado. ¿Qué piensa cada uno al estar separados?, ¿qué tanto lo hacen uno del otro? ¿Y las noches después de hablar por teléfono durante horas, creyendo que no había pisada ni detalle del día que no hubiera sido narrado? Pero siempre ocultamos cosas y al hacerlo puede que mintamos o que simplemente construyamos realidades a partir de eso que dejamos se conozca. Es lo mismo, la honestidad no dejaría que se ignoren las migajas de la vida que nos hacemos a espaldas de los más cercanos, pero esa misma honestidad no es bienvenida cuando pone en riesgo lo más alto, lo más fuerte; las filias y cercanías que suponemos son tan frágiles que ocultan su fortaleza en eufemismos o silencios.

La pistola falsa fue preludio de la desfachatez más amplia y el aviso de mis límites, que dibujaron un bosquejo de mi propia conciencia. Cuando robar no es asunto de dinero se trata de fronteras. ¿Cuál es la línea que no estamos dispuestos a cruzar y por qué no lo hacemos? No han faltado quienes le depositan a la moral, al civismo y la filosofía lo bueno y lo malo. Los polos de lo básico. Nada de eso juega en estas tierras que yo habito.

Son los temores y aquella balanza que mencionaste, Simón, hace rato.

En la casa cuando se pasaron malos momentos, no tenía carteras que esculcar. Las amigas de mi madre eran terreno tan desértico que no valía la pena ni asomarse y sucumbiste al peor temor de tu madre, ese que le confesó al sicólogo con el pánico que no le tengo al director del museo al que volveré mañana: “Si le roba a un extraño no podré ayudarlo”. Y mi madre rompió en llanto.

Eso es lo único que Micaela nunca imaginó, que un día estuve a punto de franquear lo infranqueable.

Supo el destino del anillo que cayó al suelo desde la funda de la almohada, su vanidad le hizo sonreír cada mañana a quien lo recogió, pero no se enteró que, por esas fechas, con la mitad del dinero que nos dieron por una pluma que perdió mi padre, compré una pistola falsa que parecía verdadera, porque estaba bien hecha y todavía no existía la ley que obligaba a marcar de amarillo las puntas de las armas de juguete.

Parecía una Beretta, corta.

Los italianos aún conservan el espíritu artesanal que sirve para que las pistolas y los rifles de caza mantengan la belleza del objeto repulsivo. Son para matar, pero matar no es complicado cuando se es

el asesino. Lo es antes de que uno se convierta. Lo sé porque he matado. ¿Cuánto tiempo necesita el miedo para convertirse en valor?, ¿cuánto para que ese valor esfume las esperanzas? La falta de coraje sirve para protegernos de lo malo.

El arma de medida regular y la empuñadura cubierta de caucho. En el lugar del cargador, un tanque de gas que se enroscaba, cilíndrico y plateado. Carga sencilla, un tirón del cañón hacia arriba como un rifle de feria y de igual manera, veinte perdigones de plomo entraban sin esfuerzo.

Sebastián nunca vería el arma o sabría de su existencia.

Con la pistola bajo la chamarra, dos horas entre las calles de una colonia acomodada. Buenos coches y señoras perfumadas, al estilo de las visitantes del museo. Hombres de negocios despidiéndose afuera de los restaurantes. Es complicado confiar en un rico que sea delgado. Choferes que limpian su vehículo de trabajo, que se sientan en la parte delantera recargando las manos sobre el volante que manejan por unas horas, para luego regresar a sus casas en transportes públicos que si se parecen a la máquina que los alimenta mes con mes, será por las ruedas.

La espera de la presa. Paciencia, Simón. Cómo te costó tenerla.

¿Qué querías? No era más dinero, posiblemente mostrar que las reglas de Sebastián eran de cobardes, y aunque no tardé en aprender lo contrario, era edad de mostrarme por encima de los otros. Sí, había algo de eso, Simón. No era desesperación, seguro, tampoco ver una cara por la mirilla. La reserva de sadismo que todos cargamos dentro jamás salió del escondite que marca la sensatez; sigo siendo un civilizado.

¿Qué pasa si es evidente que el arma es falsa? Apuntas, una risa de confianza se transforma en burla y el pánico es del victimario. ¿Ocultarla dentro de la chamarra? Para eso me hubiera engrasado los dedos y desde el bolsillo imitado un cañón delgado. Cuatrero sin valor el que no es capaz de exponer el arma frente a una cara.

Caminaron un par de chicas atrás de mí, riendo, seguro faltaron a su escuela. Las telas a cuadros y sus risas las delataban. Una mirada provocó su silencio, ¿será temor por la pinta? Un tipo sentado sobre el pasto de una jardinera siempre puede levantar sospechas, depende de cómo se recargue uno en el tronco del árbol para que los paseantes piensen y cuestionen si se está pasando el rato, vigilando o esperando a la novia.

Apreté la pistola tanto que sentí el dolor de sus marcas en mis manos. ¿Qué tienen las armas para que tocarlas nunca sea suficiente?

Sus poderes dependen de la vista, es de nuevo el objeto y sus valores.

Un policía de barrio caminó tranquilo, ¿disimulando?, ¿también él se dio cuenta? ¿Tampoco? Vio pasar a una mujer de pelo negro y aretes redondos, le debió gustar su contoneo, pero al acercarse lo suficiente, imaginó cómo sería despertar con ella y descubrió que la presencia de demasiado maquillaje invitaba a toparse con sorpresas. Regresó a su esquina. No, giró media vuelta. La vio de reojo y pensó, tal vez es una de esas que se despiertan media hora antes que uno para pasarse la brocha por la cara. Gotas a los ojos, rímel ligero y amanecer en modo de bien peinada hasta la madrugada, por eso se dejaba el pelo corto, para evitar la secadora que podría romper el sueño de sus amantes: obreros, guardias y choferes que caían en las alegrías más que merecidas de una señora que se aburrió de los jardineros y a quien su marido ya no tocaba por tarado.

A lo lejos uno de los choferes con su libro de historietas de carretera, con mujeres nalgonas y vestidos cortos. Debía tener una bolsa llena de ellas en la cajuela. Su patrón las permitía porque también le gustaban y hojeaba cada semana. Sin que nadie más se entere, claro. Los lunes preguntaba si ya había salido la nueva y si tuvo una buena noche —con su mujer que no lo regañó, con su amante que se la chupó, con sus hijos que no le pidieron más regalos, con los negocios que no se iban a la quiebra—, incluso la pagaba dejando que el conductor, que también era mandadero y confidente, se quedara con el cambio como propina por guardar el secreto de aquel placer morboso.

Terminaba de leerla e iba por otra, efectivamente, a la cajuela, y en el camino, su mirada en mi presencia. ¿Qué hace ese chico desde hace cuatro horas? No espera a nadie, tampoco hace nada. Se preguntó viendo mi mano en el bolsillo. Su expresión mostró cuidado. ¿Qué hiciste, Simón? Él podría estar armado y con un arma auténtica. Chofer y guarda espaldas de rostro adusto. No lo contrataron sin fijarse en sus noventa kilos y las lonjas del cuello que estrangulaban la camisa. Su saco para afuera, se lo quitó y guardó evitando las arrugas. Los músculos de los brazos reclamaron la talla chica que en el interior de su ropa marcaba *extra grande* y hacía que las mangas acabaran en el antebrazo. Se volvió a encerrar en el auto. Un botón y los seguros puestos, la ventana abierta. No le ibas a robar a él sino a su dueño. Que se queden con el coche pero adentro deben tener cosas. El portafolios con documentos importantes y algún electrónico fácil de vender, una loción compacta, mancuernas de recambio y el sujetador de la corbata. Simón, soportaste la seguridad de quien no actúa por

media hora, pero el valor no llegaba y se aproximaba el momento de salir corriendo. Si te levantabas y tomabas rumbo no se inmutaría. O sus sospechas eran erróneas o estaba confiado en que su físico impuso lo necesario. Menos mal, de cualquier forma no te podría hacer daño. Su corazón era delicado, un esfuerzo poco controlado y bienvenido el infarto. No corra ni se ponga tenso, evite situaciones molestas. Consejo de un cardiólogo de hospital público que emitió consideraciones a partir del aparato que una enfermera le colocó bajo el bíceps para medirle la presión. No es músculo como sobrepeso. Pero Simón, no ibas a permitir que tu trabajo no fuera reconocido. Cualquier cosa es mejor que pasar ignorado. El mayor enemigo es la vanidad, un león al que le buscas el zarpazo. Te levantaste y caminaste hacia él. Lo saludaste, terriblemente amable. Tu voz bajó un registro, sonabas como niña tierna para no parecer asustado.

—Disculpe, ¿es esta la calle tal? —y miró al letrero que estaba colgado en el poste. Fortuna tuya, tampoco te habías fijado. La falta de indicaciones te vino de perlas e impidió ser un idiota de primera, a la primera.

—Allá está tal otra calle y atrás la fulana. ¿Qué calle buscas?

—Ésta, ésta. Mire que espero a un amigo con quien estoy haciendo una obra de teatro y quedé de traerle esta pistola.

Inverosimilitud macabra. De no ser yo quien lo dijo, jamás lo creería. Ahora sí, a la segunda. Un idiota de primera. No movió un pelo, ni para sonreír con calma y quitarse de encima el temor que minutos antes un imberbe le había insinuado.

—¿Parece verdadera, verdad?

Y su respuesta me mandó al diablo sin susurrar un altibajo.

—Lo seguiré esperando —permanecí por veinte minutos. Mi plan era ninguno. Volteé a todos lados como si fuera a llegar alguien, fingí confundirme con un tipo a lo lejos. Me despedí cuando empezó la lluvia.

La pistola se quedó en mi casa. A la semana, cuando mi madre estaba fuera con las tías, que ya no nos visitaban por mera precaución y desconfianza, se escucharon dos balazos al aire. Rotundos e inconfundibles, para quien haya escuchado una bala.

Un vecino paró una pelea con sus disparos. Dos nuevos en el barrio se golpearon frente a todos, que todavía no eran ninguno pero poco a poco fueron llegando. Derechazos en espera a que Sebastián apareciera como el macho cabrío que tenía la obligación de poner orden en la manada, esperando, golpeándose hasta que los separara y al hacerlo, seleccionara un nuevo discípulo entre aquellos hermanos.

Uno gozaría de fuero y el otro de su custodia. El muégano humano cayó contra el coche del vecino armado, una espalda a la pintura, rayón y balazo. Para el siguiente disparo todos salieron corriendo.

Por las dudas, mis padres esculcaron mi cuarto hasta que la encontraron.

—¿Dónde conseguiste la pistola? —mi madre, dirigiéndose a mi padre. Creyeron que era verdadera. Parecía una Beretta.

Micaela a nuestra puerta. Detuvo los gritos con su toquido.

—En España dicen *toque*. En Cuba el *toque de santo* es el tambor de las fiestas. También un trago —me dijo cuando le agradecí la interrupción.

Y con su presencia que se sabía rescate de amiga, distrajo la atención a lo que no escuchó pero suponía afectaba el aire. Dejó perplejo a mi padre. Mi madre caminó con prisa envuelta en sus recurrentes llantos.

Micaela nunca sacó la mano izquierda de su chamarra de mezclilla. Un bulto asomándose en la tela.

Micaela tenía el anillo de Antioquía.

IV. ¿Cómo se aprende a decir la verdad?

Muchos dirán que ser honesto es más fácil que no serlo, pero la mirada de Micaela bajo el marco de la puerta indicaba lo contrario. La mentira tiene un rostro que no se oculta a quien espera recibir falsedades. ¿Por qué mentimos?, ¿por qué me mentiría ella?

No seré yo, pero quien es poseedor de una honorabilidad incuestionable afirma que el otro miente a partir de la suposición, aunque ésta parezca evidencia pero aún no lo sea. Incluso el corrupto o el infame, de lo que tengo poco, encontrarán en la mentira un espacio donde serán capaces de creer su propia verdad.

Se podrá decir que la mentira es todo aquello contrario a la verdad, y que debe siempre funcionar, así lo suponía mi bienintencionada madre mientras intentaba hacer lo que las madres hacen y no siempre logran, a pesar de sus esfuerzos, que tampoco son todas las veces ejecución de lo más correcto. Pero la mentira que tanto se desprecia aunque no conozco a nadie que no mienta, parece serle de provecho al mentiroso, al menos por momentos, cuando con ella resuelve conflictos como si fuera un prestidigitador haciendo trucos que otorgan un falso control sobre la realidad. Qué conflicto traía Micaela escondido en su chamarra.

A ella le admití que mentí por deporte y necesidad, que nunca es legitimidad. Y si mentí a novias, a colegas, a amigos y enemigos, habrá sido en busca de propiciar algún encuentro o mantener un espejismo. Ahí el mayor peligro de la mentira. El corruptor de la verdad, ese del que tantas épicas y miserias están hechas, mentirá al intentar salvar su cuello ante el entorno. Pero qué entorno quería salvar ella al ver a mi padre esa noche, todavía agitado a causa de mi madre que a su vez lo estaba por mí.

Y ahora, décadas después, cómo explico que ese entorno reaparece en una exposición que has vigilado desde antes de que estuviera montada.

Es el honor verdadero.

¿Qué tienen de distinto mis mentiras y las de Micaela, a aquéllas que el director del museo ha dicho y seguirá diciendo?

Las de él se parecen a las que construye el gobernante a quien han descubierto una fortuna que, evidentemente, no podrá justificar.

¿Cómo se defenderán ésos, los grandes mentirosos, frente a sus amigos que guardan en ellos un resquicio de confianza, porque seguramente no les han hecho mal? Tendrán que mentirles con tal de evitar la soledad que obliga la cercanía con los de su tipo. Posiblemente el mío también, quizá el de todos. La mentira es un esfuerzo en pos del diálogo pero el diálogo con el mentiroso es un diálogo falso, que mantiene una ilusión de encuentro.

La diferencia puede estar en que nosotros nunca dijimos que éramos honestos, sino honorables, y desde siempre ha habido un ladrón bueno, como ha habido uno malo. Hasta en las más famosas historias que precedieron a Bizancio, cuando los países no existían y los tiranos resolvían sus problemas en la cruz. Desde entonces, la mentira está en todos lados.

Se dice mucho que el nuestro es un país donde se miente, pero cuando hablamos de países, lo único que cambia es la cantidad de artificios. Mienten los museos, mentimos desde la historia con nuestros próceres, llenos de atributos. Mentimos porque, como decía mi madre en sus buenos años: en lugares como el nuestro, no hay necesidad de decir la verdad.

Todo funciona igual si alguien miente.

Micaela me habló de un filósofo que afirmaba: mentir es decir lo contrario a lo que se piensa, no lo contrario a lo que es. Ella leía y yo dibujaba, y es tan difícil dibujar la mentira y la verdad. ¿Qué abstracción nos lleva a ellas?

Este museo, el del arte y lo antiguo, es el reino de los dichos; donde la verdad se disfraza.

La verdad desaparece por argumentación, no se trata de la simple mención honesta. En el discurso hemos pedido a la mentira transformase en realidad. La lógica que Micaela llamaba pragmática o a veces dialéctica —diez letras, origen griego—, se hizo arte y, dependiendo de lo eficaz de la retórica, convence a más de uno que el acto deleznable o por lo menos cuestionable no cuenta con un ápice de incertidumbre, y si los otros de cualquier forma terminan por dudar, se mantiene la esperanza de que los suyos o uno mismo se crea la evidente falsedad.

Las verdades se refieren siempre a hechos: se hizo esto o aquello, lo que ocurre. La mentira es más compleja, no puede vivir por sí sola y agrega la finalidad; su objetivo, el engaño, es un juego de opinión. Y pocas cosas importan más en esta tierra que lo que se percibe.

Por eso, Simón, tienes que pensar bien qué le dirás mañana al director del museo y tal vez debas recordar esa noche cuando ella tocó

tu puerta y al extender su mano te hizo ver de qué estaba hecha. Porque donde la percepción importa tanto, la realidad se aleja de la verdad, que no necesita de un dictamen para determinar falacias. Y también deberás recordar, Simón, que la mentira siempre tiene más peso que la verdad. Todo mentiroso lo sabe.

Mentir es un oficio complicado, la mentira no se mantiene sola, necesita de otras mentiras. Es un manto que debe tejerse con cuidado, porque el menor descuido mandará al suelo el espejismo entero. Simón, las mentiras crecen y se enredan como una bola de nieve hecha de telas de araña. Si tan sólo eso fuera posible. Lo es, si se trata de mentira se puede tejer con los copos de agua congelada.

En cuanto mi padre se sintió ruborizado y los cachetes se volvieron rojizos o más bien morados, y sintió su temperatura elevarse, mi madre lo llamó como por gracia de esos modos de las parejas que se adivinan unos a los otros. Él musitó alguna razón para irse con ella sin sentir diezmada su hombría, pretexto del que mi memoria no guarda rastro. Nos dejó solos, a los dos amigos y a esa cara que daba la impresión de ocultar algo. Ya luego se transformó en la de siempre, la de las coincidencias silentes que son como lo parecerían ser las de mi padre y mi madre cuando todavía se hablaban, pero son distintas porque conservan lo más importante de todas las parejas, su juventud e ingenuidad.

En su mano, el anillo que traía el hedor de Bohemundo, el de los viejos más viejos, el de la historia incompleta.

Después de la golpiza de Sebastián, cuando mi cara ya estaba limpia, los demás caminaron a sus casas. La sangre deja de llamar cuando las heridas sanan y no hay cicatriz que haga noticia. Incluso Jacobo *el Gruñón* perdió interés en la ligereza de la falda. Ay, qué poca atención viene del morbo tonto, que se pierde del que vale la pena; el que se insinuaba en las cuclillas que adoptaba ella por no saberse aún tan mujer como para provocar lo provocable.

De ese instante, en su mano, mi primera verdadera imagen del anillo. La que se parece al flechazo con que uno se enamora de lo que se antoja inasequible. El primer auto, la primera casa, la primera cama. La postal que uno puede estudiar porque aún está fascinado por lo que ve y no se ha transformado en habitual; la que todavía puede pedir rituales. Su oro, poco dorado porque el verdadero es amarillo y rosado, ligeramente pardo, con esa opacidad que no se preocupa por agradarle a ojos vulgares. Ya lo había visto ella, no en el departamento y tampoco al salir de la funda, suerte de bolsa, de la que el azar lo arrojó. Estaba sentada frente a mí con las gasas en la

mano, un movimiento de su brazo bastó para alcanzar la botella de alcohol y al humedecer la tela: un brillo entre la tierra. Jorge *el Gordo*, Matías *el Flaco*, Jacobo *el Gruñón* y Luis *el Gasnate*, estupefactos ante las heridas, como el Niño Rata fraguando la cizaña, respiraban el enojo de Sebastián, quien ya estaba lejos pero aún se sentía en el aire que cortaron sus puños y pies hasta impactar en mi cabeza.

Tú, Simón, adivinando lo que se asomaba de su blusa y deseando la vista de los otros que nunca se dieron cuenta de lo que podían ver.

Al levantarse, Micaela dio un paso largo que le permitió extender la mano para levantar la argolla del piso, sin que nadie se diera cuenta.

Aguantó una semana con el anillo guardado entre sus joyas de fantasía, bisutería de niña. Para ese día, los moretones se habían tornado verdes y una aureola amarilla se despedía de ellos. Había callado la posesión por mero cuidado a la reacción de un secreto difícil. La primera razón de las mentiras ronda los caminos de la incertidumbre y depende del temor a que el cercano se vuelva contrario. Miedo que a veces proviene de las inseguridades y poco tiene que ver con lo que el otro piensa. Por eso, por amor se miente, así es la cobardía. No la habría juzgado pero juzgué su silencio, que se lo hubiera callado por siete días. En ese tiempo se puede construir el mundo. Que hubiera aguantado verme con la cabeza gacha cuando todos pensaban que tenía el anillo. Que soportara tanto antes de aparecer en mi casa, sabiendo que Sebastián me ignoraba y continuó ignorándome hasta que prefirió fingir que lo había superado, cuando se mintió a sí mismo o se convenció que a pesar de sus dudas, la falta de pruebas me daba algún beneficio que no estaba dispuesto a ceder ni mostrar. Y al descubrir que el otro mentiroso no es honesto, se pierde el respeto y si queda algo, sólo es la posibilidad del miedo que se disfraza del primero pero nunca llega a ser auténtico.

Micaela llegó a mi puerta por la lealtad, que no pide amistad pero es capaz de provocarla.

Habíamos visto pasar frente a nosotros todo tipo de joyas, de abalorios impagables. En el anillo de Antioquía se sentía el tiempo y la ruina. Ignorábamos a quién había pertenecido. Su afición por las lecturas, sobre todo las que a nadie le importaban nos lo dijo después. ¿Cómo una familia cae tan bajo si se encontraba tan arriba? Las grandes historias pasan desapercibidas y atraviesan continentes. Así es el mundo, no son sólo las cosas, es la gente. Cuántos no hemos parado a tomar un trago sin saber que aquel que llega a nuestro lado se acerca a la barra del bar, pide su bebida como un cualquiera y es

también lo que queda de una herencia. Rastro de un tiempo en el que su apellido importaba lo que hoy no más. Su familia era su firma pero ésta se desvaneció en las hojas de un papel poroso como el del calendario en que se escapan los días buenos. El desconocido llama al mesero pidiendo un favor, no le han traído su coñac. Es el último de los suyos, que antes eran dueños de una parte del mundo, cuando el mundo era más pequeño y no sólo eran dueños del terreno, también de las creencias. Y cuando uno es dueño de lo que los otros rezan, o al menos parte de ello, es dueño de la historia, pero su fragilidad depende de las convicciones y nada desaparece más pronto que ellas. En una época, de eso estaban hechas las sociedades; eran creencias, unas religiosas y otras no, pero igual pedían misa. Burguesías que no eran poderosas, gente que algún día entre los suyos tuvo a los que pisaron los palacetes y casonas de napoleones y maximilianos. Eran dueños, quizá nobles —porque la nobleza se traía en el carácter, como ocurre con los ladrones—, señores y señoras, tal vez meseros de un mundo en que el mesero era un mayordomo que hoy no existe y si aparece, y se ve por ahí, no es tan dueño como lo era el de antes, que poseía la casa sin tener el título pero sí el control, y lo hacía aún más que sus empleadores, a quienes se refería como amos. Si algún descendiente de éstos ha sobrevivido y, si ese sobreviviente se ha aferrado a las leyendas familiares que siempre cuesta recordar, serán afortunados los de su nombre al evitar el olvido. Pero en la mayoría de los casos la gente ya no figura, se volvieron cosas simples, ya no objetos con el valor de la palabra y, queda de ellos, de su memoria, uno que otro artefacto que viaja de galerías a museos para satisfacer a las nuevas clases más medias que burguesas y más mitades de mitades, que ya dan cuartos y no medios, que ahora se heredan autos, botellas de licores, deudas y, si toca, un departamento entre muchos de un edificio donde pueden existir historias similares. Ya ni libros ni bibliotecas se estipulan en los testamentos. Con la idea de que éstos sólo sirven para leer, pasan a bodegas, a basureros y a fondos públicos para convertirse en tesoros donde importa el volumen y no el objeto. Ya no se leerán esos textos o se acariciarán sus lomos, papeles y forros rígidos. En los casos más célebres, que lo son porque alguien supo de ellos, no por tener la menor celebridad o atributo festejable, el resguardo de lo que se rescata del tiempo queda a custodia de un tipo al estilo del director del museo. Remanentes de maestros y de lectores que engendraron hijos ajenos a las letras, a la pintura o al arte que antes era materia obligada para ser decente. Hoy son cosas que se supone deben permanecer inmaculadas pese a haber tocado no sé

cuántas manos, y su consulta y tacto imposible hará que el papel se caiga a pedazos, haciéndose polvo el día que por la razón que sea aparezca la curiosidad, la obligación o el ocio, un ejemplar sea retirado del librero que los ha conservado como los ataúdes lo hacen con los muertos.

Lo primero para nosotros en esas fechas era confirmar de qué estaba hecho el anillo.

Los joyeros más propios, y que en su círculo son famosos, evitan valuar lo que les lleva un desconocido, temen que sea robado, y sus precauciones son justificadas. Acudir a los que por el oficio o el barrio nos conocían pudo ser lo más sencillo, pero al pensarlo dos veces, era mejor no visitarlos ni llamar su atención. Cualquiera podía ser el jefe a quien Sebastián veía de tanto en tanto y si su enojo fue suficiente, su boca se prestaba floja y una indiscreción resultaría muy cara. Ese riesgo no se encontraba en el centro de la ciudad, donde se podía vender lo que sea y también comprar. Así son todos los centros, entre el bullicio, las demasiadas tragedias y los sueños, ahí la costumbre nos convertía en anónimos. La mejor hora era a la tarde, antes del cierre de las joyerías que comercian todo tipo de artilugios matrimoniales, justo cuando uno que otro local ha despedido el día cerrando sus cortinas de metal y tirando el candado que las protege. No hay tantos curiosos y sí menos policías, que piensan que el horario es bueno para trabajar.

Micaela y yo caminamos frente a los escaparates.

Una pareja viendo la infinidad de sortijas de enlace, haciendo cuentas de lo que podrían pagar. Avanzaron a la siguiente tienda, nosotros ocupamos su lugar para saber qué es lo que les era costoso. No era útil seguirlos por más tiempo. Un guardia por establecimiento, seguridad privada, casi siempre viejos y fofos antiguos policías que quedaron desempleados por su edad o, algún desacuerdo o insurgencia a las órdenes de sus jefes y, en su cuerpo, avisan que algún día de su vida cuando todavía estaban de servicio, hicieron el ejercicio que obligaba el cuartel y ahora o más entonces, años después, los alimentos grasos y baratos que engullen día con día —lo que su sueldo es capaz de pagar—, ha pasado la factura y sus músculos son piel que cuelga ocultando el terrible tejido del que están rellenos. Sus miradas retadoras buscan la sospecha que dará razón a su uniforme, copia de uno militar que cree imponerse *per se*. Locución adverbial, dos palabras. Cinco letras. Del latín. Lo que asustaba y sigue atemorizando era la violencia escondida que anda en espera del pretexto para atizar, con voz o macana y, en el exabrupto, liberar la

angustia y frustración que no es tan diferente a la de los otros que caminaban ojeando vitrinas que ofrecían ilusiones y lo seguirán haciendo porque décadas después aún estarán. Esas ilusiones que son mentiras llenas de esperanzas todavía no han cambiado en las vidas de las parejas que se pierden soñando lo que no pueden comprar y piensan, que de hacerlo, si tan siquiera lo lograran, el futuro sería distinto al de sus padres, que pisaron los mismos adoquines, pero la existencia se repite porque en su miseria, que en realidad no es tanta porque de serlo no estarían dando esos pasos, no siempre es asunto de dinero sino del límite que sus mismos atributos otorga.

El mundo rara vez deja que los que una mañana estuvimos en el piso a la tarde nos podamos levantar.

Micaela y su intuición, rápida como la de la mayoría de las mujeres, señaló un pasillo que se adentraba al edificio de comercios. Un letrero de compra y vende, letras azules y rojas sobre fondo amarillo. Su bolsa que no ocultaba ser la de su madre, cruzada en la espalda, protegida por mi cuerpo que no debía brindar mayor seguridad. Un empujón me pudo haber apartado, pero los testigos que quedaban de los golpes eran suficientes para que ningún intrépido se acercara.

Hablé primero.

—¿Compras? —y al asentir, el mercader dio un visto bueno que no ameritaba discreción. Volteó a mi frente hinchada y separó la boca como el gato que aleja la repulsión.

Micaela abrió el bolso, mostró el anillo y cerré el puño, mi pierna un paso atrás. Preparación para un salto en caso de que el tipo nos robara.

Talló la pieza con su pulgar, revisó que no despintara. La puso en la báscula. Sólo él vio el número que apuntaba y respiró un precio sin necesidad de cálculos. Se olía que fumaba tanto que le costaba hablar, lo devolvió sin miramientos. Fuimos al siguiente puesto.

Los tasadores veloces nunca funcionan bien, servían y sirven para urgencias, más ahora que antes. Dinero rápido y sin preguntas, aceptando que se pierde parte del valor de las posesiones a cambio de una confidencia que hace socios momentáneos, ocultando algún mal. Nosotros no necesitábamos eso. La molestia del tipo fue poca, en esos negocios, para esos negociantes, todo da igual. Si se va un cliente, a las horas llegará otro. No valía la pena disimular ni decir que lo pensaríamos para volver después. A unos metros, una escalera al fondo. En ella un tipo con cara de villano, oteando como lo hacíamos todos los halcones. Movimiento lento de cabeza: los ojos arriba

esperando encontrar alguien a la izquierda, luego a la derecha. Un gesto mecánico para dar la impresión de que se está haciendo algo, lo que sea que dé actividad a lo inamovible: la mano en la barbilla, un cigarro si se tiene y es posible fumar donde se esté. Antes se podía en muchos más lados. Vestido con chamarra larga, que permite ocultar un palo, un cuchillo, una macana; lo que se preste de arma. Éramos demasiado jóvenes para que el halcón nos diera vuelo.

Pasos ligeros para salir de ahí, pasos que no siempre quienes visitan esos lugares saben dar.

Es común que cuando se escucha un precio demasiado bajo por lo que se creía el tesoro de la familia, la gente se retire con la supuesta ofensa. También puede no ser más que el espejo del apego que se le tiene a las cosas. Eso dice más de lo que se imaginan los que dan media vuelta. El halcón de la escalera lo sabe. Realmente es más valioso y vale tomarse el tiempo para seguirlos y asaltarlos, o guardan migajas de oro y se dará aviso al siguiente valuador para que ofrezca aún menos. Para tener dinero hay que mostrar que el dinero no importa.

Tres pasillos adelante, otro compra y vende. El edificio es distinto, los guardias traen otro uniforme. Alguien más controla esos comercios. Otro jefe, otro halcón.

—¿Compras?

Y una mujer asiente, si no era dueña se comporta como tal. Prefiero trabajar con ellas. Tiran precio sin pudores y nada les estorba al momento de regatear. Su orgullo está en lugares más apropiados.

—Hay que calar la pieza.

Sabía qué tenía enfrente y cuando se sabe algo es necesario ponerlo en duda. Micaela siempre dejándome hablar primero, yo arrojándole miradas que ella respondía dando a entender que aprobaba lo que nos decían.

—Tú dices dónde.

Podía ser ahí o en los pisos de arriba. Los que calan a la vista de todos se valen de lo público para parecer más honrados, pero la verdadera honestidad es asunto privado. Michel, un tipo con pinta de demasiadas horas en el gimnasio, nos hizo una seña que invitaba a seguirlo. Seguramente se llamaba Miguel. Vuelta a la derecha entre los demás pasillos hasta un elevador con gente que espera su llegada, giro a la izquierda por las escaleras originales del edificio que desde siempre —de esos siempres que tienen fecha de inicio en la memoria —, ha servido para subir a los comedores baratos donde se comía más limpio que en cualquier restorán. Pasamanos de piedra, obra de los

españoles que construyeron el edificio con las rocas de los templos que hicieron pedazos al fundar la Nueva España. Los escalones estrechos, como si antes la gente calzara más pequeño y quizás así era. Tres pisos arriba, con el aplomo y el aliento abandonado desde la planta baja por la extraña altura con la que se hacían los peldaños. Además de tener pies pequeños, las piernas eran, si no más largas, seguro más flexibles por la costumbre de montar a caballo. A los primeros inquilinos de ese edificio no les costaba tanto como nos costó a nosotros, levantar las piernas para subir de nivel.

—Con él —dijo Michel. Apuntó a Arturo Alberto, el *Doble A*, gordo y grande de altura, con apellido de nombre y los brazos tatuados con tatuajes de cárcel que no esconden cuáles fueron dibujados al entrar a prisión y cuáles durante los últimos años de sus estancia. Unos son apuntes de pertenencia que evitaban ser la niña de la celda, otros marcaban que lo fue. Los más recientes dictaban historias: la madre, la hermana, el amigo que murió apuñalado con un picahielos que puede que jamás haya existido, pero él se lo inventó para tener algo que contarles a sus compañeros. ¿Cuántos años habrá pasado viendo las mismas caras? No es posible juzgarlo. De qué se habla luego de años tras las rejas.

Arturo Alberto no se levantó de su silla, tenía a quien lo hiciera por él. Un tipo menudo de voz rápida, su mano se extendió y llegó a mí antes que su sombra. El anillo entre su pulgar e índice, la vista es lo primero. Minuciosa y paciente, su primer juicio daría pie a los que le siguieron. De nuevo, como el anterior valuador, lo talló con la otra mano. Se lo entregó al experto, que no había desperdiciado su tiempo en observarlo. El dictamen le permitió tomarlo. El *Doble A* frente a una mesa más pequeña que su torso, en ella las muescas de la madera indicaban el trabajo, ligeros impactos de martillo, de sierra que habían cortado las orillas del mueble al cruzar los metales que se apoyaron sobre él. Las herramientas eran y son simples. Limas de metal de varios calibres, pinzas de cejas que jamás depilaron un vello. La gente como él no ocupa su asiento por haberse graduado en colegios. Su trabajo es redención y no por el papel dignificante que le dan los que nunca han pedido empleo. Cuando uno roba, funde, vende y sale de una cárcel, si es que conserva un poco de sí mismo, se da cuenta que tendrá que encaminar sus esfuerzos en lo único que sabe hacer y, si hay suerte, lo hará de la forma más legal, y no será por respeto a las instituciones o las leyes, sino para no volver a ellas.

Él se hizo como se hacen los cerrajeros que abren las puertas de los autos cuando un descuidado avisa que dejó sus llaves dentro, cuando

un hijo de familia descubre que, al morir, sus padres no apuntaron la combinación de la caja fuerte que está escondida en un armario al que no tenía acceso.

—¿Calada chica? —preguntó queriendo decir otra cosa.

Las caladas grandes se usan para cuando se vende un metal para fundir y en caso de ser falso, se puede desechar. Es más rápida, necesita menos cuidado. También cuesta menos.

—Chica.

Arturo Alberto sonrió con la lima de treinta centímetros que ya traía en la mano y esgrimía como bastonero de circo a media fanfarria. La volvió a guardar en su diminuto cajón. Tomó unas pinzas de joyero con mango de hule, para que no se le resbalen, y también agarró una lima más pequeña.

—Es viejo.

Ninguno de los dos respondió. Cuidamos evitar la sonrisa del triunfo.

—Sin chapa —y su mirada obligó a una reacción. Afirmamos con tono de experiencia, sin abrir los labios y con un sonido gutural que resultó inapelable.

Si se accede a calar se acepta el olor de los químicos. Un gotero contenía ácido muriático, algún día dio gotas para las medicinas de un bebé. La gota en la parte limada. Por suerte, fue la interior. El *Doble A* entendió que al pedir la lima corta estábamos pensando en venderlo en una sola pieza, no entregarlo para que lo fundieran y con su oro se fabricaran aretes y esclavas.

Esa pequeña limadura aún se ve en el soporte que lo sostiene en el museo. ¿Qué origen le habrán dado los estudiosos?

El pulso de Arturo Alberto no tembló, su índice tenía las quemaduras de sus primeras caladas, cuando la falta de pericia arrojó gotas calientes que derritieron su piel al tocarla. Dos segundos para que reaccionara el ácido sobre el metal. Los ojos de todos, en un pestañeo parecido al de los jugadores que ven girar la ruleta en los casinos. ¿Será negro, rojo, el número correcto? No aparece la mancha lechosa de los metales baratos. Si hay demasiada plata, nace la nata propia de los quilatajes bajos: ocho, diez. La ruleta sigue dando vueltas pero antes de detenerse, se puede asegurar que por lo menos alguien saldrá ganando. Quién sabe, tal vez la casa.

—¿Más de diez? —gritó en voz queda el asistente de la mole. Michel volvió a su local sin que nos diéramos cuenta. El cambio de tonos le emocionó más al bisoño que a los otros. Si aparece un café oscuro podría ser diez cerrado. La ausencia de tornasoles avisó que

habríamos de ser pacientes por más tiempo. Por qué más se es paciente. La ruleta sigue girando con el sonido que escuchó un ruso, personaje en alguna novela, cuando se puso una pistola en la cabeza. Esperó a que le tocara una bala, pensó que morir no es tan malo.

Arturo Alberto no quitó los ojos de las pinzas, sus manos sudaban. El ácido tampoco se pintó púrpura.

—¡Más de diez! —emoción de grumete que no conoce altamar pero sí dónde están los amarres. El jefe extendió la mano, el chico le pasó un segundo gotero.

—Ácido nítrico —por fin espetó algo el gordo.

Dos gotas sobre el líquido anterior, sin mezclar ni lavar con agua. Aún no. Nada. Ni el más ligero arrebol.

—Más de dieciocho —sólo Arturo Alberto tuvo derecho a hablar. El grumete jamás había visto un metal de ese peso.

Entre los ácidos se dibujaron unas pequeñas líneas aceitosas. Era una gota gruesa, que no dudó. Pudo ser la luz del foco que colgaba sin lámpara a un metro de nuestra cabeza. Los techos eran altos. Así construían antes. Las figuras tornasol se definieron, tenues.

—Veintidós quilates —dictaminó el tasador. Apretó las pinzas para que la pieza no saltara, la sumergió en un bote lleno de agua. Lo tenía enfrente. Enjuagó y ya afuera, agitó el anillo para secarlo. En un solo movimiento se lo llevó a la palma de la mano, lo vio con atención.

—Veintidós quilates —volvió a decir como si no lo hubiéramos escuchado.

Quizá se lo decía sí mismo, arrepentido por la limadura que dejó en el interior del sello de Antioquía. Ahí, donde lo sostiene el soporte del museo.

V. ¿Por qué creemos?, ¿en qué lo hacemos?

Arturo Alberto había sido un desconocido hasta momentos antes de que su palabra fuera fortuna, pero confiamos en él y Micaela no puso en duda lo que el tiempo probó cierto.

Si puede ser tan sencillo hacerle honor a lo que se dice, ¿por qué desconfiaría de mí el director del museo?

No es lo mismo, Simón. No tiene razón para creerte.

Él o cualquiera que se encuentre en la calle, ésos que aseguran haber visto lo que jamás pasó frente a sus ojos. Las señoras chismosas que se suman a las multitudes que rodean un accidente, un asalto o un evento sobre el que dan testimonio sin haberlo presenciado. El otro, sin nombre ni presencia, que leyendo un diario en su casa, de la que poco sale —no lo considera necesario y es soberbio frente a sus espacios—, confirma las suposiciones de un tercero hasta hacerlas verdades y jamás, o por lo menos no desde hace tiempo, intenta confirmarlas con los textos de otros diarios o fuentes, o dichos con los que sus suposiciones y convicciones no coinciden. Los que van o no van a la iglesia, religiosos que no nacieron siéndolo pero asistieron a la homilía, comieron hostia, bebieron vino y no dudaron del cura que les explicó en un salmo el origen de este mundo. Como si para nosotros existiera otro. Todos ellos creyeron porque quisieron hacerlo.

Las creencias parten de ahí. Sí, Simón: necesitan que se construyan y obedezcan a su lógica, de acuerdo. Pero antes, necesitan alguien dispuesto a rellenar con sus palabras los vacíos donde sólo cabe la ilusión. Uno cree lo que le permite tenerla, sea bueno o sea malo. Las ilusiones son imágenes que el optimismo idiota ha transformado en positivos. El posible camino que está detrás de la curva. La respuesta a lo que se ignora pero que tampoco se quiere perpetuar en la ignorancia.

No importa, tienes que convencerlo.

Simón, tiene que entregarte el anillo.

No lo asustes, Simón. No estás entrando a la oficina para eso. Dos toquidos, tirón a la puerta.

—Gracias por recibirme —lo saludas.

—Nada que agradecer. ¿Qué puedo hacer por usted? —te dice, formal.

—Déjeme decirle algo… —vas muy rápido.

Faltan los protocolos, la sorpresa. No importa, se puede continuar sin ellos.

—Tome asiento, ¿café? —señala con la mano. Apunta a la máquina.

Y sí, su colección de cápsulas es vasta.

—No, gracias. ¿Tendrá té? —preguntas cuidando no sonar abusivo.

—En cuanto vuelva mi secretaria. ¿Negro? No sé dónde se habrá metido. Lleva años trabajando conmigo y siempre es lo mismo.

—Verde, si tiene. El té —sacas tu licorera de la chamarra—. Supongo que usted no quiere.

La licorera de plata le despierta un ligero desprecio. Ni curiosidad de por medio, y eso que es antigua. El metal no miente.

—¿A esta hora? Gracias —se niega con la mano. Hay horarios para cada invitación.

Le despierta desprecio y también ganas.

—Yo robé el anillo de Antioquía, hace muchos años.

Te apresuraste, Simón. No, no podía ser de otra forma.

—De qué habla, ¿señor…?

En el prefijo duda de mi señoría. No lo culpo.

—Simón. Simón Ferré.

Ya le extendiste la mano, te devolvió el saludo. Te sentaste frente a él y le contaste lo que tu juventud te permitió recordar. Una vida fraseando para ti mismo lo qué le dirías a alguien que no conocías. Pasaste dos días eligiendo las palabras adecuadas para que la memoria dejara de conjugarse en pasado. Porque toda imagen que evocamos, que hacemos que otro evoque, ya no pertenece a los tiempos donde se mira para atrás y ese instante que sucedió cuando aún no tenías barba, ni canas, ni la voz rasposa, se ve en presente.

La memoria se conjuga en presente. Todos los recuerdos suceden en este tiempo, no importa cuántas veces se repitan.

Sigue queriendo escucharte, pero le tienes que dar más.

No le bastará la historia del robo. En todo caso, tras conocerla, entre titubeos, revisará que su cartera no se encuentre sobre el escritorio y a mi alcance, y si lo está, mientras me escucha y sin quitarme la mirada de encima, extenderá su mano para recogerla, obligándose a creer que soy torpe, no lo estoy viendo y su desconfianza pasó desapercibida. Tal vez también ande por ahí su chequera, en una funda que imita ser piel y trae el monograma del banco. Entonces no la esconderá a ella, sino al nerviosismo que acusará su cobardía.

En su expresión me puedo dar cuenta de que casi todo lo que pensé hace dos días ocurrió como había imaginado. No me reconoce o no se ha dado cuenta quién soy. Debe llevar menos en su puesto de lo que creía. O es más burócrata que gente de museos y se mueve poco entre anticuarios y ladrones. Para la historia, ¿qué tienen de distinto? Sabe lo mínimo que le dan las ferias de antigüedades; los circos montados en las galerías de centros de convenciones y de funciones múltiples, que si es el caso, días antes de recibir objetos y arte para lo que seguramente llamarán El Salón del Anticuario o la Feria de Antigüedades, número romano aclarando la edición, hospedaron una feria de ferreteros que admiraron herramientas, o de agrónomos que hablaron de café sin saber tomarlo. De productos para bodas, recién nacidos, maternidad y lactancia que ofrecieron innovaciones para lo único que, quizá, sabemos hacer sin necesidad de manuales. El director disfruta las ferias por el intercambio con tipos que invierten tanto en sus ajuares, como lo que cuesta hacerse de una buena pieza.

No hay silencios, soy yo el que habla. Los evito.

El silencio puede ser aliado pero también hacerte vulnerable. Todavía no sabe cómo reaccionar pero ya ha volteado, un par de veces, a su teléfono, el del escritorio. ¿Estará pensando en llamar a un guardia?, ¿se habrá acordado de mi té? La secretaria no vuelve y, si lo hizo, nosotros no nos hemos enterado.

Tal vez está contemplando sacarme del recinto, pero puede darse cuenta que sé suficiente de una historia sobre la que él se siente autoridad como para llamar a un guardia. No en este momento. Tal vez la historia que cuento tiene más de lo que un cualquiera dice a partir de lo que aprendió al recorrer la exhibición durante el par de horas que lo hicieron asumirse experto.

Tal vez, sepa más de ella que lo que yo supongo.

—Imaginemos que algo de lo que dice es cierto, señor Ferré. Aunque, créame, he visto las pruebas. El gobierno turco compró el anillo hace más de veinte años.

—No dudo que lo haya hecho.

—Se lo han prestado a mi museo, como lo han hecho con otros.

—Del banco, el museo del banco.

Bravo, Simón. Lo que te faltaba para ser antipático. Qué tipo, dijo imaginemos, no pensemos o creamos. Me baja a un peldaño inferior, en el que ni el convencimiento se presta cierto.

—Decía usted que perdió el anillo. ¿Y el que vendieron a Estambul es el suyo?

Quiere escuchar más, por supuesto. No porque confíe, lo

entretengo y en su agenda no hay actividades.

—Antes de perderlo, perdí a Micaela. ¿El té sigue en pie?

Intenta con la secretaria. La llama *mi asistente*. Ella contesta como si nunca se hubiera levantado. Entra con la sumisión de la costumbre, con la familiaridad que permite el rango. Se sorprende al encontrarme. Me reconoce del domingo en la inauguración, de hoy más temprano, cuando nos cruzamos en la zona de fumadores y a ella se le cayó la cajetilla que levanté para entregarla en su mano.

Su sorpresa no es clara, los recuerdos cercanos juegan trampa.

Por eso no se extrañó al descubrir su gafete en el asiento de su silla, lo creyó perdido por unos minutos. Extravío al que le restó importancia porque no salió a fumar sola, iba acompañada de una colega con los mismos vicios. Chicas fumonas, bocas peteras, como les llamaba Micaela a las mujeres que tienen pinta de saber hacer una buena pipa. Pipa y petera, acá nadie les dice así pero a Micaela le gustaba usar palabras de otros países. Las aprendía en sus crucigramas.

Salieron y entraron con la identificación de la compañera, caminando una pegada a la otra entre los torniquetes de acceso en los que yo pasé el gafete que le quité al entregarle los cigarros que recogí del suelo. Un préstamo del que no reparó al sentir mi mirada en su escote. No dudo que lo haya disfrutado. Tampoco se pudo ofender, no quería que la viera a los ojos. Un cumplido entre el encaje. Se viste para ella misma, para que su superior no la observe pero para que tampoco deje de hacerlo. Él sería incapaz de tocarla, sugerirle u ofenderla. Disfruta el coqueteo, pero sabe que si se le insinúa, puede perder a la confidente que saluda a su mujer con dos besos en la mejilla sin decirle que reservó mesa en un restaurante para que el marido se vaya con otra.

—Una de azúcar, por favor —asiente. Él la presiona para que se retire. Tienen sus códigos: miradas, ademanes. Al salir ella, regresa. Inquiere.

—¿Ella se llevó su anillo? —burlón, el muy petardo. Sigue sin creerme.

El que roba arte como quien se viste de ciertas formas, a veces lo hace para sí. No para venderlo ni mucho menos para malbaratarlo. Lo hace para dejarlo entre sus cosas, para que sean propias. Para conservarlo sin poder mostrarlo, para saber que le pertenece y de vez en cuando, pasar con los objetos un poco del tiempo que nadie más podrá obsequiarles. Para hacerse grande contagiándose de la grandeza que se observa y cuando la vida parece exigua, cuando no hay más

que compartir con los que se quiere, regalarles lo que se tiene.

Micaela le dio el anillo a su madre. Le dijo que yo lo había robado, y si alguien lo encontraba, o si lo vendíamos y el comprador daba alerta, Sebastián se enojaría y ella me perdería. Su madre me rechazó desde entonces, hasta su muerte. Nunca quiso verme o sonreírme como lo hacen las suegras enamoradas de sus yernos.

No tuve que esperar tanto tiempo para volver a verlo. Lo guardó entre sus cosas y se lo puso sólo cuando yo las visitaba, para recordarle a su hija lo que había hecho para que fuera algo feliz.

Nos fuimos a vivir juntos al cumplir los veinte años. Para nosotros era tarde, debimos hacerlo antes. En estas épocas en que vivimos, se ve poco esa prisa por salir del nido. Antes sólo era cosa de países como el nuestro, seguir con los padres hasta los treinta y quizá un poco más. Hoy es de todo el mundo. Es el triunfo de la manada, la seguridad de una teta que se exprime hasta que se seca. Los jóvenes de ahora gritan su entusiasmo por ser grandes, aunque nunca crezcan. Familias que retrocedieron en la escala de la evolución al punto en que todos los hijos han cogido en el cuarto contiguo de sus padres y los suegros de todos saben cómo se ven sus nueras en pijamas. Turnos para ir al baño entre la madre y el hijo terminarán por confundir su intimidad con el derecho de la comuna y la pernada.

Regresábamos al barrio los fines de semana para saludar a las madres. Casi siempre a la suya, con la mía cualquier forma de convivencia se volvió de un difícil casi irreconciliable. Prefería no ver a la mujer a quien responsabilizó por sacarme de su casa, y las pocas ocasiones en que Micaela y yo estuvimos frente a ella y entramos al departamento donde me crié, mi madre se las arregló para no verla. Como si no estuviera, y si lo estaba, fuera una muda, no de ropa sino de las que no hablan, de las que no tienen lengua y que de repente entonan uno que otro sonido, casi siempre desagradable a sus oídos. Uno nunca está listo para que los mudos hablen. El desencanto superaba nuestra estadía: a mi madre yo le recordaba a mi padre que siempre me preguntaba por ella y entonces le mentía porque su pregunta, más que reflejar una preocupación o simple cortesía, intentaba decirme que sin importar que nuestra relación fuera distante, no podía desentenderme de ellos.

Esas visitas eran menos rápidas de lo que me hubiera gustado, tomaban la tarde entera y era frecuente que el atardecer clausurara los protocolos. ¿De qué se habla con la gente que perdió las razones para estar cerca? De lo que quieren creer que es uno y por esos momentos de convivencia se aparenta que el tiempo no fue enemigo. Como si el

calendario pudiera ser aliado. Como si Micaela lo hubiera escuchado y tomara en serio las palabras de mi padre.

La última vez que vi a la madre de Micaela, como en cada ocasión, el anillo adornó su dedo.

Debía llevar unas horas puesto cuando apareció Marcelo, el tío de Jacobo *el Gruñón*, dueño de una papelería de esquina que disfrutaba levantarse de puntas, esconderse entre los arbustos y sombras de árboles para asomarse a las ventanas de los vecinos, camino al trabajo.

A aquel hombre, de niños, en temporada de escuela, le comprábamos por obvia fuerza toda suerte de fichas monográficas que a él, a punta de leerlas en sus ratos libres, que eran muchos o suficientes, le impregnaron un vocabulario extraño con el que armaba frases de una forma muy propia, y no por correcta como por particular y sólo de él, conjugando en presente todo lo que sucedía en pasado.

Al vernos llegar, gritó aquello que nunca sonará apropiado.

—Ay, ustedes que conocen a mi sobrino desde que nace…

Mucho antes, en la reunión que se organizó entre los inquilinos, cuando fue urgente discutir quién disparó al aire tras la golpiza que perturbó las áreas comunes, su fraseo provocó más de una risa al mostrar su preocupación por el deterioro del vecindario: “Mi madre nace en este barrio”.

Micaela lo corrigió, “mi madre nació, señor de la papelería.”

Sus habituales reacciones, exageradas, propias del tono que poseía la información que vendía en su establecimiento, nos hizo suponer poco y saber menos.

—Amigos de mi sobrino, ustedes que lo conocen desde que nace… —repitió. Su respiración contenía ese aliento que responde a un pulso agitado pero que al mismo tiempo pide el aire que falta cuando alguien se siente perturbado.

La madre de Micaela murió mientras nos esperaba. El tío de Jacobo *el Gruñón* la vio entre las cortinas de manta que se movieron por el viento de la temporada. Adentro, un maullido insistente provocó el asomo que instantes antes otorgaba a la ventana los atributos de una joven vecina. Si hubiera sido invierno, con sus aires en calma y la humedad y el frío haciendo escurrir las narices, nosotros la habríamos descubierto acostada en el sillón de su sala, durmiendo la siesta de la que nunca despertó pese a los gritos que propinó el papelero cuando vio su muñeca colgar del posa brazos y también al gato negro, que la madre no dejó llevarse a Micaela con la esperanza de retenerla por amor a su mascota que, entre el mayar sepulcroso, le lamía los dedos con su lengua rasposa.

Cuando los recuerdos se mezclan ya no importa cuál imagen perteneció a cada uno, y entre tiempos se conjugan las imaginaciones y los *hubiera*.

—¿No vendrá a decirme que el gato se llevó el anillo? —preguntó el director con duda burlona.

—Al final, al gato se lo llevó Micaela.

Y en la muerte vemos cómo somos los hombres. Si la pérdida de la vieja era de espanto, se trataba de una cosa minúscula comparada con la de vaivenes que esa noche sucedieron a su fallecimiento. Sin importar lo bien que un par se conozca, es frente a un ataúd que aparecen los hallazgos más desconcertantes. Unos lloran, otros enmudecen. Las pieles pálidas de los vivos se parecen a la del muerto y no por el susto o la tragedia. Por la empatía. No por la que esperan recibir sus familiares pero sí con el que se ha marchado, que todos sabemos que no se fue a ningún lado.

Un velorio que distó de lo convencional. No hubo funerarias con sus caras de constipación, ni empleados corteses que por la costumbre son inmunes a los dolores ajenos. Tampoco maquillistas que apliquen el rubor a la carne que se seca a cada instante, o brillo de petróleo a los labios que ya no expelen aire que los seque. Micaela lloró poco o nada, y si lo hizo las lágrimas se le quedaron dentro. Con su expresión dura y delgada, tomó el teléfono y marcó sin mover ni acercarse al cuerpo. Ni siquiera para confirmar que las respiraciones no se sentían en el pecho de su madre. Dejó al gato seguir lamiendo los dedos, disfrutando el sabor a sal que poco a poco se acentuó en la frialdad de las extremidades por las que ya no corría sangre.

Cerró las cortinas, me tomó de la mano y apresuró a salir del departamento. Hizo un lado a Jacobo *el Gruñón*, que junto a su tío Marcelo bloqueaban la puerta a los curiosos que de alguna forma se enteraron de lo que estaba sucediendo. Porque así es el barrio. Ese viento, además de mover las cortinas, se llevó los rumores.

Hay quienes planean tanto que saben qué hacer en momentos de urgencia. Esos que vienen, que se aparecen sin aviso, ante los que es difícil estar preparado porque no se sabe para qué estar preparado. Sin embargo, Micaela y su madre se habían criado solas, o más bien juntas. Que cuando hay madres y padres, también hay hijos y cualquiera de los dos bandos sabe qué se hace con el otro, así que la instrucción es mutua. Si el anillo funcionaba de reclamo, era a causa de la conciencia sobre las consecuencias, y cuando hay gente que ve el mundo de esa forma, como una suerte de acciones que provienen y ameritan reacciones, las fatalidades también se contemplan como un

mecanismo que debe funcionar en secuencia, y aquel evento, por naturaleza jamás practicado, que implicaba la muerte de alguna de ellas, incluía la llamada a un miembro de la familia al que sólo se le hablaría en las condiciones que provocaron el aviso. No era necesario explicar una frase. El simple sonido de una voz que nunca reportaba mayor cercanía, alertaba que una de las dos mujeres, la mujer vieja o la mujer joven, ya no estaba en este mundo.

—¿A quién llamó?

—A alguien que no conocí esa tarde.

Jacobo *el Gruñón* no refunfuñó, su tío fue otra cosa. No disfrutó las vistas de la vecina a quien espiaba, ni pudo sacar alguna conclusión sobre la madre de Micaela.

Lo definitivo de la muerte evita concluir acerca de ella.

Caminamos en silencio, del departamento a los juegos del parque. Tres calles en las que su falda, como extensión anímica, mantuvo la caída de la sobriedad, incluso mientras se tiraba por la resbaladilla y yo la esperaba para ayudarle a levantarse.

Nos sentamos en los sube y baja, como cuando fuimos niños y fumamos. Bueno, fumó ella, como cuando crecimos.

Sin mirar a su muñeca para consultar el reloj, supo cuándo era hora de volver al departamento. Yo no tenía nada que esperar, imposible anticipar los protocolos que no son propios. Quizá imaginé que nos estaría esperando una ambulancia para levantar el cuerpo, con dos o tres paramédicos de los que ya sólo atienden fatalidades porque optaron por pacientes menos conflictivos que los vivos y quejumbrosos. Rescatistas que en sus primeras misiones se manejaron mal con la sangre de accidentes en las carreteras o con el estrépito que acompaña la imagen de los vidrios rotos en mil pedazos. Un par de coches embistiendo uno al otro.

Tal vez, supuse que quien le contestó el teléfono a Micaela se haría cargo de todas las vicisitudes de la muerte; una mensajera del destino. Una muerte disfrazada de persona que, sin mostrar la guadaña, avisa a destiempo porque sólo aparece para que la vean los vivos. El destino que todos presencian y por el que se han reunido.

Al volver, ya no estaban Jacobo ni el tío, mucho menos algún otro miembro de la vieja pandilla. Si se enteraron, decidieron no ir, o en una de esas, ir luego, cuando el tumulto que se reunió se hubiera disipado.

La gente que estaba dentro, que eran varios por no decir demasiados, apagó las luces de la entrada. La estancia donde se encontraba el cuerpo se iluminaba con el haz proveniente de la

lámpara de pie junto al sofá. En algunas muertes no hay rastros de dolor y tampoco hay esperanzas entre los que rodean los cadáveres. Ni ilusiones como las que sostienen los testigos de un percance, de una caída, de un infarto que parece incomprensible pese a que el infortunado moribundo se lleva las manos al corazón, queriendo sacárselo. También con la luz prendida, una pecera daba la atmósfera apropiada. Pocos peces dentro, dos dorados con sus ojos saltones y la impresión de llorar a aleta suelta. Tres peces limpiavidrios, inmutables, trabajando en lo suyo, desde que un zafado de la cabeza los creó.

Micaela saludó con abrazos, me presentó por mi nombre, sin adjetivos o prefijos.

En los funerales y velorios, la gente que no se conoce, o la que se conoce pero no se recuerda, o la que tiene idea de haberse visto pero en entornos más amables, parecen eternos cercanos a los que la muerte reunió sin necesidad de explicar nada, y en esa nada, todos se saludan según los códigos que no hay razón de explicar, incluso si es el primer funeral al que asisten.

Beso, abrazo, cabeza baja y para el segundo abrazo, un *lo siento* que se adivina auténtico porque nadie quiere dar ni el beso ni los abrazos iniciales, y mucho menos estar ahí. Uno tras otro, sin importar si son cinco, diez o cincuenta asistentes, lo mismo para todos, salvo para los familiares directos, que actúan como extensión del difunto y con ellos los rituales son aún más incómodos. Si ya está llena la sala fúnebre y alguno de los cercanos es quien ingresa, se le da un pésame a manera de bienvenida que confunde lo efusivo de la alegría de verlo vivo, mientras se diluyen las sonrisas de los reencuentros con la tristeza que acompaña la finitud. Aunque el evento es para todos una despedida, la incomodidad hace que los papeles se inviertan y los menos cercanos dan la impresión que son los que más sufren. Por eso se van antes que los familiares, aguardando el desvanecimiento de las horas, viendo avanzar las manecillas de un reloj que no responde con prisa al momento que exige cerrar el ataúd.

Las señoras en un segundo sofá, a unos metros del primero, la cama mortuoria. Los señores, sus parejas, de pie en galantería por el dolor que muestra su temple al tener que, además de soportar los humores del velorio, hacerlo en el estoicismo de una posición erguida.

Micaela vio a su madre muerta.

Unas horas antes la encontró en el mismo lugar pero en su cabeza y sólo en ella, todavía no se iba de este mundo. Durante nuestra ausencia alguien le puso una cobija para taparle el cuerpo, levantó sus

manos y sus brazos para que se apoyaran sobre el abrigo y con ese ligero cambio de postura mas no de posición, aquel alguien le dio un asomo de vida por la impresión de estar cubriéndose de un frío que no tenía formar de sentir. El gato a sus pies, durmiendo como seguramente lo hacía todas las noches. Y de repente, sin que nadie me avisara, una señora igual a la que parió a Micaela caminó entre los presentes.

Beso, abrazo, beso, cabeza baja. Micaela quedó atrapada entre sus brazos, en el silencio que el resto escuchamos y dejaba a merced de los demás, el ruido de mi respiración acelerándose conforme se apretaban.

Nunca me dijo que su madre tenía una hermana gemela. Ahí estaba, a ella le marcó para hacerse cargo. Una muerta con los ojos cerrados y otra andando entre nosotros, viva y vivaz.

—¿En el funeral desapareció el anillo? —pregunta el director.

—No, permaneció en su mano, sobre la cobija.

Soy malo con los nombres, en mi memoria los rostros se guardan a partir del lugar donde aparecieron, o donde alguna situación los hizo memorables. Sus apelativos caen en la señora de caireles monstruosos, el hombre del saco verde, el niño del bote de basura en el parque. El señor de la papelería.

La hermana de la madre de Micaela nunca existió por cuenta propia, sino a través de las dos mujeres que la enlazaron a las imágenes que aún me provocan sorpresa. Y quizás es que nunca fue muy importante y sólo sea una anécdota de las que visten una historia más grande. No la volví a ver jamás, pero su presencia en el departamento no sólo significó el alivio por el fin de la carga que representaba el odio de su hermana, también fue la posibilidad de recuperar la joya, a manos de la misma mujer que la retuvo.

Ignoro si al cuerpo lo enterraron o lo incineraron. Años después algo me hizo suponer que fue lo segundo pero soy incapaz de afirmarlo. En las rutinas de pareja, Micaela y yo no perdimos tiempo con visitas a nichos o capillas. No todos los humanos nos ocupamos de perpetuar a los muertos. Antes de que recogiera el cuerpo una camioneta sin mayores credenciales fúnebres, la hermana, que no quiso hacer más extenso el intercambio con su sobrina me extendió la mano para entregar los objetos que portaba la madre. El anillo, unos aretes baratos o posiblemente no tanto pero en definitiva no muy caros, al gusto de señora que no encontró nuevos ornamentos y los usó desde el día que los vio en su propia madre, la abuela de su hija. Perlas que colgaban de sus orejas y se creían de clase, aunque lo

común hacía de ellos un mero brillo como cualquier otro. Un lápiz labial, un pasador de pelo.

Volví a tenerlo y disfruté la posibilidad de no quedármelo, de robarlo de nueva cuenta. Se lo entregué a Micaela.

—¿Sabe que después del velorio entré a esta casa por primera vez? —ya sé que el director no lo sabe, sin embargo le pregunto.

—¿Cómo?

—Cuando el museo era palacio del virrey, el de la Nueva España. Cuando era un centro cultural, propiedad del Estado.

—Ahora es una concesión.

—¿Cada cuánto visita los jardines?

—Mañana tras mañana.

—Detesto el flamboyán que plantaron al lado de la fuente.

—No fuimos nosotros.

—Lo detesto pero me rehúso a perderlo. A no verlo.

El pobre está tan acostumbrado a justificarse que lo hace frente a un ladrón. Seguro así son todos sus días, administrando culpas para guardar su empleo, para hacer quedar bien a un superior cuando el superior de los dos hierve en cóleras por los errores de los puestos más bajos. Tal vez de esa forma es que mantiene su adulterio, también la cuenta de banco a la que ni mujer ni secretaria, o demás amantes, tienen acceso. Disculpándose por lo que a él no le toca, pero sobre todo, por lo que sí. Por los espejos que dejarían ver quién es en realidad.

Ya sé que el flamboyán estaba ahí desde hace tiempo.

Vi al árbol cuando la tía de Micaela se encargó de su hermana y para alejarnos de los espacios de la muerte, recorrimos calles y avenidas hasta el ocaso, cuando decidimos sentarnos a descansar un poco y no quisimos volver a los juegos del barrio. Los cafés estaban llenos y los que no, mantenían el ruido que pueden hacer unas cuantas mesas. Tres comensales gritan más fuerte que cuarenta, porque al ser multitud no tienen a otros que los rodeen y callen sus excesos. La soledad reclama instantes, es un lugar, es una situación, es un sentimiento. Entramos a la casa virreinal, ahí no había nadie. El cuidador era un viejo que debió morir hace mucho, hijo de otro cuidador que le heredó el empleo.

—Asumo que usted no sabe nada de ellos.

—¿De los cuidadores?

¡Claro, de los cuidadores! De qué creerá que estoy hablando.

El director y su levantar de hombros.

Al vigilante no le importó vernos, tampoco reparó en los ojos

hinchados, las lágrimas humedeciendo los cachetes de Micaela, nuestras manos agarradas por la desconfianza del mundo que se le iba a ella. Nos sentamos al borde de la fuente. Se quitó los aretes, se puso los de su madre. Se colocó el anillo.

—Sebastián sabe que yo lo tengo —me dijo. Mi sorpresa. El disimulo.

—¿Desde cuándo? —en mi voz, algo de temor, algo de enojo.

—Se lo quise dar antes de llegar a tu casa, cuando tus padres peleaban. Me lo entregó de vuelta.

Venga, Simón. Cuéntale que fue él quien la embarazó, no el de la fiesta. Que lo siguió viendo por semanas, quizá meses. Los que pareció perdonarte por lo que no habías hecho y al mismo tiempo mantenía su rencor por la incapacidad de aceptar su prejuicio. Dile al director que Sebastián le entregó el anillo de regreso, de inmediato, a cambio de los favores que todos deseábamos. Ya es tuyo, le dijo colocándoselo en el dedo que llevó entre sus piernas. Ella estaba bajo el marco de su puerta. Cualquiera que pasara pudo verle y verla. Permuta por mantener la idea de que yo lo había robado, para que en la humillación de su error no me volviera a embarrar la cabeza contra el piso y emparejara la deformidad que hoy cargo y no me deja usar sombrero o gorra alguna.

—Tú eliges con qué historia te quedas —me dijo Micaela al ver las muecas que me provocaron sus confesiones y tomaron un camino extraño para, tal vez, evitar un daño que provocó otro que tuve que ocultar. A causa de las mismas virtudes, ignoré y olvidé sus lealtades, cada que la vi despertar en las mañanas que siguieron a esa tarde.

—¿Qué edad tenía?

Claro, debiste suponerlo. Le llama más la historia de Sebastián metiéndose en las piernas de una niña. A muchos les pasa igual. Si tan sólo se admitiera, si dejáramos de creer que las perversiones son sólo de los malos. ¿Pero quiénes son los malos? No le daré el gusto de contarle sobre los lugares comunes, no le diré que Micaela jamás dejó de caminar dando saltos y no le gustaba dejar el uniforme escolar para ponerse pantalones. En un mundo de niños jugando a ser hombres, el plisado marcaba su poder sobre nosotros. Sus piernas se alargaron en pocos años y las faldas no cambiaron, se hicieron cortas hasta que necesitó cambiar las calcetas por unas más largas, ya eran medias, le acentuaron los muslos y dejaron adivinar la parte interna.

—Su amiga, Micaela. ¿Qué edad? —insiste. Se ha metido en la historia. Es un espectador del pasado, al menos de lo que más le interesa, o de lo único que hasta ahora lo ha hecho.

Lo peor de nosotros es que con poco conocernos, sabemos cómo reaccionaremos, como lo harán los otros.

Los objetos y las obras que se encuentran allá afuera deberían mostrar las virtudes de una especie llena de singulares, de casos únicos capaces de representar lo menor y lo mayor del individuo. Lo único. Pero casi siempre somos iguales luchando por no serlo. Es vergonzoso decir ciertas cosas. Somos fáciles. Hay un punto en que la verdad y la mentira se parecen, ahí cuando salen de la boca y alguien las escucha sin reconocer cuál es una y cuál es otra. Lo cierto no está en el relato, sino en todos los abalorios que lo rodean. El maleante que en un juzgado convence de su inocencia, en realidad jamás probó que no era culpable de lo que se le acusó. Construyó una realidad alrededor de su falta, tan convincente, que su versión no tenía más que ser cierta. De eso se tratan las coartadas.

Vas bien, Simón.

Simón, detente. He llegado a un punto en que ya no quiero seguir usando a Micaela. No después de lo que eres incapaz de nombrar.

Hazlo, su morbo sirve. Una última ocasión.

Espera mi respuesta, por primera vez, ávido e impaciente.

Es la coartada con la que se disiparán las dudas que arroja mi presencia. Si Micaela es verdadera, si los detalles que he narrado se vislubran en su cabeza, no habrá razón para que al final de la historia el anillo de la exhibición no sea mío.

Éste es el momento. Dile, Simón. Muéstraselo.

Su mirada no se dirigirá a mi cara, tampoco prestará más atención a sus pertenencias. Se levantará unos centímetros, estirando el cuello para adivinar lo que busco en el bolsillo interior de la chamarra. El sujetador de mi pluma se puede asomar pendenciero. Recordará que él tiene una parecida. Fuente, de la misma marca. Francesa.

Fingiendo que se quiere acariciar la barba levantará sus manos, rozará con la izquierda el bolsillo de su camisa. Es de los que se guardan ahí cigarros, lápices y claro, una pluma fuente con el punto de oro a punto de caer al suelo cada que se agacha para observar unas pantorrillas.

En cierta forma, vive agachado.

Está convencido que el punto de oro en la fuente es menester de clase, no de escritura. En el metal ve una joya y se molesta cuando el poco uso que le da no le permite firmar deprisa y desgarra las fibras de los papeles. Ignora que la punta se achata por la práctica que en el desgaste tiene una huella más única que la que imprimen sus dedos, manchados cada que su falta de experiencia le llena de tinta las

falanges.

—Deje de buscarla, su pluma sigue a su lado. Es más gruesa que la mía. No se apure —le digo con sutil malicia.

—Disculpe —ahí está de nuevo. Justificándose.

—Uso tinta gris o morada. Supongo que usted prefiere la negra.

—Sí, claro… Es lo normal en documentos formales. ¿Cómo sabe…?

—Vi su firma en el escritorio de su secretaria. Intente presionar menos la pluma, con el tiempo su escritura se hará más suave.

Se ha sentido incómodo. La imagen de una niña y su blusa trasparente se diluye.

—Dieciséis años, la primera vez. Cuatro antes de su confesión, de la muerte de su madre.

Quiere ocultar su sonrisa. La satisfacción de imaginar las medias de algodón cerca de la rodilla. Se incorpora. De volverse a justificar, argumentará que su interés obedece a la protección de una menor que evocará en cuanto esté solo y sentado en un escusado con los pantalones a la rodilla.

—Quizá quiera ver esto —lo hiciste, Simón. Has puesto el anillo de Antioquía sobre la mesa. ¡Un segundo anillo!, replica perfecta—. Será familiar para usted —le afirmas.

—Es una copia —asevera con mala cara, entona en forma de pregunta.

Se ha echado un paso para atrás. No sabe si descolgar el saco de su perchero. Mira, Simón. Es un saco, no la chaqueta que imaginabas.

—Es una copia, por supuesto. Del mismo oro, tan original como el otro.

Querrá tomar el teléfono, llamar a la sala. Pedir que todos los guardias rodeen la vitrina. No sabe cómo dividirlos sin sonar la alarma y hacer que unos cuantos vengan con nosotros. Le dicen sudor frío, pero su temperatura siempre es la misma. Cálida. Lo que escurre por su frente es sudor seco. Es la falta de aire que cierra su garganta. Es la secretaria a quien no encuentra de qué culpar. Son las múltiples llamadas a sus jefes, a los socios de sus jefes. Al otro museo para preguntar sobre la existencia de otra pieza idéntica sobre la que ignora si debe preocuparse. Es hacerlo sentir lo mismo que yo sentí ese día, cuando Micaela se metió la mano a los bolsillos y la tela tomó la forma del anillo.

Es la imposibilidad de dudar de sí mismo. Sus certezas son frágiles porque no eran de él, se las dijeron.

—¿Podía imaginar una copia tan bien hecha?

Es la respiración nasal, el aire caliente que le hincha las fosas y

susurra por encima de su boca. Áspero, largo, agitado. Grave. A nadie le gustan las sorpresas. A veces, pocas, la satisfacción llega cuando el asombro se disipa en un resultado bondadoso.

Quiere ver su catálogo, hojear las páginas para encontrar una foto más clara que la que imprime su corta memoria. La memoria larga siempre está hecha de palabras. Sabe que no debe estirar el brazo para alcanzar el libro.

Ya ni recuerda cuántos años son los que duró Bizancio.

—Página tres y también la ciento treinta y cinco. La veinte si toma el folleto. Podrá ver que es el mismo —mi voz es complaciente, casi comprensiva. Como la de una madre buena que quiere consentir a su hijo. Se siente vulnerable.

—Mire bien la foto —eres condescendiente.

—Se parecen —me lo pregunta sin interrogarme.

—La muesca en la parte baja. Pequeña, para no causar mayor daño. Veintidós quilates, como lo acostumbran fundir del otro lado del mundo —el miedo tiene cara de hombre, no me había dado cuenta. Quizá por eso la duda muestra rostro de mujer.

—¿De dónde sacó ese anillo?

—Ya le he contado la historia. ¿Quiere un poco de ginebra?

Tiene ganas pero preferirá la seguridad de su secretaria. La cara amable que le recuerda día con día que su vida sigue corriendo sin tropiezos.

No trata de ocultar su urgencia. Toma el teléfono.

—Por favor llame a seguridad y pida que revisen la galería. Necesito un reporte de inmediato. In-me-di-a-to —repite. Detesto a los que hablan dividiendo sílabas que no siempre son las adecuadas. Reiteración pedante que no hace más que ponerle guiones a lo inseparable.

Qué haremos mientras la espera. ¿Nos veremos a los ojos? Él lo hará a mi frente. Sus razones son enormes. ¿Volteo al punto de la mesa donde puse el anillo? Las miradas son las mejores mentirosas. ¿Intentaremos que el tiempo pase rápido a pesar de que los segundos siempre duran lo mismo?

—Tómelo. Supongo que el otro no llegó a sus manos —el seguro debe prohibirlo.

Si lo tuvo se dará cuenta que pesan igual, que brillan igual de opaco. Lo primero que verá es la muesca. Lo seguirá haciendo hasta el toquido en la puerta. Él no sabe qué es lo que espero. Yo tampoco sabía qué esperar. Sólo las mentiras menos articuladas creen anticipar los instantes de verdad.

Toc, toc. Los sonidos son pausas dentro de la vida.

—Todo en orden, señor Director. Sin novedades.

Se sorprende. Habría preferido, dentro de todo, que el anuncio de la secretaria le indicara otra cosa. Su respuesta es la confirmación de la incertidumbre. Es difícil reaccionar frente a la confirmación de lo inconfirmable.

—Gracias. Cierre la puerta.

Guarda el aliento unos instantes. Se ha calmado. Temió que le estuviera mostrando su propia pieza. O, tal vez, esperaba que sí fuera ella. ¿Qué habría tenido un efecto más evidente?, ¿que la mentira fuera verdad o que la verdad fuera mentira?

—Tengo que felicitarlo. Es impecable.

—Lo agradezco.

—Podría engañar a cualquiera —te halaga.

—¿Soy un cualquiera, señor Director? —me defiendo por anticipado.

—¿Cómo lo hizo?

No hay respuesta que lo complazca. Ante lo que se ignora, lo mejor siempre es suponer algún tipo de certeza. Por eso la muerte, al final, puede ser reconfortante. Presta seguridades que nunca antes tuvimos, cuando ignorábamos qué era morir, como cuando ignoramos qué esperar.

—Mejor pregunte qué quiero hacer con él. Se lo había dicho. Antes de perderlo, perdí a Micaela.

VI. ¿Cómo se construye la verdad?

Simón, lo sabes. La verdad se construye con un puñado de mentiras.

No es lo mismo decir una mentira que construir verdades. Un profesional jamás contará las cosas como si se tratara de una novela mala. Cuántas te evitó leer Micaela. Asomos a los eventos no son lo que sucede en su interior, una secuencia de ellos tampoco forma una historia. ¿Qué de los grandes momentos ocurrió como nos los cuentan? Todo relato es sólo parte, es lo que cree que pasó quien lo cuenta. El verdadero mentiroso no dice una mentira. Afirma falsos que se harán verdades; en su certeza las vende por auténticas. Cada palabra de su boca se comportará como una verdad, porque las palabras se comportan.

Tu trabajo es jugar con la imaginación. Simón, juega con ella.

El director del museo espera que sigas hablando. Un momento, déjame pensar un poco más.

Simón, viejo Simón. Tú no improvisas. Hasta tus dudas eran parte de un plan.

Si uno presta algo de atención a eso que decimos sin que sea cierto, podemos darnos cuenta que no hay instante falso, al menos en nuestra cabeza. Para que la oración de una mentira funcione y las frases sean eficaces, cada ingrediente necesita ser dueño de una realidad más posible que lo que aceptamos real. Si algo falla, si una sola de las palabras que se usan para mentir no va con el todo de lo narrado, las intenciones caerán como castillo de cartas.

Simón, recuerda, siempre tu realidad.

—Usted, señor, me ayudará a cambiar el anillo falso por el verdadero. Vamos, permitirme revelar lo que sé de usted lo dejaría muy mal parado.

—¿Me está chantajeado? ¡Greta! —Mal grita.

Se desgasta inútilmente, respondería más rápido si la llamara por el teléfono.

—Cuando venga, pídale algo de comer. Si es tan amable. No se equivoque. Me encantaría que usted lo cambiara por decisión propia. Ignora lo que sé de su vida. Déjeme decirlo antes de llamar a la policía. Si al terminar lo sigo ofendiendo, ofrezco irme de su oficina o,

si lo hace feliz, darle la oportunidad de mandarme a la cárcel.

—Señor Ferré, ¡tome su anillo y márchese!

—Admitirá que mi propuesta es muy extraña.

—¿Quién se cree? —te reta.

—Aún le falta parte de mi historia —ofreces.

—Me amenazaba con contar la mía —cede.

—A su tiempo. Olvide lo que le dije. ¿Recuerda dónde me había quedado? —se lo pregunto endulzando mi voz. Domesticándolo.

—¿Su novia? —responde queriendo bufar.

—No tenga prisa por creerlo todo —lo tranquiliza tu tono. Calmo. Pero tiene prisa. Es la disculpa de la modernidad.

Se sabe bien, los tiempos de espera son tormentosos. Qué pasa por las cabezas de los pacientes mientras aguardan un diagnóstico en la sala de un médico, qué sufren las madres de hijos que acaban de presentar su examen de ingreso a una nueva escuela. Qué se piensa durante segundos que tardan las pruebas de embarazo en cambiar de color.

Simón, míralo. Ve, le tiembla el labio. Su enojo lo hace salivar y tragársela. No es de los que sudan. Lo agradezco. Detestaría ver sus emociones transpirar por su camisa, teñir las costuras que trabajan como surcos a la hora del riego. Contiene su desesperación bajo la lengua, pasa por su garganta y respira de nueva cuenta. Ya en la noche su páncreas le causará estragos. Los fluidos del nerviosismo son discretos hasta que purgan condena.

Podría alargar los detalles para desarmar su impaciencia. Darle vueltas a cualquier tema con tal de llevarlo al límite de su cordura. Nada vuelve más locos a los hombres que las dudas. Rellenamos los vacíos con adornos lógicos, a veces dan sentido a lo que no lo tiene, otras no tanto. Quizá, si le empiezo a hablar del museo en los viejos tiempos llegue a distraerse un poco. Será mínimo.

Inténtalo, Simón.

Espera. De la nada, en medio de un hecho distante, puede que la traiga de vuelta, a Micaela, para que con ella venga el anillo que está frente a nosotros y también está allá afuera.

Cuál de los sujetos de su morbosidad podrá más. Cuál sabrá meterse mejor en los recovecos de sus anticipaciones. El anillo que ve doble o una mujer que no conoce. ¿Qué le interesará más? Los cimientos de la racionalidad le inclinarán al primero. Incluso él tiene algo de ello. Incluso el más salvaje, el más desproporcionado egoísta o el individuo menos preparado o más preparado, pero contaminado por sus atmósferas, guarda una pizca de sensatez escondida entre los

desplantes que han hecho de éste el mundo que todo pesimista detesta.

Tomaré el anillo, lo colocaré en mi índice. Se quedará en la primera falange. Mis dedos son gruesos. ¿Más que los del señor de Antioquía?

Sí, Simón. Hazlo.

—Si se da cuenta, si presta atención a todo lo que le he dicho, verá que en ningún momento le dije que este anillo es el verdadero, pero lo es. —Se lo digo con serenidad. Su mente trata de recapitular los minutos y escuchar en reversa lo que dio por sentado. Lo que hice que diera por sentado. Lo que le estoy cambiando.

La primera falla del mentiroso es dar por hecho que el otro le está creyendo, cuando en realidad tiene que obligarlo a no hacerlo. Por un instante.

¿Qué tan rápido hervirán sus entrañas? Cada uno tiene su propio tiempo. Están los de mecha corta, que a las primeras de cambio ya se han enfurecido sin siquiera darse cuenta por qué lo están haciendo, o que ni siquiera lo deberían intentar. También están los pausados de espíritu, lentos buscando refugiar candelas en la tapa de sus emociones. Quizás ellos sean los más peligrosos.

No, Simón, él no parece uno de esos. ¿De cuáles? De los que explotan como macho alcoholizado que, enfurecido, agarra a golpes a sus mejores amigos en defensa de una mirada fea.

—¿Cuál es su juego, señor Ferré?

Listo. Me ha dicho, señor. Su voz es perversa. Ahora.

Pienso, como todo lo que antes he pensado, para mis adentros, que toda palabra que transita entre los oídos es dicha para uno mismo y no existe la posibilidad de que alguien piense para afuera. Eso es diálogo o monólogo, si es que no se tiene a nadie delante de uno y ni siquiera el espejo se encuentra suficientemente limpio como para tener un interlocutor decente.

Su pregunta guarda algo de enojo, de impotencia. Muchas veces van juntas. Espera que le cuente algo simple y tan llano que no le quepan espacios en blanco. Una simple respuesta es lo que casi todos queremos. No pensamos que la sencillez tiende a ocultar paradojas de profundidades inauditas y, claro, más atractivas. Su furia terminará en desasosiego en cuanto le diga que ese anillo se encontró en el mismo lugar por cuatro años. Por cuatro años y unos meses. Hasta que ella me confesó que Sebastián sabía que lo tenía.

Cuatro años, Simón. No es poca cosa. Calan y ya pasaron treinta.

Yo ignoré todo ese tiempo que el gañán del barrio evitó el velorio

de la madre para no verme. No sólo a mí, sino a mí y al anillo, y también a Micaela y a su madre con la joya puesta. Él ya no le metía sus manos desde hacía mucho pero esa tarde abajo del árbol, el pasado apareció tan presente como un tiempo que no sabe conjugarse.

¿Cómo reaccionaría cualquiera ante el descubrimiento de un engaño? Tal vez como tú, Simón.

No fue engaño. Llevas tanto dándole vueltas. No tenía compromiso que faltar.

¿La amistad?

¿Cómo reaccionar ante un engaño que nos mantuvo a salvo por meses?

A ti. Te mantuvo a salvo a ti. A ella le fue mal. Por eso estás aquí.

De qué lado se pondrá el director del museo si le cuento que cada tres noches, Sebastián tocó la puerta de Micaela para que su madre lo dejara entrar al cuarto donde se encerraban por horas. Tal vez se excite cuando le diga que mientras la desnudaba, le contaba lo que ya no me haría. Enumeraba cuántos golpes no me daría, cuánta sangre me ahorraba. Gracias a ella.

Cada noche, Micaela celebró sus triunfos, que no eran pocos, al menos para mí que no sabía qué sucedía y de la que me libraba. Y Sebastián celebraba que la tenía, aunque no lo hiciera en el sentido de posesión de los románticos o los más humanos, que saben qué es y de qué se trata, tenerse uno a otro en asuntos de pareja. Y ella celebraba que tenía un anillo que pese a su costo era bonito y, al mismo tiempo, era un seguro de algo más grande que los meses fueron proveyendo.

Sebastián se enamoraba.

Y yo celebraba en mi tranquilidad, porque nadie me golpeó como él me golpeó ese día que aún muestro con mi protuberancia en la frente. Celebraba como celebramos todos cuando hay asuntos de poder, de dinero, de amor, de gloria o supervivencia.

—Vamos, director. No se acongoje. Si quiere me voy y le dejo el anillo.

Toc, toc. El golpe en la puerta.

Celebro yo. Adivino, antes de que responda con un: adelante, que mi té por fin ha llegado. No seré feliz, pero estaré contento. Él estará feliz, por unos segundos, al saber una cara amigable.

Toc, toc.

Levantará la mano, jalando los dedos en el aire en señal de buen camino. Nadie más que yo puede verlo y el ademán no me tiene de remitente. Trae cabeza baja, se ha cansado. Empieza a despeinarse. Con la otra palma, la que no indica la entrada, intentará acomodarse

el fleco. Se pondrá de pie para repetir el movimiento. Se acerca el medio día, su estómago lo reclama. La luz ha cambiado, el sol ya no brinda los destellos de antes. Se quitará las mancuernillas para arremangarse la camisa, se ven pardas. Su sudor se enfriará con el aire.

—Adelante.

Es la secretaria.

Para poder entrar con una charola en las manos, la mujer utilizará su espalda. Girará sobre sí misma tras darle vuelta al picaporte. Abrirá sus hombros, se arqueará un poco. Recargará el brazo derecho para impulsarse. En cualquier otro momento habría sido sugestivo. El director no tiene la mente tan clara como para evitar distraerse. Son demasiados los eventos de su mañana. La cadera le recuerda el respeto que le debe. Una presencia que llama a la conciencia.

—Verde, ¿cierto? —Dice ella sin entonación.

Todavía no le vemos la cara. Tampoco la sonrisa que evidencia su lengua, siempre afuera de los labios y entre los dientes. La saca al concentrarse en acciones físicas y coordinadas. Buscar su gafete en el bolso, emplear un aparato nuevo, cargar un objeto sin derramar lo que trae encima. Él conoce esa expresión mejor que nadie, lo lleva a lugares poco confesables. Manifestaciones físicas que a menudo tiene que ocultar cruzando las piernas. Ya vendrá una becaria, a la que le pondrá el rostro de la mueca. Por lo pronto, su nuca se parece a otras.

—Sí, gracias.

Es curioso, el tiempo pasa a mayor velocidad en nuestras cabezas. Transcurre al ritmo de los sueños. Dos minutos dormidos pueden contener historias tan largas como una aventura épica, llena de detalles que pedirían una eternidad para ser compartidas, o mil páginas para ser leídas. Micaela leía de todo, y yo la dibujaba cuando lo hacía. Mientras da la vuelta para servir la taza sobre la mesa, el director ojea a su cafetera. No me dejará beber solo. Su garganta está ansiosa.

—Con una de azúcar. —Afirma. Su amabilidad no está exenta de asperezas. Sigue sin saber quién soy o cómo llegué a esa silla, dentro de ese cuarto que ella vigila y en su caución, una mirada.

Ha visto el anillo.

—Eso es todo, Greta.

Le llamó por su nombre y olvidó mis alimentos.

Nunca lo hace a menos que se sienta vulnerable. Imagino.

—Puede sacar su botella. —Se refiere al ánfora. La saco y se la muestro.

—Me la dio antes de morir, claro. Fue un regalo de Micaela. —Intento acercársela.

—Usted disculpe. Lo siento. No sabía…

—No se apure. De alguna forma, ya se lo había dicho.

La suya es una petición para invitarme a que le comparta. Primero él, luego yo. Que de hombres supuestamente decentes son las mínimas cortesías.

—Usted diga qué tanto.

Su palma indica cuando es suficiente. Menos de lo que esperaba. Ya se ha relajado sin embargo, levanta la cara para comprobar que no se ha tirado nada. Lo sacan de quicio las tazas sucias. En más de un restorán le ha devuelto al mesero su café por derramar en el plato.

Tal vez sea de esas cosas que uno se dice tanto, que algo de ellas cambió con el paso de las repeticiones. ¿Qué debí hacer con las verdades de Micaela?

La posesión del anillo le otorgó a Sebastián cierta disponibilidad. ¿Qué habría pasado si esa misma noche, al regresar de este museo, él se hubiera aparecido en su puerta para consolarla por la muerte de su madre?

Tú habrías estado con ella.

¿Y si no?

—Bajo el flamboyán que usted conserva, pensé las peores cosas.

Vamos, Simón. No es momento de encogerse. Ya pasó tiempo y la culpa es asunto de complejos. Lo de hoy es sólo intrincado. Venga, recuerda y dile que con el anillo entre sus dedos, imaginaste y sufriste. Las proyecciones de la imaginación se sufren y pesan. Saca el pecho, Simón. Construiste las voces y las voces hirieron. Imaginaste y sufriste el enamoramiento del otro, que la quería a ella y tú, te convertiste en el que no estaba con ellos cuando se veían y eran uno, y estaban juntos.

Simón, sabes que jamás coincidieron en su boca.

Cuando él la veía, ella lo distanciaba porque quería que fueras tú. Para que eso pasara y no te matara o agarrara de mazo o hiciera contigo uno, ella debía ser del otro.

—Sebastián se enamoró —le dices sabiendo que tu comentario sonará fuera de lugar. Pero no.

Confiesa, ahora tú, Simón. Confiesa que había más joyas de Antioquía, por si al principio sus oídos no registraron nada del relicario con la cruz de Cristo. Del dije con turquesa, del anillo de compromiso y su rosa de diamantes. Más de veinte piedras pequeñas protegiendo a una más grande, al centro. Rocas cortadas de tal forma

que ningún valuador les pudo dar precio. Te contó Micaela. Hasta que las vendiste. El oro de todas era de los mismos quilates. Veintidós, como se acostumbra en lo más viejo del viejo mundo. Como lo hacían en los años de Bizancio. El anillo de diamantes, forjado en una ornamenta de dos picos. Otro toro, más discreto.

—Una a una, Sebastián se las fue dando. Cada joya a cambio de un beso, de una caricia. A cambio de aguantar su peso, a cambio de no volver a golpearme.

Escucha viéndote la frente. No dirá nada. Su asco es suficiente.

No es asco, Simón. Es cosa natural. Una reacción inmediata. Por favor, ¿acaso le viste el pecho a la secretaria pensando en la cama? No todas la miradas tienen intenciones, a veces son mero mal gusto.

El mal gusto es intencionado.

Tal vez, tal vez…

Pero no es sencillo, Simón, que le digas todo. Que saques lo que tienes guardado. Los creyentes van al confesionario en búsqueda de la felicidad, aunque no la acepten porque su religión se las niega. Qué felicidad conseguirás tú, Simón, si le dices al director que esa tarde, después de ver a su madre muerta y también verla viva, no hiciste nada más que abrazarla.

Esa tarde supiste que de niño fuiste su amigo y estrechaste la mano de quien la había humillado, y mientras la tenías apretada viste de reojo su mano adornada con el toro, con la luna de cuernos y las estrellas. El anillo de Antioquía. Qué honor te hizo levantarte de la jardinera ese día para ir de regreso, tomándola del hombro. Con cuál temple saliste de ese jardín que ahora tú y el director tienen fuera, con el piso tapizado de hojas de colores. Es la temporada de que caigan. Las flores del flamboyán ensucian el suelo con la hojarasca.

—Para que no le venga de sorpresa. Yo maté a Micaela.

Observa su cara descomponerse, guarda silencio para atestiguar cómo la gente no sabe qué hacer frente a la muerte.

Nadie le ha hecho confesiones de esa envergadura, de amplitud mayor a las alas de un pelicano. De un zopilote de los que vuelan sobre las carreteras al caer un animal muerto sobre el pavimento. Testimonio de un acto inconfesable.

—¿Qué quiere, señor Ferré? —ruge con desencanto.

—Ella hizo tanto por mí que terminé exprimiéndola. ¿Ha visto cuando a las frutas ya no les queda más jugo?

—Vaya metáfora la suya. Creí que hablaba en serio.

El hombre me cree, aunque su desconfianza es serena.

—No he venido a bromearle.

Es curioso cómo funcionan las palabras, se hacen verdades en el momento en que el otro las interpreta e imagina lo que escuchó.

Simón, para él es tan probable que la hayas matado como que el anillo sea falso. Durante un instante, se quedó petrificado.

El director apreciará alguna palabra amable, cualquier cosa que lo lleve a una respuesta. No, Simón, sólo apreciará tu ausencia. Has venido a interrumpirle el día, a despertarle una curiosidad que no necesitaba.

¿En verdad será curioso?, ¿no es morbo?

La curiosidad es una emoción humana. El tipo llevaba tiempo sin darse cuenta que no era una máquina. Benditos sean los perros y los gatos, que jamás tienen que recordar de qué están hechos y para qué están en este mundo.

—Señor Alcázar, ¿puedo llamarle por su nombre? —le pregunto, por primera vez, dirigiéndome con una voz fraterna.

—Por supuesto —en sus manos está la muletilla de darles giro. Para ceder el paso, gira la muñeca. Para dejar que otro continúe hablando, hace lo mismo.

—Tiene un nombre apropiado para dirigir un lugar de estos, ¿se ha dado cuenta?

Responde con los ojos, se ha sentido halagado.

—Me ha preguntado quién soy —le doy lugar a su pregunta.

—Merezco saberlo.

—Soy un hombre que quiere terminar su vida haciendo algún bien.

—¿Con su anillo? Me chantajea. Da la impresión que está buscando un robo.

—Con el recuerdo de Micaela.

Recarga la espalda, Simón. Todo esto pesa. Estira tu cuello para un lado, para el otro. Hasta que truenen los huesos y las vértebras se acomoden. La tensión de los músculos las ha sacado de eje. Apretadas sobre sí mismas, la garganta ya no puede respirar. Tan tiesa está tu cabeza, la sangre ya no sube al oído. A él, lo escuchas a distancia. Su voz es de un eco que no tuvo origen, son las ondas repitiendo lo que jamás existió. Acomódate en la silla, el brazo a un costado. La sangre es mínima, al oído le falta y tu equilibrio se quiebra.

Ah, el tronido.

¿Qué le quieres hacer a su recuerdo?

Quieres que te perdone.

Quieres que olvide que no supiste qué hacer cuando te enteraste que Sebastián se enamoró y sintió tanto amor que perdió el control y por el temor a perderla creyó que amenazarte no era suficiente para

tenerla cerca. Ni tu vida valía tanto. Si ella ya no lo aguantaba te haría a un lado. Si ella dejaba de amarte, él dejaría de tenerla. El cariño es frágil. Un regalo, dos regalos. ¿Con cuántos se compra el alma? Cada noche que disminuía el efecto de la fuerza, probó retenerla con nuevas maniobras. Qué cruel es el cariño que puede conquistarse a punta de abusos. Les pasó a ellos dos, me pasó con ella. Me pasó con todas las mujeres que sostuvieron mis brazos. Fueron pocas pero pocas son muchas. Una humillación, dos humillaciones. Un *te amo*, más sincero. Ese es el efecto del maltrato. Y cuando parecía que ya no había acrobacia que ocasionara más dolor, él le susurró al oído: este dije es tuyo. Le colocó la cadena en el cuello, abrió el seguro y después lo soltó con sutileza.

¿Cuántas joyas de Antioquía no vimos la tarde del robo?

Todas las que le puso encima.

Durante medio año, Micaela fue haciéndose de abalorios suficientes para conquistar una isla llena de indígenas. Pero las amenazas y los regalos tampoco eran suficientes.

La tarde que permanecimos bajo el flamboyán, ella te mostró la cara con que lo aguantó mientras le hizo apretar el relicario con el pedazo de cruz entre los dientes. El oro es blando. Sus incisivos quedaron marcados. El metal ya no importaba. Probó el sabor a tierra que tiene la madera después de dos mil años. El tiempo sabe a mierda. No le digas, Simón, al director, que por eso la gente como él lo desprecia. Lo desprecian todos. Los niños, las señoras, los maestros de escuela que aquí pagan su entrada en paquete para pasearse entre vitrinas. Si en verdad conocieran para qué se usaron las armas y los artefactos que se exhiben, si hubieran bebido la sangre derramada por ellos, admirarían de otra manera lo que ven sus ojos.

Se admira con la cabeza, la vista no cuenta.

Hubo un día, te dijo Micaela, en que Sebastián era ya tan poco del hombre violento al que temía, que le colocó el otro anillo en la mano. El de la rosa de diamantes. Le quedó grande, ella todavía tenía esa mano de niña que no está hecha para agarrar lo que no le toca. Pudor del bueno. Le llevó la mano a la pared y apretando sus garras redujo la talla de la joya. Su anular seguía dentro. Rosa, morado, rojo. Luego lo rompió y se lo quitó con calma.

Todo para que él no me volviera a hacer daño. Qué sentido tenía, yo ya estaba lo deforme que hoy veo en el espejo.

—Del resto de las joyas, ¿también tiene un duplicado? —me pregunta. Le salió una sonrisa. Ha dejado de creerme.

—Las tiene usted enfrente.

Eso, levántese. ¡Voltee a su ventana! Abra la cortina. Ese es el árbol. ¿Hasta ahora se le ha ocurrido asomar las narices?, ¿qué estuvo pensando todo este tiempo? ¿Tanto me tardé en hacerlo dudar de unas cosas y convencerlo de otras? Celebro, señor Alcázar, que lo haga. Sonrío mientras tomo un sorbo de mi té, por fin usted se ha atrevido a cuestionarme algo. Le conté de mi infancia, que no fue la más alegre. Vio cómo la luz de sus mancuernas fue dándole nuevos volúmenes a mi frente monstruosa. ¿Habrá creído que adentro hay más cerebro?, ¿quizá sólo agua? ¿Tal vez un segundo céfalo del que salen las ideas de presentarme en su oficina para obligarlo a entregarme un anillo que tiene cientos de años? Muestre más dudas, no del objeto. De él ya tiene suficientes pruebas de que le estoy mintiendo. Qué le ha despertado saber de mis amores, qué le ha incitado la mujer que era una niña cuando un patán limpió sus zapatos con mi cabeza. Le metió la mano, ¡y el anillo! Ya me había preguntado si usted era un curioso. Séalo, por amor de las cosas que usted resguarda. Antes de girar a verme y antes de quitar su cara de anonadado, dígame algo interesante. O mejor, espete cualquier cosa que me obligue a guardarme las burradas o cambiarlas por una mención inteligente.

No me menosprecie, señor Alcázar. Sea digno de su castillo. No de éste, usted ya sabe que aquí no cuenta y es más prescindible que la becaria que empinó anoche para abrirle las piernas. Sea digno de su apellido, de su nombre, de lo único que en verdad es suyo hasta que la mala fortuna le haga conocer a un homónimo en un bar. Con él reirá en la fiesta de lo poco original. Ay, si tan sólo se hubiera dado cuenta que sus dudas tienden la alfombra para mi última estocada. Ay, si usted fuera un buen mentiroso en lugar de un títere al servicio de su banco, de los ladrones que lo emplean. De los verdaderos mentirosos. Si usted fuera un poco como ellos, sabría que la única forma que tengo para convencerlo es hacerlo dudar. Si me hubiera creído desde un principio, no sabría cómo diferenciar qué es falso.

—¿De dónde sacó ese anillo, señor Ferré?

Bravo, déjeme pararme para darle un abrazo. Para sentirlo, para que sienta mi agradecimiento y vulnerabilidad. Llamémonos por nuestros nombres, ¡al diablo los apellidos! No, Simón. Tampoco exageres.

—De los dedos de una muerta.

—¿De la madre de su amiga?

—No. Ya le había dicho: maté a Micaela.

Disfruta, Simón, mientras aún cree que tu confesión era un asunto figurado. Mientras asume mi culpa como una metáfora. Algo de razón

tiene su presunción. De esa forma mataste a tu madre. Se quitó la vida porque no podía hacer otra cosa. A ella la llevaste a la locura al comprar pistolas falsas. La sacaste de quicio cuando le robaste moneda tras moneda. Recuerda cómo esperabas a que entrara al baño para hurgar en su bolsa. Te hiciste un experto. ¿Qué hacen los niños? Juegan, ríen. Son felices, ese es su único trabajo. Tú fuiste feliz al cerrar su cartera. Al llevarte primero centavos, luego billetes. Más tarde fue un cheque. Celebraste cada vez que la observaste haciendo cuentas que no coincidían. Festejaste por ti y tus alegrías, nunca por ella ni sus miserias. Por tu salvación, no su desgracia. Ni que fueras una bestia. Jamás la ayudaste cuando empezó a apuntar cada gasto en una libreta y te salió el orgullo, todas las mañanas, cuando descubriste que como toda madre te amaba demasiado para creerte culpable. El día en que no tuvo más que reconocer al ladrón en su casa, ese en que le echó la culpa a tu padre y terminó corriéndolo, te sentiste frágil. Y a tu padre también le robaste. Menos. Él también era hábil pero un tanto débil. Traía su propia historia. También lo engañaste y le quitaste lo sano. Lo desesperaste cuando no le diste el menor control que un hombre necesita sobre sus hijos. Los usaste para alimentarte, quitándoles lo que era suyo. Más víbora que pájaro. Creciste como no deben crecer los hijos. Succionando las vidas de tus padres hasta que los mataste. Tu madre ya no tenía vida cuando su corazón dejó de latir. Tú te le habías ido, la habías abandonado. Hiciste del amor de tus padres, el fuerte en que se refugiaron tus maldades. Por eso estás aquí. Porque llegaste a tener instantes de bondad que te convencieron que no eras malo.

No era bondad, Simón. Era devoción.

Defendiste a tu madre de tu padre, te interpusiste por ella cuando él le gritó en tu defensa. Admiraste a tu padre cuando ella lo menospreciaba. Fuiste el temple de Micaela cuando ella se desvanecía. Le diste tanto de ti que la hiciste fuerte. Le diste fuerza. La hiciste única, como a todas. A las anónimas cuyo nombre confundes entre las demás. A todas les hiciste creer que amabas tanto que te amaron como a nadie y ni siquiera las recuerdas. Los sueños, la imaginación compartida. Prometiste viajes a las que nunca habían viajado, diste de comer a las que no sabían usar cubiertos. Hiciste flacas a las gordas que ansiaban dejar de serlo. Hermosas a las que no lo eran tanto. Con ninguna pasaste más de una noche. Le diste a cada uno de los que pasaron por tu vida eso que necesitaban para quererse tanto como te quisieron a ti. Hasta que los traicionaste. Porque, Simón, los traicionaste a todos. Ninguno desechó lo bueno que tenías, lo bueno

que fuiste con ellos. Se quedaron con eso, con lo mejor de ti, para resguardarse en el fuerte de tus amores y con esa defensa no entregarte ni cuestionar demasiado los porqués de tus acciones. Tampoco te olvidaron. Lo menos que te merecías. No te hicieron un mal paso en su existencia. Para eso están los ladronzuelos de mercado, los que uno decide dejar pasar al robarse una manzana de tu cesto. Los que son ínfimos y se asemejan a un guijarro en el camino. Todos a los que traicionaste, Simón, prefirieron guardar la imagen y palabras del amigo y compañero que un día les hizo bien, aunque se hubiera despedido haciendo mal.

—¿Dejó que el criminal la matara?

—Ella era extraordinaria…

—Eso parece —teme volver a preguntar, elude la respuesta. No fue difícil hacerlo cambiar de tema.

Te das cuenta, Simón. Es casi imposible hacerle creer a alguien lo que no pensaba ya, antes de preguntarte. Inténtalo al salir de este lugar. Detén a un desconocido; prueba con el guardia de gorra prestada, o con los estudiantes que flirtean a sus compañeras. Sal a la calle y dile a alguien que has matado. Ninguno te creerá. Correrán de miedo, atemorizados por lo que podrás hacerles, no por lo que ya hiciste. Diles a otros que les regalarás joyas, dinero. Se esfumarán más rápido. La gente huye de lo imprevisible. Cuando hay valor, buscan cómo llevarte a los terrenos donde compartirán algo. Si llueve, te hablarán del clima. En días de tráfico insufrible, lo mencionarán inaudito a pesar de estar en la misma avenida. En el museo, entre extraños, los diálogos recorrerán la vista. Los objetos. La historia que se acepta en conjunto, no la que un tipo confiesa, aunque sea verdadera.

—No he venido a contarle las cualidades de Micaela, aunque por ellas me encuentro aquí.

—¿Qué quiere de mí, señor Ferré? Ya me dijo su intención pero sabe que es ridícula.

—Su confianza, por supuesto. Qué más podría ser.

Tu franqueza le resulta incómoda. De ella, él sólo ha probado el tono. La empatía de una voz un tanto dulce, de una intención abierta que encierra el resumen de reflexiones añejas. Sin hacerlo, le estás diciendo que esperas a que el museo se vacíe para cambiar el anillo. Ni un empleado de más, apenas él, tú y los vigilantes de segundo nivel, encargados de la guardia nocturna. Guías, becarios, vendedoras y personal camino a su casa, tal vez llegando a ella, para que ningún despiste los haga regresar a las instalaciones por un olvido. No los

vayan a descubrir mientras ustedes salen de la oficina con las luces de exhibición apagadas y los focos de tránsito prendidos para que las labores de vigilancia sean más sencillas. Esa confianza te permitirá caminar tras de él rumbo a la entrada.

Anoche evaluaste sus posibles expresiones. Tal vez se encuentre abrumado, dando pasos cortos al revisar cada frase de la larga conversación que sostuvieron para asegurarse que no está cometiendo un error, y en verdad tiene que darte el beneficio de la duda que has implorado. Construido.

También admitiste la posibilidad de un enojo impotente. Del exabrupto tras la convicción de tus palabras o la duda sobre lo que se asoma indudable. El desgano como expresión de la necesidad de ponerle fin al mal rato, a la perturbación de lo auténtico al convertirlo en poco más que nada. ¿Qué queda de nosotros si ni siquiera lo que se cuenta en los museos es cierto?

Ya debe estar listo para saber cómo un anillo se hizo dos. Las versiones de todo. La dualidad de la memoria permite la existencia de interpretaciones y, ¿qué es lo que vivimos sino una interpretación del paso de quienes nos antecedieron para decirnos quiénes somos?

Ay, Micaela. Llevaban años sin repetirse las palabras que un día me dijiste y más, las que me dije a mí mismo para entender qué pasó durante años y cómo te las ingeniaste para adulterar la historia. Vamos, Simón. Cuenta sin vergüenza, ten aplomo. De moral sólo pueden hablar los villanos. ¿Cuál dilema cargan los santos?, ¿con qué autoridad los buenos se inmiscuyen en asuntos que jamás conocieron? Cuéntale al director, Simón, que bajo el flamboyán le pediste a Micaela, o le ordenaste, o le suplicaste en modo amable y piadoso, con piedad para ti antes que para ella, que le devolviera a Sebastián el anillo de Antioquía. Pero como todas las mujeres, Micaela era más astuta e inteligente que nosotros los hombres. Aquella devolución no iba a tener el significado que le exigía. Si bien habían pasado muchos años desde la última vez en que la embistió, el barrio tenía sus propios símbolos que para todos eran conocidos. Si acaso no, para el sujeto ajeno a esos códigos que la gente no compartía más que para ellos y jamás los comunicaba a quien no era necesario. El anillo y el derecho de pernada que de cierta manera no se perdía sin importar lo que hubiera sucedido, ni hace cuánto lo hubiera hecho. La letra escarlata, dadora del aviso que nadie ignoraba, incluso si el olvido brindara sus bondades. El rechazo y la devolución, que eran lo mismo, no representaba el regreso a aquellas prácticas como la sustitución de éstas por nuevos eventos que saciarían las veleidades del ladrón, que

para defenderse, podía agarrar el papel de justiciero, para hacerse a sí mismo justicia. Porque eso puede prestarse a un tema subjetivo y porque también era dueño de los secretos más inconfesables que se tenían en la calle de nuestra infancia. Si Micaela se acercaba a Sebastián para dárselo, se rompía el pacto nunca firmado pero bien entendido con el que sus encuentros eran íntimos y públicos a la vez. Al conservarlo, quedaba a resguardo del silencio y las conciencias, por fuerza personales, los detalles que no invadirían las conversaciones afuera de las recámaras y los chismorreos.

—¿Cuál es la mayor de sus culpas, señor Alcázar?

No te dirá nada, Simón. No tiene impulso o cuenta que darte. Puede que no sólo a ti sino tampoco a su mujer o hijos, ni a su secretaria o amantes transitorias. Lo amable de las culpas es que si uno es hábil, puede diluirlas entre memorias más ventajosas. ¡Levántese de nueva cuenta, señor Alcázar! Enséñeme su prisa, su hambre. Dígame que tiene una comida de negocios con sus amigos que actúan como dueños y, como le han dado el empleo, también pueden quitárselo. Ellos son los únicos a quienes responde. Las lealtades poseen costos, y si hay costos, hay quien paga y quien cobra. Los dos sabemos que no tiene la obligación de ir a ningún lado. ¿Qué cree?, que me he presentado aquí sin conocer su agenda y sus rutinas. Ninguna de mis suposiciones es supuesta. El oficio da las herramientas de la prudencia. De los imprevistos que dejan de serlo porque vengo preparado para informarle de sus andares, de sus flaquezas. Su hambre se mitiga con cualquier cosa, ya vendrán días de comidas opíparas en las que no contará de nosotros. Esta reunión nunca sucedió.

—Deje su saco, por favor. Pídale a su secretaria un plato de nueces para pasar el rato.

—¿Cómo se atreve? —replica sin elegir la palabra adecuada. Esto no es un atrevimiento, al menos no de la magnitud que todos mis anteriores. Ínfimo ante las canalladas, que si bien son menos graves para la historia, como lo es lo del anillo, son proclives a hacer más daño. Daño a los cercanos de usted, que me mira indignado.

—… con las joyas que le regaló Sebastián a Micaela, mandé hacer la réplica del anillo de Antioquía.

Su rostro de algarabía da ternura. El triunfo de la razón al encontrar un estrecho por donde las cosas cobran sentido. Ahí, su molestia y ánimo caldeado se torna desafiante. Está convencido, con todo y las posibles incertidumbres, que no hay posibilidad de error al asegurar, dentro de lo afirmable, que el anillo afuera de esta oficina es

el que estuvo a punto de reunificar la Iglesia.

—¿El suyo? —su certeza.

—El que le devolverá a los turcos.

Te pesa, Simón, algo bueno aún te queda, tener el valor que ella un día tuvo y ahora, y después de todos estos años, confesarle al que agarraste de confidente que para quedarte con la joya verdadera, Arturo Alberto me escuchó durante días y trabajamos juntos por meses. Le describí cada defecto para alimentar sus habilidades de artesano. Dibujé como nunca antes lo hice. Lápices y carboncillos en múltiples bocetos de la joya. Si tan sólo la hubiera dibujado a ella con ese cuidado. Dos hojas, tres hojas. Un cuaderno entero con imágenes hechas de grafito.

Lápiz, lapicero. A Micaela le gustaba decir palabras que se pronunciaban distinto pero significaban lo mismo en diferentes lugares. Lápiz, cinco letras.

Con el oro fundido de aquellas joyas, copiamos el anillo original. Descripción minuciosa que construyó con materiales verdaderos una pieza falsa. Una pieza, entonces, tan verdadera como la original; con el mismo oro, con sus mismas características, quilates y rasgos. Las cualidades del mineral no permiten datar diferencias. Su inamovilidad le enseñará al científico que se aplique, que los dos anillos parten de la misma época, de las mismas minas. El sello de Bohemundo, príncipe de Tarento, fundido en oro recaudado de las conquistas cristianas. Las otras joyas también. El anillo de Antioquía era prenda, también causa de deformidad, yo y mi frente. El anillo verdadero debía ser el pago por esta cosa que tengo arriba de la ceja. Venga, juzgue lo que usted llamará avaricia y puede que lo sea. No tengo el adjetivo correcto y desde ese día en que, gracias a ella, aprendí el valor de llamarle a las cosas por su nombre, a saber cómo se nombra cada una de las acciones, de los objetos de la vida; desde entonces, me he negado a usar la simpleza de una palabra para usar tantas como es posible.

—¿Quiere saber quién la mató, o prefiere que le diga cómo es que usted cambiará el anillo?

—Usted prefiere que no llame a la policía, señor Ferré.

VII. ¿Cuánto hemos perdido por haber hecho de la mentira con que vestimos la realidad, la vida misma?

Seguramente a él le ha pasado lo mismo que a ti, Simón. Nos sucede a todos, o al menos a muchos, más de los probables. ¡Señor director! Ande ¡señor Alcázar!, déjeme saber con quién estoy hablando, muestre si algo del segundo hombre al que llamo queda en el primero. Prefiero dirigirme a él, la historia dice, según quienes la cuentan, que es más atractivo convencer al tipo mundano que al sujeto en saco. Su corbata, su pluma, su secretaria y el automóvil que lo espera afuera, avisan de reglas tan básicas que cualquiera en su posición las comparte. Código de tribus, primates arreglados que saben tomar un baño. Quiero la aventura de enfrentarme al que no está hecho de mentiras, no por completo. Conmigo tengo suficiente y verme en su espejo sería de un esfuerzo flojo y letra de un guión predecible. Quiero, señor Alcázar, que sus intereses no ronden lo previsible, que recuerde los detalles más ínfimos de lo que le he contado para que en ellos, como si se tratara de algo más importante que una simple joya que pudo cambiar el rumbo de la historia, usted le busque lo cojo a mi pisada.

No me venga con preguntas de lo científico ni lo mecánico o lo químico, eso ya lo tengo resuelto, igual que lo físico. Se lo dije, los dos anillos están hechos del mismo oro. Si los junta en una bolsita, la cierra y después los saca sin precaución sobre un manto de tela, quizá terciopelo, será imposible que los identifique. De tener los dos juntos, ni con una investigación minuciosa averiguará algún detalle interesante, no importará cuán tenaz sea usted o si a la gente que conoce y le saluda cada mañana con el respeto que propina el miedo a perder el empleo, le da por hacer bien su trabajo; ya sabe, los antropólogos, forenses, biólogos, arqueólogos, taxidermistas, restauradores y no sé a quién más le permita contratar el presupuesto que su banco tiene destinado a este museo. Si usted se aventurara a hacer radiografías, tomografías o radioterapias, no encontrará al interior de una de las dos joyas ninguna sorpresa. Por fuera se ven idénticas y para los exámenes de carbono también lo son, porque el oro no es susceptible a tales procesos y tampoco lo son esos dos quilates del otro metal con el que fue mezclado para darle la dureza que usted desea mostrar y exhibe que le falta. Verá de qué le estoy

hablando, no sea impaciente. Dentro de ellos no habrá una piedra translucida: imagínese qué placentero sería un diamante encapsulado al interior, que le dé horas de estudio a sus subordinados de bata blanca o, aún mejor, a los del mismo uniforme en el museo de Estambul que recibirían gustosos un nuevo hallazgo sobre la pieza que le han rentado por módicos millones. Me encantaría, señor Alcázar, ponerlo a elegir cuál de los dos quiere. Informarle que a la copia le inserté los diamantes del segundo anillo que Sebastián le dio a Micaela. Con ellos comí por años, compré libros, pinceles, pliegos de lienzos y viajé a distintos museos. Nada me gustaría más que ofrecerle a cambio del anillo que está en la vitrina, uno para darle fama inmensa y prestarle algo de legitimidad a una profesión de la que ha sacado fortuna, a pesar de sólo aprovechar su gafete para rodearse de amigos con más dinero. Se me enchina la piel al soñar la frase en todos los periódicos de Europa: *Director de museo en México descubre diamante al interior del anillo de Antioquía*. La legendaria Antakya. Dentro de esa historia encerrada se forjarían nuevas leyendas, o tal vez se le daría sustento a las que ya existían pero desaparecieron olvidadas, como a usted le sucede cuando no recuerda ni atiende los detalles insignificantes de mi relato.

No pasará nada de eso. Señor Alcázar, en breve, le ofreceré cambiar el anillo para salvar su reputación. ¿Hay acaso un beneficio más grande? Evitarle el desempleo y su inevitable humillación, el divorcio, quizá el suicidio o la vergüenza de su hija. Ni quiero, quién querría, verlo salir de esta oficina con sus cosas en una caja.

Miento, o quizá usted sea el que se miente, si ignora cuántos enemigos ha acumulado entre noviazgos y abusos amparado por la jerarquía de su silla.

Cómo es sencillo vivir sabiendo que alguien lo odia a uno. Basta con no reparar en ello. Créame, lo sé. Jamás hablaría ni pensaría de lenguas para afuera. Tengo mis rencores. No sólo a Sebastián, a quien viéndome la frente multiforme detestaré para siempre. El Niño Rata se volvió loco para dejar de odiarme.

—Micaela fue más valiente y su lealtad, infinita. Le entregó a Sebastián el anillo y él se la acabó a golpes.

Le estoy agarrando gusto a esa cara de sorpresa que pone en lugar de contestar.

—Todo fue culpa del gato. Casi le puedo apostar que lo había olvidado.

—El gato de la madre, ¿cierto?

¡Pobre imbécil! Ese rostro que proporcionaba una emoción

temporal ahora es firme. ¿En verdad creerá que el gato fue responsable de algo?

—Cierto, pero no le preste atención. El gato no tuvo mucho que ver, aunque sí se fue a vivir con nosotros tras la muerte de su madre.

Ay, quienes me han conocido se dieron cuenta que incluso sin ser padre, esa idea del futuro que aparece en la sala de parto nunca me fue ajena.

—¿Qué piensa cuando ve las fotos de sus hijas? —no lo había preparado para meternos en terrenos familiares.

—¿Lo dice por la foto? Sólo tengo una hija. La otra chica es su mejor amiga. Le hará gracia, se llama Simóne. Como usted, pero en mujer.

No le digas, Simón, todavía, que su amiga es confidente de rebeldías que un día se hicieron estabilidades. Permítele admirar sus sonrisas, sus poses de un cariño que no son para escatimar a pesar de no soportarse y detestar los juicios que van y vienen cada que vacacionan juntos.

—Es un buen nombre. Elección afortunada. ¿Esquían seguido?

—Todos los años, es una tradición familiar.

Ay, es de esos que consideran tradición la repetición de actos. ¡Tradición la Iglesia, señor Alcázar!, tan firme y terca que nada fue suficiente para reconciliarla. ¿De qué te habla? Tradición, también, Simón, la traición. Las diatribas entre mujer y padre, entre padre e hija aunque son más frecuentes con la madre. Disfrazan de bondad sus preocupaciones por el otro cuando en realidad, sin quererlo o queriéndolo pero no aceptándolo, terminan por hacerse daño.

—Su mujer y las dos chicas visten igual. ¿La madre compró los trajes?

—¿A qué viene esto, señor Ferré?

—Al futuro, por supuesto. Siempre al futuro.

—Mencionó un asesinato.

¡No, no, no!, es de intereses vulgares. Intenta regresarlo a donde lo quieres, busca que te pregunte por cosas más valiosas. Ya llegará el turno de regatear la memoria. El traje, los trajes con los que las tres están vestidas en la foto. Seguro los eligió la vieja después de decirle a su hija que se veía gorda con lo que ella se había puesto y sentía cómoda. Se lo dice a él, con otras palabras de sutil equivalencia, cuando le pide cambiarse de corbata, de camisa, de pantalón ceñido porque a su edad las pinzas no son bien vistas en las piernas de caballeros. La madre preocupona. Y él tiene lo suyo, por aparentar que ella le importa, le oculta sus amoríos. Todos son el disfraz que

habitan. ¿Qué quedó de sí entre los que dicen conocerse por encima de todas las cosas?

—Tras su muerte, me quedé con las otras joyas —por el futuro, Simón. Pero te salió mal el cuento—. ¿Cuando ve a su hija, piensa en el futuro?

Se siente amenazado. Se levantará de nueva cuenta, prenderá su cafetera, muy moderna. Puerta diminuta, una cápsula dentro. Memoria tres, un americano.

—Disculpe el atrevimiento. Fuera de lugar sin intención. De delantero torpe en un mal partido.

—¿Le gusta el futbol?

—¿Me invita una taza?

—El más fuerte, supongo.

—Gracias, pequeño, si es amable.

—Es usted pretencioso.

—No, soy bajo de altura.

Lo has dicho siempre, Simón. No puedes confiar en la gente que toma café americano. Imposible hacerlo con los bebedores de descafeinado.

—¿Quién es usted, señor Ferré?

—Usted piense que mi nombre es el que le he dado. No tengo una puerta con placa para probarlo.

De eso se trata, Simón. ¿No te das cuenta? Si no sabe quién eres, qué previsiones pueden arroparlo. Antes, el futuro era esperanza. Él apenas tiene expectativas. Los hijos para unos, los cohetes a la luna para otros. Las grandes ciudades se forjaron con la idea del futuro que hoy se sueña poco. ¿Qué sueña la gente cuando imagina lo que viene? Nada de lo que imaginaron los señores de Bizancio, o el buen Lutfallah, que sabía que nadie puede pensar en el mañana cuando había que permanecer despierto. Los padres, como el que tienes enfrente, tienen en sus hijos expectativas, lo otro es materia de tiempos lejanos.

—Cuando mató a Micaela, le quitó el anillo —dices con dolor en eso a lo que unos le dicen alma.

Callas que después de enterrarla abriste el joyero de Micaela. Comprobaste la ausencia. El gato se te acercó exigiendo cariño, restregó sus cachetes en tu mano, para impregnarte su olor. Lo acariciaste usando la diestra y con la zurda lo levantaste por encima de tu cabeza. Maulló con cariño, su párpado izquierdo deforme por un zarpazo en los meses de cachorro. Alguno de sus hermanos le soltó un arañazo en la disputa por comida. Lo conservaste por compartir

defectos, no por pertenecer a ella. Lo hiciste por ti, ya le habías explicado a Micaela cómo ser un ladrón honesto.

—¿Puedo tomar el anillo? —o es muy bruto o algún otro arte le impidió darse cuenta que para eso lo tiene enfrente.

—No tiene que preguntar. Adelante —le das permiso.

¡Por fin! Ya era hora. Agárrelo de una vez por todas. Tómelo como la primera vez que fue a comprarle una rosa a la novia en turno. Con el mismo celo de ese día que acompañado de sus amigos, aún enamorado de la mujer a la que hoy engaña y miente en lo más pedestre, recorrió tiendas para confirmar lo impagable de los anillos de compromiso. Arrebátelo de la mesa y sienta su volumen recordando la adolescencia y la primera teta que llevó a su boca sin siquiera saber qué hacer con ella.

—La copia es perfecta.

—Imposible diferenciarla del original. Ni aquí ni en un laboratorio.

—¿En cuánto tiempo quiere que marque a la policía?

—No lo hará.

—Confesó un asesinato.

—Del hombre que vendió el anillo al museo de Estambul. Usted decida.

Debí suponer su frialdad. Su supuesta frialdad. Juega póquer de vez en cuando. ¿Qué grave es una muerte frente a la infinidad de actividades de las que es testigo un empleado de banco?, ¿cuán mínima le puede ser a un exhibidor de arte? Quizá ahí, en el dinero y los objetos del tiempo, se encuentren los mayores dilemas y, entre los más conflictivos, la lealtad atenta en un momento o el otro con las nociones que todos tenemos de moral. ¿A quién se le debe uno?, ¿a quién él? Al museo, a los amigos que lo colocaron ahí, a los contenidos que resguardan estas paredes, a las posibilidades de intercambios que lo harán, con el tiempo, un eslabón valioso de lo que se entiende cultura.

—¿Puede probarlo?, ¿el asesinato?

Si tan sólo fuera necesario. En qué mundo vive, se ve que mantiene su ingenuidad a buen recaudo. Transita en una burbuja en la que no pasa nada, nada que alguien más no quiere que suceda. Ya no son tiempos de probar cosas, de serlo las calles estarían llenas de científicos y no de sabelotodos, sabihondos, sabitillos o repipis. Palabras en los juegos de Micaela. Cazabrujas emitiendo juicios de lo plausible. Sebastián mató a Micaela a golpes la noche en que ella me dijo iba a visitar a su tía. Se llevó el anillo, lo traía puesto. Creyó en la inocencia que brinda al amor cuando éste es vasto, que podía negociar

con la violencia y la locura, y con el poder y con el barrio que, de nuevo, no era tan malo pero sí violento y un tanto demente, o por lo menos esquizofrénico. Me hizo caso a pesar de sus instintos. Por complacerme, olvidó que a los instintos cuando son buenos hay que atenderlos, responderles, cuestionarlos y, si se puede, contrariarlos, pero si no, lo mejor es dejarse llevar por ellos.

—Puede averiguar el nombre de quien vendió el anillo. ¿Le hago un dibujo para que vea su rostro? Soy bueno con las caras.

—Eso no es suficiente.

—Lo es si salgo de aquí y lo cuento.

—¿Es otra amenaza?

Simón, explícale sin someterlo. Los amagos ya no son los de otra época. Hemos refinado nuestros temores al punto en que para que el temor se haga argumento, no hace falta abrazar lo imperativo de una consecuencia. A qué le habrá temido el señor Alcázar para sentirse vulnerado, qué lo amenazará en su andar. Tal vez he asumido demasiado. A la gente de hoy le amenaza su existencia.

La supervivencia, pues, Simón. Como ha sucedido siempre.

No, Simón. Un antes menos lejano de lo que se fecha en el calendario, uno se sentía abrumado por el asedio de los extraños. Luego por el hambre y la falta de empleo. Por la guerra casi siempre, o la inseguridad y la delincuencia en tiempos que presumían paz. Hoy nos amenazamos con nuestras propias inseguridades. Qué provoca más temor que perder las condiciones básicas, las conveniencias. Los silencios y omisiones con lo que parecemos inalterables. Qué le dará más miedo al señor Alcázar que verse reducido a lo que era antes de ocupar su puesto en el museo. Y por sus miedos, de todo atisbo de afrenta se defenderá espetando las brutalidades necesarias. Pero cuál de sus múltiples preocupaciones será más pesada. ¿El trabajo, la familia o la comodidad? Sin trabajo su familia valdría poco, se vendría abajo; la mujer tolera la falta de atención a su familia para que él la tolere a ella. La hija depende de la ausencia de su padre para hacer su vida y sus empleadores, se alegran con lo estable que presume para presentar al hombre que quieren entre sus filas. Un castillo de naipes, eso es lo que ha creado la rutina de disfraces y personajes que adopta la gente de estos días.

Micaela era distinta, no había disfraz suficiente para cubrirla y su honor pasaba por la generosidad de aquella que hacía lo que le sentaba bien a quien quería. De querer auténtico y, por ende, selectivo y escaso. Antes de partir, pasó su mano por mi frente. Cerré los ojos al sentir sus dedos por la montaña y delinear la eterna curva con la que

anochece más temprano sobre uno de mis parpados. Voy con la tía Márgara, me avisó. Lo que ocurrió después sólo puede imaginarlo quien no sea yo. No estuve ahí y está claro que nadie más la acompañó para saber a ciencia cierta lo que las suposiciones dan a entender. No entrarán a mi cabeza las imágenes de mi derrota, porque la imaginación no es buena para las cosas malas. ¿Quién es capaz de evocar lo que duele? Aunque lo que es molesto para unos, no lo es para los otros y eso salva, si es que la palabra es correcta y no me he equivocado de letras, para que de alguna forma no todo llegue a las postales de la mente.

Ella me habría ayudado a elegir la palabra adecuada.

Dile, Simón, que no hay forma de explicar cómo la molió. Puedes recrear sus últimas frases y el olor de sus manos, que olían al gato, y puedes, también, asegurar cómo dio los pasos que sus pies pidieron para salir por tu puerta y caminar hasta el barrio o ir a casa de Sebastián, quizá en un transporte, en un colectivo, en un taxi o un camión. Ya habíamos vendido el auto de su madre. Todo eso es imaginable. El mismo director Alcázar, si te presta la atención suficiente, verá en su mente a una Micaela de la que ya he dado rasgos, entregando con despecho el anillo de Antioquía al jefe de la pandilla, que aún no era un matón y lo fue esa tarde.

Los diálogos entre uno y otra serán replicables. ¡Toma tu anillo!, debió exclamar. Tu argolla, ¡tu sortija! Las tres juntas. A Micaela le gustaba pronunciar los parecidos. ¡Déjanos solos!, ¡déjanos estar juntos, que hasta mi madre murió cargando este secreto! Y tal vez se le ofreció una última vez, sin abrir los botones de su blusa ni regalarle mis terrenos. Él debió negarse por la incapacidad de reconocer lo finito.

No hay imaginación que alcance. Esa es su trampa.

Yo no puedo y es probable que él tampoco, si es que ya la siente real y cercana, construir la imagen que narre los golpes que el gañán le propinó. Le importaba más perderla a ella que a las joyas, tanto que no preguntó por las que había dejado en casa y siguieron durante años en su alhajero. Él, que sabía entrar a todos lados, no hurgó en mi casa para recuperarlas. ¿Quién puede, en verdad, con todo lo que acompañe, imaginar lo que desagrade o lo que dé asco, o sea suficientemente repulsivo o doloroso? La imaginación no está hecha para esas cosas y en la imposibilidad de recrearse, cada quien establece sus límites. Ahí, cuando la mera moral no alcanza.

Todo para que él no volviera a lastimarme.

—Una amenaza sería algo burdo. Prefiero su confianza en mi falta

de interés por divulgar ciertas cosas.

—¿Usted la vio muerta?

—La encontró el Niño Rata.

En su consternación aparecerá el rostro de ese enano puntiagudo. ¿Cómo se lo ha de figurar? Cabeza triangular de ojos saltones montado en una patineta. Roedor parlante de timbre agudo y voz rasposa por el hábito de un fumador prematuro. El Niño Rata, o la Rata, o el Niño, fue un esbirro consumado. Leal como el buen soldado que protege a su general sin cuestionar las órdenes que le impone en el campo de batalla. Aunque lo mande a saltar al precipicio.

Sebastián sabía que la bondad del *Gasnate* y los deseos incipientes de Matías *el Flaco*, Jorge *el Gordo* y, sobre todo, la decencia de Jacobo *el Gruñón* comprometerían sus indicaciones. Si ella ya no estaba, tenía que rescatar lo que pudiera sin correr muchos riesgos. Modo de supervivencia. Afectos que desaparecen al aparecer prioridades más frescas. Supongo que la vio tan empapada en sangre que no se atrevió a cerrarle los ojos ni a tocarle las piernas para cubrir los muslos que la falda levantada habían dejado a la vista. Los hombros desnudos bajo la camisa rota de los botones por el ajetreo. En el dolor que hasta la maldad siente. Sebastián no intentó quitarle el anillo que le negó oportunidad de entregar en la mano.

—¿Dónde apareció el cuerpo?

—Se vieron en los juegos del barrio. A unos metros del lugar donde me partió la cabeza.

—Algún otro vecino debió darse cuenta.

—El tío de Jacobo *el Gruñón* dijo que lo vio todo, pero sólo vio a la Rata.

—¿Se lo dijo a la policía?

—Era el barrio, se lo dijo a todo el mundo.

—Lo siento.

—No mienta.

No miente, Simón. Ya hasta el hambre se le ha olvidado. Extenderse en los detalles es innecesario. De qué servirá contarle que Matías, Jacobo, Jorge y Luis se alejaron de Sebastián a partir de esa tarde en la que él mismo franqueó las fronteras que antes trazó sin tregua. La pandilla se disolvió de inmediato, el barrio se hizo más seguro, las tías suspiraron tranquilas. A Sebastián, su jefe no iba a tardar en cobrarle su insolencia y el único en pagarla fue el Niño Rata. Por eso el escuincle empezó a conducir el taxi, evitando las rutas que lo podían traer de vuelta a nuestras calles.

—¿Volvió a verlos?

—¿Creería que están esperándome?

—No le creo ni una palabra.

—¿Por qué sigo en su oficina, curiosidad o miedo?

—Sigo sin saber qué hacer con usted.

—Tampoco sabría qué hacer si se los encontrara afuera.

—¿Me golpearían?

—¿Es religioso?

Tu pregunta es retórica, Simón. Lo es a la medida del resto, todos buscan en qué creer para no volverse locos. Sebastián era creyente, conocía todos los ornamentos de su fe, menos a la fe misma. El tío de Jacobo era un devoto de la historia, en especial de la que contaba. Micaela creyó que el amor de Sebastián era suficiente para que no le hiciera daño. ¡Señor Alcázar, no me vea de esa manera! A algo deberá aferrarse cuando ceda ante mi petición y sea usted mismo el que me pida que tome el anillo que está allá fuera, y también me pedirá que no lo vuelva a ver, ni lo siga más y menos a su familia. ¿Quiere saber a qué hora duermen? Se lo puedo informar por día. Me amenazará con sus alcances, que ambos sabemos no son pocos y me obligará, a cambio del silencio, a nunca pisar de nuevo el museo al que he recurrido toda mi vida cuando me siento solo. Hará que no vuelva a entrar al edificio que ha sido mi iglesia.

Por honor, aunque sé que con esto no está contento, le prometo que cumpliré mi palabra y me transformaré como mi frente se transformó, permanentemente, en el recuerdo de esta tarde en que nuestros estómagos crujen.

¡Dígame, en qué cree usted para sentir que estaremos a mano y el intercambio será parejo! El triunfo de la fe no es creer en ella, es temer perderla. ¿Qué perderá usted a cambio de conservar su reputación intacta? No es el anillo, no es suyo. Su custodia la mantendrá esta noche y las que vengan hasta que la exhibición se retire entre aplausos de clausura.

—Su menor temor, señor Alcázar, debería ser una golpiza —le respondo de manera tardía.

La pandilla se mató a sí misma. El tío de Jacobo *el Gruñón* informó a su sobrino.

“El compañero de cabeza triangular que siempre los acompañaba dio muerte a su amiga tras un arrebato de violencia inusitada. Los golpes pasaron inadvertidos para el testigo”, debió decirle en secreto, el muy propio. Y Jacobo se lo fue a contar a Luis *el Gasnate*, que a su vez, lo hizo a Jorge *el Gordo* mientras compartía ocio con Matías *el Flaco*.

Del Niño Rata ni su sombra, tampoco de Sebastián. Su ausencia lo acusó por encima de la falta del roedor. El asunto no tardó en ser público, pero lo público en el barrio no es de nadie. A la policía no le importó ejecutar mayores indagatorias. Mi venganza ensuciaría a Micaela, no musité ni una palabra. A los seis meses, reporté el robo del taxi de su padre. Por teléfono me hice llamar Luis, como hoy me llamo Simón. A Jorge *el Gordo* le convencí de que escuché a Matías plantarle una trampa al Niño, a través de un reporte anónimo al número de la policía donde lo relacionaba con el hurto del vehículo y la historia del asesinato que el tío de la papelería esparció hasta las colonias más lejanas a la nuestra.

Veinticinco años de condena, tres delitos diferentes y un lustro en reclusión temporal por lo tardado del juicio en el que nunca enfrentó a un tribunal.

Por él vendí el primer diamante del otro anillo, para enterarme de cada instante de su vida dentro de un penal que contenía los vicios más floridos. Por unos cuantos billetes, tres custodios no tuvieron empacho en describir los castigos de las celdas solitarias, que no tenían barrotes. El Niño Rata pasó ahí una temporada, por vender ropa al interior de la prisión sin darle participación a quien correspondía. Otros reos y otros policías. Dos días después de su salida a un dormitorio regular, faltó al pase de lista nocturno y lo encontraron en una de las paredes que servían de portería en los campos de futbol en la zona de actividades deportivas. Llovía a cantaros, él no se inmutaba. Su uniforme color azul, empapado, por lo oscuro de la tela apenas daba rastros de humedad pero se adivinaban los kilos que perdió en los meses de castigo.

Con una toalla, pedazo de sábana o trapo, se había cubierto la cabeza. Una tela cualquiera que desapareció junto con él y junto a una escoba que, por el riesgo de ser empleada como arma en caso de trifulca, no debía de estar bajo la litera de otro preso. Al dirigirle la luz de una lámpara de mano, el guardia que le gritaba amenazas de todo tipo reconoció el palo de la escoba, recargado en el hombro izquierdo del Niño y sostenido con la palma de la mano del mismo lado. Un intento de fusil rústico e inofensivo, recordatorio de los días en que, cuando niños, jugamos a ser indios y vaqueros. La Rata saludó con toque militar, me contó el custodio. Un billete más a su cartera. Me dijo que con los años se volvió un loco funcional. Iba al baño por sí mismo, comía y no se pelaba. Respondía su nombre tres veces al día. Tras esa noche, no volvió a faltar a los pases de lista ni revisiones siguientes. Siempre formado a la puerta de las celdas, con el resto de

los internos. Fila horizontal. ¡Presente!

El Niño Rata, en su locura o refugio, aún vive convencido de que es un guardia.

¡Firmes!, el palo de su escoba va de vuelta al hombro. Se lo han dejado para no perturbarlo.

¡Rompan filas!, y la Rata se dirige mañana con mañana a la misma portería, sólo baja a la hora del rancho y para escuchar su nombre. El resto del día, salvo en los tiempos de dormir cuando se apagan las luces, ocupa su puesto de vigilancia y vigila. Saludo militar a cada autoridad que pasa enfrente, ellos le responden. ¿Ya me van a construir mi torre?, le pregunta de vez en tanto al director del penal, al jefe de seguridad o al compañero recluso que controla el gobierno de ahí dentro.

Ya, Niño Rata, pronto. Todos le responden igual.

—En verdad, señor director, ¿cree que lo peor que le puede pasar es conocer a la pandilla?

—¿Qué quiere que le responda? —titubea, ya no más silabas separadas.

El Niño Rata es funcional porque le funciona a la cárcel. Si una pelea inicia en los campos de futbol, en los aparatos de ejercicio, él grita la alerta. Si un preso deja de boxear contra los árboles envueltos en telas, en los que practica sus rutinas previendo las defensas que una tarde necesitará en los baños, y decide golpear el rostro o las partes nobles o no tan nobles de sus colegas, el Niño Rata gritará: ¡pelea!, y presos y custodios le dan las gracias.

Ya un día esa alarma los salvará a ellos, y él les preguntará de nueva cuenta: ¿ya van a terminar de construir mi torre de vigilancia?

—No, señor Alcázar. Ni siquiera una golpiza que le deje suficientemente deforme como para competir con mi frente, es el peor de los destinos.

¿Qué dará para que yo no estalle con sus indiscreciones?

¿Qué pasaría si saliera de su oficina y le enseñara el segundo anillo de Antioquía a la gente, a los trabajadores, a los visitantes, a los pocos periodistas que aún vienen de visita para levantar una nota sobre la exhibición? ¿Qué, si por azares del destino, que siempre es fortuito pese a lo que se le quiera adjudicar, Sebastián, desde algún lugar del mundo se enterara de que me he presentado para denunciar su crimen y cambiar el anillo?

—Le pregunté si era religioso para saber a qué se encomienda. Conmigo, usted hará lo que le pido. Vaya, pensé que a estas alturas ya nos tutearíamos.

—¿Le sorprende?

—En marzo pasado, cuando anunciaron la exhibición, me enteré de dos cosas.

—Quizá debamos cacarear los huevos con menos anticipación.

—Un año es apenas suficiente. Si lo hicieran, no reunirían los acuerdos y recursos necesarios para invertir lo menos y ganar lo más. No necesita que le diga cómo hacer su trabajo.

—Decía que se enteró de dos cosas.

—La existencia del anillo, por supuesto, pero también que quizá Sebastián seguía vivo.

—Presume de tal experiencia, señor Ferré, que le habría convenido robarlo.

—También habría podido sobornarlo. Un ladrón exitoso y libre a mis años es un ladrón rico.

—¿Por qué no lo hizo?

No lo humilles, Simón. Recuerda la regla de Sebastián. No le expliques que ningún dinero es más poderoso que las migajas de la personalidad. Se ha colocado en la esquina de un policía de tránsito, al que unas monedas le sonríen para no entregar una multa. Simón, viejo Simón. Nadie que no se haya puesto en un dilema sabe que no existe suma tan grande como para valer por encima de lo más ínfimo en cada uno nosotros; la dignidad, si le quiere nombrar de esa manera el señor Alcázar. En realidad es la vergüenza, la cueva del animal en peligro. La seguridad falsa se presume gigantesca pero la verdadera está compuesta por una incuestionable y muy pequeña cosa inefable que no nos damos el lujo de perder.

—Señor Alcázar. Rechazaría todo mi dinero si le diera la opción de entregárselo o mantener su honra.

Simón, hay hombres que computan probabilidades cómo máquinas y creen que los errores se anticipan alejándose de ellos, anulando su paso, evitándolos. De no ser tan penoso el arquetipo, escaso de tonos, diría que la profesión del director Alcázar es la responsable de las operaciones que lo llevan a decir semejantes tonterías.

No, Simón. Viejo Simón. Es cosa de mayorías, de caminos menos sinuosos. Aprender de los errores tiene una humanidad que se esfuma. Has aprendido con el tiempo que cuando hay un robo hay un culpable, tú ya no tienes edad para eso. Por muchos años se te atravesó la idea, miles de veces te dijiste que de volverlo a tener ante tus ojos estirarías la mano. No falta el ladrón imberbe que roba por ser fácil, pero no es sencillo. Hay policías, y si están ellos hay violencia y la clase ausente. El refinamiento del arte enseña a tenerla. Cautiva, no

se justifica. De niño o adolescente, o viejo o menos joven, tenías la noción de hacer el bien mientras hacías algo malo. El espíritu del vengador callejero enamoraba al espejo antes que a Micaela. No es cinismo lo de hoy, es lo que le dijiste a ella, recostado en la cama.

Si hubieras querido robarlo, como él supone, tendrías que haber pensado en coartadas. Siempre hay que empezar por el final y echar marcha atrás. Socios, coartadas, autos y parafernalia. Demasiadas piezas para un mismo objetivo. Recordará el atraco a Antropología en el ochenta y cinco. De ese asalto en Nochebuena se habrá hecho la idea de que esas cosas funcionan. Nuestra pandilla vivía su mejor momento cuando la noticia inundó todos los diarios, las noticias de televisión y los reportes de radio. Carlos Perches y Ramón Sardina se transformaron en los ídolos de Sebastián, hasta que atraparon a Perches. Se dice que habían hecho cómplices a bomberos y policías del recinto. Sacaron ciento cuarenta piezas y la policía recuperó un centenar, y se tardaron la vida. La vergüenza fue del gobierno, de los antropólogos y hasta del arquitecto que construyó el museo. Por meses trajeron la cabeza gacha. O si no era vergüenza era enojo, y si no era enojo fue luego, con el tiempo, un rencor profundo. Humillación. Yo no quiero humillar a nadie. Tampoco quiero depender de otros que no se hagan llamar Simón para generar empatías. Ponerse de acuerdo con la gente es difícil, y a mi edad ya no puedo ponerme de acuerdo con nadie. A veces ni conmigo mismo. En ese asalto involucraron a una bailarina argentina, la Princesa Yamal era su nombre de pasarela. ¿Qué habrá sido de su suerte?

Si hubiera decidido entrar a la fuerza y tomar el anillo, a Micaela le habrían puesto un mote y su recuerdo estaría mancillado más de la cuenta. La memoria no tiene por qué soportar calumnias. Es la única protección que se le debe a los muertos. Perches y Sardina sólo tuvieron que brincar la cerca. Mi frente pesa demasiado para cargarla, me impulsaría al suelo y amortiguaría mi caída. Las cámaras de vigilancia, con todo y sus aberraciones ópticas, identificarían mis señas, son inconfundibles, extensas, largas, abultadas, prominentes y más puntuales que yo mismo.

—No, señor Alcázar. Con esta frente y a estos años, cada día más grande y numerosos, yo ya no puedo robar nada.

¿Qué puede hacer un ladrón con la cabeza gigante para que no lo reconozcan? ¿Ponerme un sombrero?, no hay fabricante que produzca tales medidas. De qué sirve ser deforme cuando la deformidad se comporta como boya en un mar vacío, como una luz de tráfico en una avenida rápida. Señor Alcázar, usted está frente a un narval cuyo

cuerno no vale nada. Con esta frente es imposible embestir su puerta, menos aún romper la vitrina para pescar el anillo. No me será útil para escalar el flamboyán y de ahí saltar hacia afuera. ¡Para ser ladrón me sería más útil parecer una rana!

Alguna vez, Micaela me contó la historia de un jorobado inglés tan malhecho que no podía amar a nadie…

—Mi mujer va a la iglesia cada semana.

—No queremos darle temas que hablar con el cura.

—Es usted un cerdo.

—Un rinoceronte es más parecido. ¿Qué pensará su mujer de sus amoríos?

Levántate, Simón, llevas demasiado tiempo sentado. Compadece su desahucio. Lo vigilaste por más de un año para destruir sus mentiras. Estás dándole la oportunidad de salir indemne. Que te sienta generoso. Recoge su taza, está sucia y sabes cómo le molesta. Toma la tuya y hazlas a un lado. Busca una servilleta y limpia. Agarra dos nuevas, de ahí, de la mesa brocada con concha nácar que debía estar allá afuera. Saca tu ánfora y llénalas.

—¿Quién más sabe del anillo?

—Sólo Arturo Alberto. Tiene cerca de noventa años.

—Se darán cuenta —sentencia.

VIII. ¿Qué estamos dispuestos a sacrificar para salvarnos?

Si pienso en los triunfos de la vida, me daré cuenta que muchos de ellos no fueron más que fracasos de los que he hecho una versión amable. No serán entonces logros o épicas solitarias, sino mis recuerdos y a la hora de replicarlos entre amigos, contarlos a futuros comparsas y a posibles enemigos, se convertirán en memorias que casi siempre me dejan bien parado sin contar lo perdido, o contándolo, pero dándole una importancia casi insignificante. Hay anécdotas de grupo que contemplan las visiones de quienes participaron, y puede que de vez en tanto esas historias coincidan en lo que a todos convenga, o desagrade de igual forma porque incluso en los negativos existe una validez que los lleva a integrarse y relucir en las buenas efemérides.

—¿Sabe cuántas personan verán esta exposición? —pregunta escondiendo su agonía.

—En la prensa dirán que unos cientos de miles —no me equivoco, algunos periódicos ya dieron nota.

—¿Duda de las cifras?

—Dudo de todos los números que sirven para vender algo. Una pluma los escribió en un papel antes de ser publicados.

—¿Quiere que les mienta?

—¿Cree que me importa?

Algo mezquino nos lleva a amplitudes vergonzosas, de no serlo las reconoceríamos y ninguna cólera aparecería al momento de reclamar las penas y rubores. ¿Qué reconocemos de lo malo?, ¿qué tanto exageramos de lo bueno? No es excepcional que hasta a los más cercanos, íntimos y cómplices, les cueste aceptar las virtudes que portamos, aunque sean pocas. Los anónimos, a menudo, funcionan parecido. Con la misma mezquindad intentamos protegernos de lo que no nos hace daño. Lo verdaderamente peligroso es peligroso sin ocultarse. ¿A qué monstruo comehombres se le ha acusado de timidez? ¿Cuántas veces se han dicho mentiras para protegerse a uno mismo? Para protegerse de las posibilidades ajenas que aseguramos deberían ser propias, o al menos, de serlo no nos molestaríamos. En esa emoción descansan las guerras de las que el museo guarda rastro, de ella estaba compuesta la gran misión del anillo de Antioquía, con la

que se quiso unir los lazos de una Iglesia dividida.

—¿Cuántas piezas falsas ha exhibido? —mi desafío.

—Es usted un imbécil. Dígame, señor Ferré, ¿qué ganaré con esto?

Ya le he respondido, no pregunta para que lo repita. Sabe que callaré sus adulterios, que ninguna de las niñas recién salidas de la universidad a las que cautivó hasta el abuso escucharán o leerán de sus forzadas incursiones. Tampoco pondré en riesgo su buen nombre. No buscaré entrar a la oficina de su jefe como lo he hecho a la suya. Le permitiré seguir con su vida, y eso es más que lo que tiene la mayor parte de la gente. Quiere ganar algo por encima de la simple permanencia. No le basta su reputación, que cuando la creemos garantizada se asemeja al amor dado por sentado.

El error de Micaela.

Le gustaría parte de un botín imaginario, de una venta inexistente que supone cambiará de manos el anillo original. Como si por eso hubiera gastado nuestro tiempo, como si unos dólares le importaran a alguien como yo. La gente no sabe qué ofrecer ni qué esperar o cómo negociar con los que no piensan en centavos. En su deseo, debió verme en camino a un comprador ya pactado. Contó los billetes que cree me darán a cambio de la joya e hizo resta de cuánto le será posible sacarme.

¿En verdad verá posible que me ponga a su servicio?

—Siéntase satisfecho con no volverse loco —le digo pagado de mí mismo.

—¿Para qué dejar el otro anillo? —exclama su codicia.

—¿El falso? No quiero saber de Sebastián. Si se entera de que lo robaron en México, ¿en quién va a pensar? De tener usted mi frente, conocería el miedo.

—¿La extraña?, ¿a su Micaela?

El miedo es la antesala de nuestras preocupaciones. Tal vez el amable director es tan burgués que ha calculado una herencia.

Si a partir del suyo teme el derrumbe de su familia, algo querrá dejarles. No le basta la seguridad emocional de una mujer a la que no toca y desde hoy, al llegar a su casa le brincará encima hasta que su rutina recupere monótonos y vuelva a las andadas. Señor Alcázar, le da miedo perder la ausencia de su hija y las galletitas que sus patrones le dan cada dos meses, en forma de bonos o correos con cartas de felicitación por su labor. Su museo, digámosle suyo, es el armario de los testigos del avance de la humanidad. ¿Qué logro de nuestra especie es sentirnos felices y orgullosos de ser buenos empleados? Pensemos que las cosas salen bien y cuando termine las actividades de

la cama con su mujer, mientras fuma un cigarro o la abraza, le dirá que le han dado un aumento por su desempeño. Confío en la superioridad del que ha concluido. Que haya cumplido su labor de macho. Si su ambición crece, será grosera. ¡Estrellita en la frente, como cuando era un niño!

A mí nunca, ni una maestra estuvo dispuesta a colocarme una estampa. Ya era grande, claro, para cuando mi frente creció esas prácticas sonaban exclusivas de vivencias infantiles. De cualquier manera, si aún hubieran sido costumbre, la pegatina habría resbalado y caído por lo pronunciado y poco plano del cuerno que, a mi edad, pide cremas para no quebrarse y exige el brillo y pulido del bolero que a media mañana, sin faltar una sola, viene, se pone de cuclillas y le lustra el calzado.

—La extrañé menos el día que Arturo Alberto me entregó la réplica.

—¿Cómo quiere hacer el cambio?

—Discreto. Será la única confidencia que su secretaria ignore.

—¿Greta?

—Ahora no se da cuenta, pero depende más de ella que de su esposa.

Le ahorraré los conflictos de barajar las cartas. La discriminación de probables corre a mi cargo. El desgaste de contemplar los *qué si pasa* de los que están hechos tantos dichos populares. Me he puesto frente a un pizarrón que sólo yo contemplo. ¿Hace cuánto no le sucede eso, señor Alcázar? Revisar sus opciones, ampliaciones e implicaciones. No olvide que en cada una tendrá que perder algo. Yo lo ayudo, con gusto. No a perderlo, a recupéralo.

Decidir acerca de lo que le concierne a uno mismo es tedioso y aparecen los temores que nunca antes vieron la luz. No le miento, sé lo que le digo. No imagina mis titubeos antes de presentarme con usted. Dudaba en cómo darle el mero *hola*.

Frente a ese pizarrón imaginario, ocupé sus zapatos, señor Alcázar. Pensé por y para hacerle la vida más fácil. No me crea un cínico, si lo ayudo es para ayudarme a recuperar el objeto de mis primeras formas y la inocencia de Micaela. Para soltar, después de cuarenta años, las joyas que el asesino no reclamó por orgullo o indisciplina, o arrebato y furia cegadora. ¿Sabe lo que es cargar a cuestas los abalorios de una fortuna extinta? ¿Sabe por qué lo hice? Para un día ponerle un fin a lo que otro dio por terminado.

Le he dicho que usted caminará adelante, y que también serán sus manos las que tomen el anillo verdadero y lo sustituirán por el falso.

Usará guantes, es evidente. Guantes nuevos, de doctor, de cirujano. Plástico trasparente y lechoso por el talco en su interior. Los he traído, soy precavido. Dos o tres pares por si uno termina roto.

Pero no es eso lo que me pregunta. Le carcome saber qué he pensado para los momentos previos, cuando se fraguan los siguientes y es necesario llevar a la báscula los pesos y contrapesos de los importes y afectos. Usted, señor Alcázar, quiere saber qué sucederá después de robarlo, si es que le podemos llamar un robo cuando ninguna pieza faltará mañana en la mañana y los guardias recorrerán sus rondas y pasarán por una vitrina, una casa, un museo, una colección y sus sentimientos seguirán imperturbados.

Tenemos que partir de que el anillo que entregará a los dos días de la clausura será para quien lo reciba la misma pieza que le confiaron.

¿Y la coartada?, ¡bien pensado!

La coartada sólo es útil si lo descubren, a usted, que yo andaré lejos y como le he prometido, no tendrá manera de dar conmigo. Entonces sus angustias son válidas, cónclave de las preocupaciones y hogar del miedo, siempre más fuerte por la antelación que por los hechos ya ocurridos o circunstancias sucediendo.

He pensado qué le gustará sacrificar, amigo mío, si la gente del museo de Estambul se da cuenta del remplazo y la aseguradora arroja su furia y abogados contra la institución que dirige, o a usted, claro. ¡Ya sé! Ni lo diga. ¿A quién le gusta sacrificar algo?

La realidad rara vez es opción en el terruño de los vivos. Qué decir de los muertos. Lo importante es que salga bien librado y evite las imputaciones, pero, como debe suponer, eso obliga a que las culpas se dirijan a alguien distinto. Lo siento, en verdad. No tiene que ser mala saña, los errores funcionan como justificativo, y en ellos, un tercero, desconocido por inexistente e inventado, recibirá las infracciones.

Tendremos que suponer los escenarios más remotos. Ya comprobó que a primera y segunda o tercera vista no hay diferencias en las piezas. Tampoco los estudiosos podrán discriminarlos. No olvide que vine aquí por su confianza.

De ser así, ¿qué es lo que tememos?

Relajémonos y sigamos bebiendo la ginebra que ya no chista en pasar por su garganta y puede que hasta disfrute para tragar las penas y más tarde las alegrías. El peligro se encuentra en lo humano, en lo incontrolable. En que un guardia no le haga caso al pedirle que lo deje solo frente al escaparate y lo siga para complacerlo, para aparentar su compromiso al trabajo y a la profesión. En que la becaria enamoradiza que se ha estado cogiendo lo busque a destiempo para volver a

sentirlo y darle la impresión de que controla lo que ella domina. A los imprevisibles debemos preparar las respuestas, no para darlas. No tendría sentido responder como el marido infiel a quien descubren entre las sábanas de la amante y finge su inocencia con arrogancia.

Hay que estar atentos para andar tranquilos. Sólo para andar tranquilos.

De descubrirse la sustitución, las posibilidades no son muchas. Descartemos responsabilidades en el lugar de origen o durante el traslado. Incluso las escalas del vuelo son flancos cubiertos que superan con creces nuestras ligas. La precariedad de países como éste es beneficio para las soluciones idiotas.

La culpa puede ser de su secretaria, depositaria de su mayor confianza y viceversa. Digamos que la pieza se sustituyó en la entrega, en el aeropuerto, en la aduana o en el camión de reparto, o a manos del asistente curador que puso el soporte o la lámpara de la vitrina. Un delincuente al que le encargaron el trabajo, ignorante como yo en mi juventud, que no tenía la menor idea de qué se estaba robando. El cerebro del delito es el misterio. No habrá manera de dar con él, porque no existe el crimen que se estará persiguiendo. Hay otro que usted y yo estamos planeando. Ella firmó a su nombre, dando visto bueno, pero su preparación fue escasa para identificar la anomalía. Nadie podrá señalar al culpable, un ignoto más a cuenta de la bandera nacional, dulce patria donde todo puede pasar y no pasa nada. Sin embargo, al menos por los meses de las indagatorias e investigaciones, quizá incluso de un eventual juicio, la buena y servil Greta será sujeta a la ley y al escrutinio de sus empleadores, como la única portadora de cargo.

¡Sí, sí, señor Alcázar! Sé que le ha dado su vida y créame que lo he considerado: no escatimará recursos para ayudarla, se lo merece. Si sus patrones se niegan pagar a los abogados y prefieren mandarla al cadalso, de su chequera, sin decirle nada a nadie, se solventará la defensa con la que evitará la cruz, similar a aquella cuyo pedazo desapareció entre mis dedos y, esquivará la guillotina del descrédito y la mala fama que la llevará a perder la cabeza como sueña volver a tenerla el Niño Rata. ¡Su lealtad recompensada! ¿Le preocupa el costo de la difama? ¿Quiere cambiar el sujeto del litigio? ¿Prefiere tomar su lugar?

La respuesta es evidente, Alcázar. Castillo mezquino de ridículo trono.

Muestre ese nivel de decencia y mi presencia en su oficina habrá sido una pérdida de tiempo. Descuido mío lleno de soberbia. Dependo

únicamente de su instinto por sobrevivir como vive y le gusta, de sus minúsculas ganas de ser un falso digno. Por dignidad ya me habría corrido y usted andaría camino a su casa bajo la luz de la tarde.

Ya oscurece, señor Alcázar. No tenemos mucho tiempo para aclarar y entender las cosas.

Simón, te acercarás al director para extenderle la bebida. Una palmada al cachete, acto de paternidad momentánea. Cariño putativo al modo de Sebastián en años jóvenes. No se apure, no estrellaré su cabeza contra el escritorio, sangraría demasiado y la vanidad ha ocupado el papel de mi peor enemigo. Más deformidades a causa de Antioquía quitarían razones a mi existencia. De tener usted una sola cicatriz nos convertiríamos en pares. ¡Pares para nada, señor castillo! Sé que parte de mí está en mi frente, ¿quiere saber a cuántos he desmayado con su impacto? No lo sabrá, no intente ser mi amigo e irse a un bar para platicar de desdichas. Lo dejaré disfrutar su miseria y remordimientos, para que atesore la fidelidad de la encantadora Greta. La apreciará tanto como deseará a su esposa. Podrá también, como yo, reiniciar su vida.

—Usted no la conoce, ¿qué daño podría hacerle? —me pide clemencia.

—Ninguno o muy poco, por eso es prescindible.

Pero teme por sus segundos y terceros, por su familia, por los sobrinos de la tía Greta que la adoran y ella adora, a falta de hijos propios. ¿Quién alimentará a su perro si está ausente? Usted, señor Alcázar, le llevará croquetas al ruidoso beagle con el que duerme y le tirará una pelota mientras la mujer llora y la acusan momentáneamente de una infamia.

Hoy y todos los días, la buena Greta se despierta temprano para asear su casa. Las noches previas prepara sus pantalones a la cadera o las faldas con fondo de encaje, es anticuada y coqueta. Bajo ellas, liguero y medias de tienda de cadena. Española y barata, probablemente. Alteraciones aseguradas, si tan sólo tuviese a quién alterar. Greta y su beagle de orejas largas y voz chillona. Junto a usted, la pequeña y ruidosa bestia son sus únicos confidentes. El perro es depositario de los relatos de sus infidelidades. ¿A quién más se las contaría? Nunca antes reparó en eso ni le importó la factura de los indecibles.

—Yo no soy quien la sacrifica, señor Alcázar. Es su ruta de escape. No la necesitará, pero es recomendable tenerla.

¿Cuántas veces le tengo que explicar que el plan de huida sirve para no recorrerlo? Placebo para hacerse de confianza. No puede

despedirla, correrla o destituirla, habría dicho Micaela. Ni mucho menos suponer enviarla a la cárcel, ni inculparla aunque sea ligeramente o ponerle signos de pregunta a su palabra.

Hay que cuidar a la fiel Greta.

De sentirse traicionada, pondrá en juego su reputación. ¡La suya, señor! Arranque de histeria en el que llama a su esposa y le cuenta todo. Cuide a sus esbirros, director. ¿No ha aprendido nada de mi historia?

—Su tragedia, señor Alcázar, es que no puede darse el lujo de perder nada. En eso nos parecemos.

—¿Y si culpan a alguien más?

—¿Los turcos? Los turcos siempre culpan a otros. Primero tendrían que darse cuenta.

—Asegura que es imposible.

—Lo prometo, ¿confía en mí?

El vértigo suena más grave que el sonido de la tristeza. Los animales son buenos para detectar aromas primarios, precursores de emociones complicadas y reacciones sin sesos. Apenas detecto sus humores, pero la atmósfera de las vocales con las que termina sus frases se corta cual consonante certera. No todas lo son, algunas poseen melodías alegres que no entran en las peticiones que aquí se plantean e interrumpirán en segundos.

Escucho las ruedas de la silla de Greta, se aproximan sus tacones. Pasos cansados de jornada larga y quién sabe cuántas escapatorias para jalar tabaco mientras el reloj avanza.

—¿Se le ofrece algo más? —pregunta sincera, maternal.

—¿Todavía está abierto el restorán?, pídame cualquier cosa —su voz es disoluta.

—¿Para dos? —amabilidad minadora. La corto antes de que continúe.

—Para uno, estoy a punto de irme —respondo impertinente.

Ella sabrá qué ordenar, por supuesto. Sus gustos llevan tiempo siendo los del él.

Siente que su cuerpo implota, ya no es el hambre sino la desolación. Greta y sus virtudes irreprochables son mordazas para implicarla, quizá por eso la historia sea creíble. Si la cosa falla y ningún miembro del personal se presta para recibir adjudicaciones, Greta le tenderá un pañuelo desechable a su jefe para secar sus lágrimas. Se verá obligado a renunciar por incompetente, hay cobardes que prefieren ser imbéciles a perpetradores de felonías. De contar con una pizca de valor, hace años le habría dicho a su mujer

que le provoca la libido de un recién nacido.

—Si renuncia, ni su mujer o hija sabrán de sus desmanes.

¡Conténgase, señor Alcázar! Adivino lo húmedo de sus ojos, las pestañas pegándose y las venas pintándole la mirada. Soy malo para el llanto. Me descompongo e irrito, mis nervios se crispan y rozo una intolerancia que desapruebo. Qué son las lágrimas sino antesala de lo impredecible, última defensa del moribundo. Petición de empatía ante una fuerza debilitándose.

Nadie lloró a Micaela. La hermana de su madre identificó el cuerpo, pagó el crematorio y me llevó las cenizas. Un puño de ellas. Tan grande como las manos de una niña. Conservó la mayoría. Pidió mi dirección en el barrio. El señor de la papelería se la entregó en una hoja de libreta. Jacobo *el Gruñón* la había escrito para no perderse. Visitaba a Micaela los fines de semana. Ella le ayudaba con las tareas de la carrera. Tinta colorada, la dirección impresa en púrpura. Me entregó las cenizas en una vasija plateada. Las abandoné en nuestra casa al cerrar la habitación que compartíamos. Las habrá encontrado el casero tres semanas más tarde, en una visita de cobranza por la falta de pago de la renta.

Simón, no seas parco.

Brumosa nitidez la de pupilas dilatadas por la desesperanza. ¡Saque el temple, Alcázar! Ay, esas épocas cuando se le podía decir al llorón que se comporte como hombre. ¿Qué quiere que haga con su franqueza? ¿Busca que me ablande cual carne? Sólo a los bisteces de mala calidad se les golpea.

—Absorba, jale por la nariz. Deje de llorar y resuelva —le ordeno con displicencia.

—¿Con qué cara me hace esto?

Con una enorme, más grande de arriba que a la altura de la mandíbula. Mentón partido y rodeado de los rastros del hombre que fui de niño.

Ya tendrá oportunidad de ser frágil. ¡Sí, sí, somos modernos!, aceptamos que la gallardía expulse regaderas de las pestañas. Sensibilidad, llámele si quiere. Intente parar con ella una trifulca callejera. Abra un portón para vaciar una casa. Tállese los ojos con sus manos y apúrese, sin que se evaporen, estreche el saludo de un tipo como usted para que le entregue los obsequios de Alejo Comneno. Nueve siglos, señor Alcázar. Antes había que ser siervo para poseer el sello de una ciudad, batirse en guerras cruzadas por Tierra Santa, conquistar el mundo y pelear al amparo de Dios. Hoy, para hacerse de la historia hay que ser un pillo consumado.

—¿Le duele?, ¿su frente?

—No es muy cómoda. Ha crecido junto a mí.

Quiere encontrar la metáfora. Pierde su tiempo. Los huesos de la frente son tan duros que al romperse emiten su muy particular sonido. Ojalá fueran lo elegante de los pómulos, que hasta de nombre son correctos, bonitos y agraciados. Hay huesos no diseñados para las trizas. Un espesor líquido opaca el rompimiento de la frente. Cicatriza lento, como quien no quiere hacerlo y prefiere dejar sueltas las ideas que se contienen en la caja firme y robusta que traemos por encima de los hombros.

—Tengo que verme en un espejo para darme cuenta que la piel se está secando —le pido comprensión.

—Debe ser molesto —el burlón intenta ser empático y amable. Piadoso.

—Llevo más de cuarenta años sin sentirla.

Ay, si tan sólo a los golpes le hubieran seguido dolores. La mancha de la insensibilidad fue abriéndose camino, un círculo ensanchándose noche tras noche, semana a semana, hasta el día en que Micaela tuvo que avisarme de una abeja posada por encima de mi ceja, clavando su aguijón sin que me diera cuenta. Primero fue el tacto, lo perdí y me piqué con tenedores. Faquir de cocina y comedero. Cuatro puntos de sangre, la irrigación es mínima para tratarse de la cabeza. Las venas y vasos se contrajeron. Ríos desiertos bajando a los valles de una sierra que chocaba cada que giraba y me topaba con esquinas y paredes. Cuando uno deja de sentir una parte del cuerpo, también pierde la noción de su espacio. Nunca me adentré en su bajo vientre sin apretarle la barriga, a causa de mi extensión frontal. Jamás me di cuenta sin verle la mirada de queja que callaba para tampoco herirme, ni ahí, cuando éramos más nosotros que nosotros y ninguna declaración habría sido tomada como una ofensa encubierta a expensas del cariño. A cada golpe con superficies más firmes que ella, la montaña fue creciendo, aumentando un tamaño que sólo notaba al palparlo y a los demás les tapaba amaneceres. La monstruosidad fue creciendo conmigo, señor Alcázar. Retazo de una imprudencia a la edad en que nada en la vida debe ser serio. Al cumplir diecisiete, ya estaba condenado.

Se ha reincorporado, coge el ánfora sin pedir permiso. Le gustaría tomar de la boca de la botella y escupirme la ginebra. En lugar de hacerlo, tras servirse las últimas gotas y verlas con el apetito de un niño hambriento, recorre el escritorio con la mirada para encontrar sus lentes. ¿Cómo es el mundo visto desde los ojos de un miope? Los

ciegos saludan sin saber a dónde dirigirse. La voz y los ruidos son sus pupilas. Tuerto o corto de vista que se ve limitado sin auxilio de artefactos e impulsos.

—¿Sabe por qué le gustaban las palabras a Micaela?

—Me lo dijo, la imprenta de su escuela.

—Llenaba crucigramas.

Antes de dormir, abría el cajón de su mesa de noche, junto a la cama. Retiraba sus gafas, los anteojos pues, del estuche. Un trago de agua.

Jacobo *el Gruñón* le pagaba la ayuda escolar con los periódicos viejos de su tío y con algunas hojas arrancadas de libritos de enseñanza. Palabra de ocho letras, nombre femenino. Satisfacción que se toma del agravio. Y Micaela me preguntaba, recargada en la almohada. El gato sobre su pecho, ronroneando. Nueve letras, voz femenina. Facultad de saber esperar. Hasta quedarse dormida. La promiscuidad de las letras le causaba felicidad. Sumaba puntos y la cuenta seguía subiendo.

Su risa, la mía.

—Viví con su gato por más de veinte años. Viví con él más que con nadie, ni siquiera mis padres.

Hay presencias buenas, Simón.

¡Señor Alcázar, al final, también a usted le estoy sirviendo de algo!

—¿Y el joyero?

—Le dije que es un hombre viejo. Es cubano, quiere morir en La Habana.

IX. ¿Cómo se pierde el control?

—Me da asco, ¿ya se lo habían dicho?

—¿A usted? No, es evidente. Nos conocimos hace unas horas. Que doy asco, una infinidad de veces, de muchas maneras —hay un tono que intenta impregnar ironía a lo que no la tiene.

—Lárguese. No tarda en llegar mi comida —respira largo al final de la frase.

—¿Sin policía?

—¿Quiere emparejar su frente? —me alza la voz, es la primera vez en niveles que raspan la garganta. La desesperación suena grave a pesar de ser palabra aguda. Trece letras, eso explica muchas supersticiones. Ha agarrado coraje, un último suspiro al verse acorralado. Simón, no sigas su juego, no caigas en su trampa. Saldrás perdiendo. Vendrán insultos. Como si alguno no hubieras recibido. Te criaste en la olla del vituperio, donde la mofa era frecuente hasta hacerse apelativo de nobleza y cariño. Lo gruñón de Jacobo fue insulto en sus primeros refunfuños, burla para mermar su enojo tras provocarlo. La flacura de Matías lo aplastó por debajo de su peso. Qué dignidad le quedaba a la gordura de Jorge cuando se embutía una tonelada de ensaladas. Las manotas del *Gasnate* aplaudían su pericia y mala ortografía. Señor Alcázar, insultar al paredón por tener demasiados hoyos es oficio de quien no tiene nada. Ya le dije, tiene tanto que no puede perderlo.

Vengo de la tierra del insulto y el oprobio.

Siete letras, afrenta.

Llevo años llenando crucigramas, desde la partida de Micaela.

Partida, eufemismo de la muerte. Siete letras, también.

La muerte siempre es insultante, en ocasiones más para los vivos. Ni hablar de los difuntos. ¿Qué dirá para ofenderme y sacarme de mis cabales, señor Castillo? No lo intente. No me decepcione y haga de esa su última arma. Espada de esgrimista a punto de picarse un ojo. Imagine cuántos apodos le han dado a mi físico, algunos ya los he repetido. He sido un zoológico a dos patas, mencione un animal con cuernos y me volveré a presentar, ahora con euforia, para que suenen las fanfarrias en sus oídos. Para aplaudir, puede decirme payaso.

Las aletas de su nariz se abren y cierran como extremidades de

pescado. Siento su impotencia.

Tranquilo, Simón.

¿Aún tiene ganas? De acuerdo, le concederé ésta. Estoy preparado. ¿En serio cree que algo no me ha humillado?

Mientras Sebastián me golpeaba dejé de ser yo mismo. Mientras Micaela me curaba, me abandoné ante los demás.

Me entregará el anillo porque no le queda opción, pero también por piedad. Merezco ser feliz un día. ¿Quiere entregarme la factura de su ira? Venga, insúlteme. Improvise y sorpréndame.

Ataque a mi físico, no se preocupe si parece obvio. Yo lo haría. Es difícil resistirse ante tal plataforma. Sé que camino con el techo puesto y al mismo tiempo, en mi frente hay un piso sobre el que cualquier arquitecto se puede parar y construir una casa. Me cabe una cocina entera, un cuarto de juegos, una biblioteca. Jamás fumé más de dos caladas porque al humo le faltaba chimenea y mis ojos se irritaban.

Saque lo que traiga dentro, la frustración de un día conmigo. Entiendo. No es asco, colega. Es desprecio. Elija bien lo que quiere decir. Si se pone a calificar con equívocos, olvidaremos de qué estamos hablando. Le sucede a la gente con urgencia para responder. Ande con calma y piense. Veo cierto placer en su mirada, parece alegría, eso que emana mientras le escucho nombrar mi defecto. Cañada, precipicio, mesa y librero. Meseta, plafón. ¡Barranco! Venga, soy inmune. ¡Ah, rostro de *placard!* Por supuesto, es usted un internacional. ¿Mi cara tiene forma de repisa? Bravo, esa es nueva. Costó poco hacerlo odiar. Busque reducirme como yo lo reduje a usted. Estamos solos, todo lo que diga será mordaz, pues nadie más lo estará escuchando. ¿O quiere salir a la sala e insultarme frente a todos? Ya no hay gente, es tarde. Mis disculpas, no debí extenderme tanto. ¡Reunamos audiencia! Lo sé, lo sé, prometí no volver después de hoy. Lo haría, si con eso se sintiera satisfecho. Sí, señor. Estoy solo, tanto que hablar conmigo es mi mejor conversación. Soy mi buen amigo y mi público excelso. Un ladrón con escolta y gabinete. Soy mi conciencia. ¡Aprovéchelo! La humillación será brutamente efectiva. En mi caso, los pinchazos son públicos y privados. ¿Un cebú pequeño? ¿Por mi altura y por la joroba siempre adelante? Es cierto, pero tendría que andar viendo al cielo para mugir y dar leche.

No soy cruel, señor Alcázar. Sólo veo y digo lo que otros callan. Qué prudencia o mala educación. Al menos a mis culpas les he sacado provecho.

Tiene en una de sus salas unas pistolas de duelo, de la Revolución. ¿Sabe que la bala mata desde afuera? No encontrará forma de

dispararme adentro. Ventaja de un físico deforme, es demasiado tentador como para no lanzarse contra él. Cuando la superficie está tan rayada, una grieta pasa desapercibida.

—Dígame, señor Ferré. Habló de sus novias, ¿alguna después de Micaela? —me pregunta jugando a la intriga.

—No lo recuerdo.

—Usted recuerda todo.

Tiene razón.

—Seguramente ninguna supo cómo girar la cabeza para besarlo —y hace la mímica de un pájaro picando la flor de un alcatraz.

¡Bien! Métase en camas ajenas, ya tiene práctica.

Ay, Simón, aprendiste a disfrutar la soledad porque no quedaba de otra. Claro, quién no desea la compañía que raras veces se presenta. Eres experto en defender inseguridades. Pero no se agote, señor. No deje que la gasolina del menosprecio se queme. Aguantaré sin exhibir lo que odio de mí mismo. Permaneceré callado y firme, con una ligera sonrisa de contención en la que se perderán sus rencores. Son frescos, con el tiempo los irá perfeccionando hasta que yo desaparezca de ellos, si es que lo hago, y si no, refinará las palabras que me dice para un día soltarlas a un próximo enemigo. Y se sentirá orgulloso.

No, señor Alcázar, mi madre no se suicidó saltando de mi frente. Soy bajo, súbase por mis orejas e inténtelo. Le pido tenga cuidado en dónde mete el pie, no querrá que también me quede sordo. Imagíneme gritando a todas voces para hacerme escuchar. ¿Aguantaría mis berreos? Seguro mi frente les haría eco. Súbase, apenas se romperá una pierna.

Sí, sin duda. De verla caer me habría despedido.

¿Ella no lo hubiera hecho? Se equivoca, y mientras lloraba o me recetaba una píldora, le habría mandado los saludos de mi padre.

—Al despedirse, su mano debe chocar con…

—… Si fuera marino me evitaría la gorra.

—Su padre alguna vez le regaló una.

—Lo hizo, de beisbolista. La apunté a la nuca y tuve un casco de bombero.

—Habló poco de él.

A la distancia se le llena de glorias o se le detesta. Qué le podría contar, está apuntando sus burlas a la paternidad que le hicieron creer es la correcta. Instinto inexistente a menos que haya visto a una gorila amamantado a su prole y preocupada por pagar una universidad. Paternidad de deportes, confidencias masculinas y cervezas en la primera madurez. Puros al engendrar hijos. Pipas y corbatas en el mes

de junio. Mi padre fue de los protectores hechos a nuestra usanza, tribal y primitiva: ladrón, no importa, es mi hijo. Criminal. Lo lamento, es mi hijo. Un patán. Disculpe, es mi hijo. Folclor nacional donde su lealtad distaba de la que aún hoy admiro y, no tiene que ver con la que respeto. No era la que yo quería sino, más bien, una pantalla de su cobardía y conformismo.

Sí, sí, fue un buen amigo pero un pésimo padre. Tuvo más hijos. Un profesional de la población. Debieron darle el ministerio de familia. No, no conocí a ninguno. Me quedé en cuatro, creo que tres eran niñas. Ignoro sus nombres o qué les habrá dicho cuando le preguntaron por qué en mi foto, la que cargaba dentro de su billetera, mi frente se salió de la lente.

¡Hombre elefante! Olvidé que le gustaba el cine. A él también. Iba con su mujer y nuevos críos. Una fortuna en golosinas. En verdad, ¿cree que mi cabeza debe pagar doble butaca? Puedo tirar una palomita de maíz al cielo, golpearla con la visera y hacer que caiga en mi boca cual buchaca. ¡Juego billar y veo películas! Ha de ver lo cómodo que me pongo cuando llueve.

¿Cuándo murió? Cuando la vida lo aburrió demasiado, maldita suerte. ¿A su funeral? Por supuesto que no fui, mi último fue el de la madre de Micaela. Claro que me invitaron. Sí, con todo y el asco de la mujer con cerebro de dodo. Tenía lindas tetas, una vez en su casa la vi desnuda. La espalda, había salido de bañarse.

Encontró mi teléfono al reverso de aquella foto, quería presentarme a mis hermanos. ¡Hermanos los que se asesinan! En qué clase de historia Caín y Abel no serían capaces de reconocerse en la calle. Cualquier parentesco que no lleve a la muerte es inútil. Me invitó de cierta forma, a la manera que podía, yo lo había pagado. No estaba dispuesto a discutir con la urraca cuál iba a ser el mejor velatorio para el cuerpo de mi padre. Diez años antes fui a una funeraria. Morirse con antelación es más barato.

—¿Por su infancia, aún le preocupa el dinero?

—Sólo soy tacaño.

Pero si quiere hablamos de qué es tener hambre. Insúlteme con eso y caerá muy bajo. Ni a un ladrón se le ataca con la comida. Le gustaría saber que tras la golpiza, Sebastián los hizo ricos a todos: al *Gordo,* al *Flaco*, al *Gruñón* y al *Gasnate*, y premió como nunca a la Rata. También a Micaela. Yo no podía pedir dinero a mis padres por el asunto de las tías. Sentarme en la mesa de mi casa era estar frente al tribunal de Inquisición. En pandilla fuimos a comer a un mercado. Yo me quedé viéndolos dar bocado. Murmuré que ya había comido, fingí

que estaba lleno. Ella escuchó rugir mis tripas y a escondidas me regaló un pedazo. Ríase, mi hermano. No aguanto las lágrimas desde el día en que lloré porque, sin quererlo ni buscarlo, *el Gasnate*, torpe como ya le he mencionado, dio un manotazo y me tiró, arrancando de las manos y embarrando mis dedos y zapatos, un triste pan con jamón y mucha crema. Cuando hay hambre, duele ver que se puede comer en el suelo. ¿No es suficiente? Al morir Micaela dejé de trabajar por meses, el efectivo se acaba pronto y durante una semana pedí dinero en la calle para comprarle croquetas al gato y verlo verme con su diminuta cara, párpado sesgado, ojo inundado por no poder cerrarlo y boca llena, que no encontraba la manera de decirme *acércate, te doy un poco*. Forma felina de agradecer su refugio. ¿No adivina dónde dormía? ¡En mi frente, qué clase de imaginación no tiene! Hasta le puse una cobija sobre mi ceja para las noches frías. De ser tan valiente, señor Alcázar, pediría una limosna. No estaba tan deprimido como hambriento. ¿Sabe qué hace uno cuando tiene hambre? Se duerme, hay un punto entre los sueños en que el estómago se cree contento.

¿Aún más? Búrlese, sienta cómo mis miserias son sus alegrías.

Quizá no debí contarle tanto. Simón, hiciste lo correcto. Prepárate.

—Dijo que supo dos cosas, señor Ferré. ¿Qué tan bien recuerda al que le rompió la cara? —me pregunta muy crecido.

—Es usted un imbécil —respondes contrariado.

Calma, Simón. Saldrás perdiendo.

—Supongo que no era tan bravo cuando le tenía miedo —exclama quedo, lo escucho.

—Espere a que me vaya para conocerlo.

—¿Al asesino?

—Al temor —espeto un absoluto. Hay sentimientos que no gozan de puntos medios.

—¿Ahora sí me amenaza? —pregunta con cinismo.

—Con todas mis ganas —le ruego en tono de espera. De espera y ansia.

Para, Simón. Detente. No, que se calle y paro.

—Quizá sea un buen momento para cambiar mi vida. Como dijo.

Mentiroso, hizo su vida entera para no tener cambios. Porcelana que no admite roturas. Es frágil.

—Tal vez no sea mala idea un divorcio —cree afirmar para asustarme.

Arremete contra sí, tengo que reconocerle la flema. Dé la impresión que no le importa, esfuércese un poco. Hágame creer que es capaz de

dejarlo todo y saber vivir con lo que sobre de la ruptura. No le faltarán argumentos a su mujer para quitarle la casa, los coches y su ropa. Los tiempos compartidos en los que se alojará por unas semanas, mientras su abogado encuentra la manera de arrebatárselos. Dese cuenta, aun sin ella, le pagará cada una de sus vacaciones. Le sobrarán a su hija las razones para buscarlo cada viernes e ignorarlo en las tardes del sábado. Alumbre el prodigio, véase viviendo sin su café exótico. Lo explicó Sebastián hace años, la gente normal se transforma en sus cosas. ¡Siga calentándome! Aventúrese a conocer hasta dónde llega, brabucón aficionado.

Por más que lo intente, no recibirá de mí el puñetazo que merece.

—Nunca nadie me ha golpeado —se ufana de una niñez privilegiada— ¿Qué se siente? —quizá su duda sea auténtica.

Pare usted, señor Alcázar. Deténgase a tiempo. Le pido guardar silencio. No está listo para subir la montaña. No se meta. Todos tenemos una fibra, si la encuentra, usted paga la cuenta. Recuerde mi falta de valor para asaltar con pistola. No me devuelva al olor de la sangre, a la incertidumbre del próximo golpe. Ya recibiste uno y sólo piensas, si eso es pensable, cuándo y por dónde llegará el siguiente. Impacto en la oreja. Retumba hasta el hocico, los dientes se mueven con las vibraciones, las muelas chocan y te pasas la lengua para saber si están rotas. Raspa, esperas que sólo haya sido una astilla. Es falso que la visión se torne borrosa. Le puedo dibujar cada grano de tierra en el piso, las piedras. Eran grises y volaba polvo. La saliva haciendo lodo, te la comes. Su sabor es agrio, es la bilis. La escupes. Otro impacto. Hay más tierra. A lo lejos, no tanto y, algo cerca, las piernas de Micaela. La risa mustia del Niño Rata y los pantalones mojados de Matías, bañado en pavor hasta los calcetines. Escuché su chancleteo al levantar los pies, nadaban en orina. ¿Qué sentí después? Pasaron los años y temí entrar a mi casa y encontrarlo. Nunca tuve timbre por si él lo tocaba. Me pongo nervioso cada que un vecino saluda al cartero que le pide firma para tener recibo. Pienso que puede ser Sebastián y ha vuelto para pegarme. No lo odio, él me odia y yo le tengo miedo. Tiene razón, lo hice sufrir de formas inimaginables. Yo maté a Micaela.

¿No se lo dije?, el gañán tenía una camioneta. Roja y grande, americana. De carga. Hasta mis treinta, aún veía de ésas en los semáforos. Si me encontraba una, pasaba de lado, volteando por si Sebastián la conservaba y lo descubría aferrado al volante. ¿Sabe qué es tener miedo? No tiene idea. El miedo no pasa, se asienta como café cargado. Trago amargo.

—¿No le asusta que el otro salga de la cárcel?

—Está loco.

—¿Cómo vive? —me pregunta con la moral enaltecida—. Lo encerró —informa amablemente.

—¿Cómo se coge a su amante? —contestas, estás alterado. Tú no hablas de esa forma.

—Señor Ferré, puede volverse cuerdo.

Y puede encontrar a la pandilla, a lo que quede, si logra ubicar el barrio. Qué queda de un hombre después del encierro. Hizo de él su mundo, naufragó en su propia isla e inventó a su carcelero para sentirse acompañado. No sabrá llegar y aunque lo haga, ahí ya no vivo. La ciudad ha cambiado. Sus avenidas ya no existen, los nombres son diferentes. En las tiendas se venden cosas que él no conoce. Buscará un teléfono público y no hallará ninguno. Pero si da con la pandilla por una fortuna que a mí no se me ha presentado y ellos entran en cólera para vengarlo —al final era nuestro compañero—, qué es la furia de un grupo de rengos iletrados que no pueden golpear ni tienen la facilidad de la palabra. Qué podrán hacerme, a ellos Micaela no les leyó ni un solo libro.

—Tiene razón, señor Ferré. Ese árbol es hermoso.

—No deje de mirarlo.

Vaya, se ha girado, recargado en el alféizar de la ventana. Palabra de origen árabe, ocho letras. ¿Me agrede dando la espalda porque puedo explotar? Ingenioso.

—Quizá lo mande cortar. Ya es viejo.

—Si se atreve tan sólo a podarlo.

—Pero lo detesta.

—Vendré a buscarlo.

—Si lo hace estará mintiendo. Dijo que es un ladrón honesto.

—Váyase a la mierda.

—Antes, prometió no venir de nuevo.

—Sólo si me daba el anillo. Es mi jardín, es nuestro.

—Su novia está muerta. Usted la mató.

—Fue Sebastián.

—Murió por usted, señor Ferré. Tome el anillo y salga de mi oficina —de nuevo, su mano, hablando lo que no puede la boca.

Ha roto las reglas. Simón, piensa rápido.

—Tomaré el anillo verdadero —te levantas de la silla, extiendes tu corta estatura abriendo los brazos y posándolos sobre el escritorio. Tiras los hombros para atrás, si anduvieras en el barrio te meterías la mano a los huevos. Cómo te gustaría arrojar las cosas que tiene

encima. No lo haces, acomodas la solapa de tu chamarra.

—Tal vez desde mañana, señor Alcázar, pare a comprar su periódico sólo para completar los crucigramas.

—¿Por qué se lo entregaría? —dispara.

Ten cautela en la disculpa de la voz con que es más fácil decir ciertas cosas en tercera persona. Explícale, porque para conocer la maldad del hombre, sólo hay que hacerle suficiente daño.

X. ¿Qué hacer cuando termina todo?

Sin importar que la botella esté vacía y se sepa que así se encuentra, ya que, con más frecuencia de lo que se admite, uno o quien lo acompaña es el responsable de tal condición, siempre, antes de renunciar a la posibilidad de seguir bebiendo, se intenta sacarle unas últimas gotas que no saldrán de su pico.

Quizá no estemos hechos para que las cosas terminen, la negación es perpetua. La necedad nos mantiene vivos, pero de qué está lleno ese sentimiento y nuestros vicios. Sus virtudes, todos son celosos.

Simón, él se ha rendido. Agotado, abandonó sus últimas fuerzas. Claudicó esperanzas en pos de unas nuevas. Es la única forma de evitar que la espiral se detenga. No hay otra botella, aquí no es el bar donde se acaba la garrafa y llamas al mesero para pedirle otra ronda. Cierras el ánfora, con cuidado para no mellar la rosca. Aprietas con un tirón ligero que no deje dudas. Vuelves a pensar, puede que algo ausente se derrame. A menudo, lo mejor es irse de la fiesta mientras la gente todavía se quiere y abraza, brinda o platica e intercambia lo permutable. En ocasiones, toca ser quien cierra la puerta.

No existe un solo fin que complazca. La vida es amable cuando entrena para las veredas y, si es ardua, para los senderos. ¿Qué corredor practica su llegada a la meta?

Un adiós, mucho gusto, es burlón y grosero. Estrecharle la mano sería pedante y soberbio. No humilles, enseñó Sebastián. Al menos no más de la cuenta. ¿Quién pone ese límite? Ondear la mano como bandera tampoco es prudente, lo mínimo que le debes a esta altura es una buena dosis de respeto, muy arriba de la ligera o firme cortesía. Fue más que un contrincante promedio. Además, para devolverte la despedida a la que de cualquier manera se le llama saludo, tendría que quitarse el guante plástico y poco cómodo que le entregaste para no dejar huellas. Darse la mano, dice la regla. Tal vez debas recordárselo y pedirle que te lo entregue para no dejar evidencias, pero ¿también lo llevarás al baño para que se lave y el talco en su interior no marque de blanco el polvo? Sólo menciónalo, que tome precauciones. No es lo suyo, no las contempla. Para él ha terminado la partida, aunque cada mañana que entre a su museo te recordará y hervirá en silencio.

Lo abandonas cuando la culpa comienza.

Son raros los deseos tan profundos que alcanzan a convertirse en pasiones, como lo es el no querer volver a ver a alguien. Alcázar maduró tu odio en ciento cincuenta pasos. Los de la sala principal a su oficina. Tenían que regresar, no te podía entregar el anillo a la vista de nadie. No reparaste en admirar sus detalles, el bajorrelieve de las pezuñas. Te reservas para cuando estés solo y puedas hablarle a Micaela sin esperar que te responda. Como lo llevas haciendo cuarenta años. De ida se toparon con un guardia, el viejo vigilante que para adelantar su jubilación hace horas extras. Si duerme, las bolsas de los ojos y lo marcado de las ojeras no lo delatan. Si está despierto, sus ojos ya no abren lo imprescindible para darse cuenta. Sentado en la silla de siempre, alzó lo que una vez fue su mirada e hizo el ademán de saludo de rango, como el Niño Rata en penitencia. El director le regaló un *buena noche, no se levante*. Hay edades que transitan mejor en vela.

Entramos en sigilo, al estilo de los hampones y fantasmas. Se recarga en su escritorio. Espera a que te marches por cuenta propia, que seas tú el de la clausura. ¿Qué muerto quiere cerrar su propia tumba? Para eso están los sepultureros. Te apena que eso sea imposible. Él lo tiene presente, faltan unos minutos.

¿En verdad, Simón, crees que le hiciste un bien al señor Alcázar?

Mira su rostro, tras contemplar la nada. Fíjate cómo observa ahora la foto de su familia. Quiere ir a ellos, verlos, refugiarse en lo que perdura. Tiene suerte, Simón.

Será la independencia de su hija, el término de este empleo cuando la edad le pegue. La entrega de la exhibición a los turcos. Las despedidas.

Te gustaría irte sin aspavientos. Solemne, sin prestarle atención a sus ojos. A su comida que todavía no llega. Cuando lo haga, recibirá una buena nueva. Son pequeñas las cosas que nos traen gozo en los malos ratos. Para qué ofrecer disculpas.

Entrégale una toalla húmeda, no las cargaste en vano. Se limpia. Dale otra, le faltan las uñas.

—Usted primero —le sentencias. No se asombra, sabe lo que viene. Bufa. Se arremanga la camisa, suena su teléfono. Es su mujer, por la hora. No le contesta, le agradeces con una mueca. Te pasa por delante y no te toca.

—Antes de que se vaya, señor Ferré —dice regresándote unos pasos.

—Señor Alcázar —respondes educado, no quieres ser incisivo.

—¿Estaba seguro de salirse con la suya? —pregunta hecho nada.

—Sin duda.

—¿Cómo? —necesita saber qué lo ha destrozado.

—¿Sabe por qué nunca llegó a Roma el anillo de Antioquía? —evitas ser críptico, no lo logras. Tampoco le enseñarás de historia—. Siempre es el mismo lado el que gana —afirmas. Expeles un toque de realidad pesimista. No existe otra.

¿Qué falta? Repasas. Menos de un segundo y lo tienes claro.

Cerrarás la puerta cauteloso, sin que retumbe o rechinen las bisagras, ni se escuche el pasador del cerrojo.

Antes de hacerlo, recuerdas las tazas sobre el escritorio. Una de ella ha dejado su marca redonda en la madera. La circunferencia cortada. ¿Por qué la mayor parte de las tazas no pisan firme? De ser un día cualquiera, él se habría vuelto loco. Hoy no, hoy nada de eso le importa. Ya las encontrará la buena Greta, al día siguiente, y llevará a lavar con la empleada de limpieza. En el trayecto se detendrá a fumar un cigarro, por supuesto. Horas más tarde, cuando su jefe llegue y ella le vea la cara, le acercará el escote para levantar lo alicaído. Soportará su aliento a tabaco, el cotidiano. Qué fácil es el ánimo de los hombres. Estamos hechos de instantes y este día fue demasiado largo.

—Su botella —te señala el olvido.

—Consérvela, puede necesitarla algún día.

Marcas terreno, como en tus buenos años. A la Rata le tocaba cagarse en las casas, presumía de un esfínter obediente. Muchos creen que la mierda en las salas es amenaza. Un volveré insalubre. Una costumbre de pandilla de cualquier época. Te robo y me cago en tu vida, por si hacía falta. No, no es eso. Hay rituales sólo ejecutables en lugares propios. Si puedo vaciarme aquí, éste es mío, y uno no roba lo que le pertenece. Palabra de ladrón.

Al fin, cierras la puerta.

Alcázar se detiene en el cubículo de Greta, hurga en la caja de clips y plumas. Toma una llave. Abre el único cajón en el mueble y levanta una cajetilla de cigarros. Me ofrece. Según tú, ya no fumaba. Error sin consecuencias, como los menos. Las idioteces cuestan.

—No, gracias —eres tú el del gesto con la mano. Rechazo que en póquer redime tus cartas.

Prende el suyo, con un encendedor que estaba dentro del paquete. La piedra es vieja, pide tres pasadas antes de soltar una buena chispa.

El resto de los escritorios están vacíos. Reloj checador y patas afuera.

Los pasillos son túneles oscuros. Te sientes más cómodo de noche,

es fácil acostumbrarse a sus sonidos. Prefieres respirar el aire de las penumbras. Pero aún no oscurece por completo ni activan la alarma. Los barrenderos pasan la escoba por las esquinas, es un escuadrón de cuatro. Uno carga con trapeador y un balde lleno de agua. No les extraña ver al director, tampoco que venga acompañado. No les preocupa nada que no interrumpa sus labores pero esperan a que avancemos, petrificados.

—¿Volvió a ver a la pareja del departamento? —pregunta y camina. Su voz apunta adelante. Yo le sigo.

—Le dije, en un mercado —imprimes.

—Después —insiste, con hastío.

—A ella, sola. En un mercado de antigüedades. Preguntando por el anillo.

Tira la ceniza en el piso. No te inmutas. Uno de los barrenderos se da cuenta, le avisa a otro que llama a la del balde. Es mujer, viste como hombre. Toca limpiarlo. Es el jefe que rara vez les mira. A qué fusilado se le impide un poco de bravuconería.

—Como usted —arremete con fuerza.

—La vi un par de veces. Seguía con acento.

—Debió pensar que los ladrones lo fundieron —divaga altanero.

—Necesita nuevos guardias —recomiendas. El viejo no está en su silla, andará de rondines o descansando a pierna suelta en una covacha. Ha dejado la gorra sobre el respaldo. Señor Alcázar, guíeme a la salida. Use su gafete para decirme adiós, asegúrese de perderme.

—¿Está contento? —ataca con el ariete.

—La felicidad no me convence —esperas que te entienda. No crees en ella, y si lo hicieras, supones que se parece a este momento.

—Apenas lo veo alegre —me ha entendido.

—No me ve —sometes. Tal vez te sienta—. ¿Hace cuánto no caminaba a estas horas? —obsequias la duda.

—¿En el museo?

Por favor, dónde más quiere. Lleva conmigo todo el día y aquí me tiene, escoltándolo con el anillo entre los dedos. De joven me quedaba grande. Ande, disfrute el recorrido, la presencia del vacío provocado por las seis o siete almas que nos rodean y no les preocupa, o no contemplan que somos sujetos que amerite perturbar. Sienta el eco de los pasos, su sonido alargado y diáfano. ¡Haga algo con los focos del conmutador, sea piadoso! En Navidad, alguien se confundirá y pondrá regalos. Contemple un espacio lleno de objetos que fueron la historia y extrañan ser la vida de alguien. ¿En verdad, no ve aquella banca de iglesia en su casa? ¿Por qué esa cara? Sabe que sé dónde vive. O el

órgano alemán con teclas de marfil, hoy todas son de madera. ¿Qué mérito tiene talar un árbol? Por Bruckner, vale la pena matar a un elefante.

Cierto, usted y yo no hablamos de música. Es una lástima, me habría gustado la plática.

Cuando fuimos a vivir juntos, Micaela se compró un piano. Lo robamos, pues. Lo de comprar es un decir cualquiera. Un Fuchs & Möhr de madera clara. El gato la escuchaba. Nunca me lo perdonó el animal. Soy incapaz de dar una nota. Le dije, estuvo a mi lado tantos años. Lo mantuvo vivo la espera, frente a la puerta, aguardando a que llegara.

De no habernos conocido de esta forma, le donaría el instrumento. Quizá, lo pondría en su sala de conferencias para que den un concierto.

—Sonría, Alcázar —lo alientas. Se detiene. ¡Eso es desprecio!, qué mirada. Escuchas romperse la saliva entre sus labios—. Cuando vuelva a su oficina encontrará su comida —indicas a la izquierda con la frente. No es una seña cualquiera.

Un mesero del restaurante, que más bien es una cafetería, corre con una charola en las manos. ¿Qué de ese lugar le gusta? Temo decirle que su próxima sonrisa está en un plato desechable. Así es la alegría. Limitada. Regocijo, siete letras.

Entre los huecos que se abren en la puerta principal, una rendija de luz delata el acceso de a pie en una de las antiguas hojas de madera. El destello de la calle. Las cambiaron por primera vez en el XVIII, estas son del XX, a principios. Un incendio quemó las anteriores, que ya sufrían las polillas y el hedor de las inundaciones. Los del banco instalaron un gigantesco vidrio templado para dejar la entrada que no era, pero cuidan como si fuera la original. Aceites y ceras. Los registros magnéticos controlan el ingreso moderno. Tarjeta y huella. Se corta la electricidad del seguro y un pistón libera el cristal. Puedes salir libremente, él quedará encerrado en el palacio. Qué buen trabajo de remodelación hicieron. Te repites. La casa tiene buena pinta, extrañarás su patio. El jardín de los honores, de las lealtades. De lo que un día importaba cuando nada debía hacerlo y, por esa displicencia, pudo ser todo.

Gracias, señor Alcázar, por guardarse las manos en sus bolsillos. Nos ha ahorrado otro momento incómodo. Los nudillos palpan la impaciencia a través de la tela. La lana es más discreta que el lino.

Levantas la pierna para cruzar el bajo pie de otro siglo. Te adivinas triunfante. El oro se mantiene frío, templado. La bestia de Constantino

llegó a su toril. Uno que jamás abrirá la puerta. Micaela, estoy más cerca. Ya casi, ya no duele tanto. Lo lograste y, ¿qué pasa cuando abandonamos los pesares y sentimos lo que no conocemos y somos de los que conocemos mucho? Un poco, más que un poco, a punto de rozar los absolutos, se deja de vivir por su ausencia. Embriagado en ti mismo, Simón, te das cuenta. ¿Qué vas a hacer ahora?

Te hiciste del anillo de las satisfacciones, de los amores, de los consuelos y de las propiedades. De ella, de ti, del otro y de los otros, pero ya no hay más en el camino. Lo que sigue es angosto. Cambiarías todo por eso que tenías de niño, cuando tu frente era plana.

Agradecimientos

Al final de cada libro he incluido una lista de nombres que quizá no le digan mucho al lector o en ocasiones le sorprendan. Tal vez estas líneas estén escritas a ellos, pero, también, encuentran en mí a su destinatario. Son las personas a las que les tengo la gratitud que titula esta página y con las que me siento en deuda.

Si bien la responsabilidad de escribir sólo depende de quien golpea el teclado o imprime su pluma en incontables libretas que envejecen junto a uno, me niego a caer en la falta de no reconocer y recordar a los buenos amigos que me han acompañado, de una u otra forma, durante los largos espacios de soledad que, al menos yo, necesito para terminar una novela o un ensayo. Cómplices de los que he recibido consejo, con los que discuto, intento pensar y reflexionar en la mayor de las confianzas. Cercanos que me han ayudado en cada uno de mis libros y que con su apoyo puedo seguir escribiendo y publicando.

A Adriana Olmedo.

A Jorge G. Castañeda y Pedro Sáez. Por todo, que es mucho.

A Gonzalo Aguilar Zínzer y Jürgen Beltrán.

A Leopoldo Gómez, Otoniel Ochoa, Héctor Aguilar Camín y Gabriela Warkentin.

A Carlos Loret de Mola, Julio Patán, Karla Iberia Sánchez y Jorge Alberto Gudiño. En distintos momentos, mis primeros lectores.

A Yuriria Sierra, Jacobo Dayán, Mauricio Meschoulam, Carlos Puig, Jorge F. Hernández y Pelayo Gutiérrez.

A mis agentes, Marianne Fritsch y Marc Koralnik de Liepman AG. Gracias por la confianza.

A Ramón Córdoba, Ricardo Cayuela, Roberto Banchik, Marcela González Durán, Julio Trujillo, Mayra González, Jesús Grajeda, Romeo Tello, Svetlana Puig, Sandra Montoya, Quetzalli de la Concha, Marisol Orozco, Patrocinio Vázquez y todos en Penguin Random House.

«Un siglo no es mucho cuando se habla de Bizancio.»

A mediados del siglo XII, el emperador Alejo Conmeno le otorgó a uno de sus siervos el título de Antioquía junto con el anillo de oro destinado a cerrar las cartas de una de las ciudades más importantes de Bizancio. Entre ellas, la que debía llegar a la Santa Sede para intentar reunificar las Iglesias de Oriente y Occidente. Ese anillo viajó a México en 1975 en el equipaje de la última descendiente de la familia que, a principios del siglo XX, fue expulsada de Antioquía cuando el último gobernador de la ciudad se opuso al genocidio armenio a manos del Imperio Otomano. Meses después de su llegada a México, el anillo fue robado.

El jardín del honor es la historia de Simón Ferré, ladrón que cuarenta años después de tomar la joya, convertido en anticuario y coleccionista de arte, descubre en una exposición sobre Bizancio el anillo del que perdió el rastro. Esta es una novela sobre la lealtad y las virtudes posibles, que mezcla la novela histórica con el thriller y a la vez cuestiona nuestra relación con el pasado y la moral.

“La única forma en que podía tratar de entender el mal fue acercarme a él en primera persona.”

MARUAN SOTO ANTAKI

Maruan Soto Antaki. Es autor de las novelas *Casa Damasco* (Alfaguara, 2013), *La carta del verdugo* (Alfaguara, 2014), *Clandestino* (Alfaguara, 2015) y de los ensayos *Reserva del vacío. Ensayo sobre la muerte como invención literaria* (Taurus, 2015) y *Pensar Medio Oriente* (Taurus, 2016). Es una de las voces referentes en México para analizar el mundo árabe.

Ha vivido en Nicaragua, España, Libia, Siria y México. Colabora con distintos medios nacionales e internacionales, donde trata temas relacionados con Medio Oriente, cultura, política, religión y filosofía.

El jardín del honor

Primera edición digital: noviembre, 2016

D. R. © 2016, Maruan Soto Antaki

D. R. © 2016, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Leonel Sagahón, por el diseño de portada
D. R. © Víctor Zúñiga

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx)

ISBN: 978-607-314-928-0

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

El jardín del honor

I. ¿Cómo te presentas ante un desconocido para decirle algo que tú sabes y él ignora por completo?
II. ¿Qué tan fácil es decidir con qué pedazo de la historia nos quedamos?
III. ¿Qué tanto sabe de ti la gente que más te conoce?
IV. ¿Cómo se aprende a decir la verdad?
V. ¿Por qué creemos?, ¿en qué lo hacemos?
VI. ¿Cómo se construye la verdad?
VII. ¿Cuánto hemos perdido por haber hecho de la mentira con que vestimos la realidad, la vida misma?
VIII. ¿Qué estamos dispuestos a sacrificar para salvarnos?
IX. ¿Cómo se pierde el control?
X. ¿Qué hacer cuando termina todo?

Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos